Los ojos de La Sombra
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
UN VISITANTE NOCTURNO

Un extraño silencio reinaba en la habitación cuando Bruce Duncan despertó.

Una atmósfera misteriosa invadía aquella estancia de la vieja casa; lo venía observando durante el mes que residía en ella, desde la muerte de su tío. Pero el silencio nunca le había parecido tan ominoso como entonces.

El rayo de luz que entraba por el montante de la puerta situada a la derecha de la cama, era un sedante para su tranquilidad.

Caía sobre cl hogar de la vieja chimenea de piedra adosada a la pared de la derecha. Los ojos de Duncan se volvieron momentáneamente en aquella dirección; un instante después se fijaron de nuevo en la ventana.

Un ruido inexplicable y sibilante, siniestro y próximo, como si procediera del macizo de arbustos que crecía al pie de la ventana, llegó a sus oídos.

Sonó también un murmullo, como si el viento agitase la gruesa parra, cuyas ramas y hojas cubrían la fachada de la casa.

Luego, la silueta negra de una cabeza y unos hombros se destacó en el marco de la abierta ventana. Una figura grotesca se deslizó por encima del antepecho.

La figura se adelantó hacia la cama. Duncan no se movió. La facultad del movimiento parecía haberle abandonado.

Siguió con los ojos las acciones de su extraño visitante nocturno, y el asombro se apoderó de él cuando aquel ser llegó al rayo de luz antes mencionado.

Era una figura simiesca y extraña, de torso inclinado hacia delante y brazos largos, terminados en manos cuyos dedos eran más bien garras huesudas.

Tenía la cara arrugada y los ojos le brillaban malignamente.

Volvió la cabeza hacia el lecho. Duncan cerró instintivamente los ojos, fingiendo dormir. Su voluntad era incapaz de inducirle a mover un músculo; esperó en suspenso a que terminase aquella pesadilla.

Un lado del colchón se hundió ligeramente, como si un cuerpo se apretase contra la cama. El misterioso visitante estaba inclinándose sobre él. Duncan sintió su aliento caliente en la cara. El corazón comenzó a latirle furiosamente en aquel momento culminante y permaneció inmóvil, como una figura de cera, esperando a que los dedos huesudos y afilados se cerrasen sobre su cuello.

Pero el extraño ser de la noche no pasó adelante. Eran los suyos una especie de movimientos estratégicos.

Duncan estaba seguro de que si hacía el más pequeño movimiento su muerte sería inmediata. Sólo fingiendo dormir podría escapar.

¿Qué iba a pasar? Duncan sólo se sentía capaz de esperar. Esperar y observar.

El misterioso ser estaba junto al hogar. Una mano huesuda se destacó a la luz. La garra pareció acercarse a tientas hacia el lado derecho de la chimenea y se detuvo al llegar arriba. Luego apretó el borde de metal.

Sonó un chasquido agudo. La cabeza se volvió rápidamente hacia la cama, pero los párpados de Duncan se cerraron en el acto.

Volvió a permanecer inmóvil durante quince segundos. Luego abrió de nuevo sus fascinados ojos.

La repulsiva criatura se inclinaba entonces sobre una abertura que había aparecido en el hogar. Sus manos huesudas hundiéronse en la cavidad y salieron otra vez llevando un pequeño paquete y dos sobres.

El extraordinario visitante apretó de nuevo un lado de la chimenea y Duncan vio como una losa giraba y cerraba por completo la abertura.

Sus ojos quedaron fijos en aquel sitio y de pronto se dio cuenta de que el ladrón se había ido.

Aún medio dormido, Duncan saltó de la cama y encendió la luz. Un sueño, probablemente, pensó. Bien; había un medio de comprobarlo.

Se acercó a la chimenea.

Apoyó la mano sobre el marco de metal y trató de moverlo. Le pareció completamente sólido. Trató de empujarlo de abajo arriba. De súbito cedió.

Sonó un chasquido en el suelo, un chasquido que recordaba bien.

Miró hacia el hogar. Una de las piedras se había levantado, girando sobre un gozne, impulsada por un muelle oculto. Debajo había una cavidad vacía.

CAPÍTULO II
EL MENSAJE DE UN MUERTO

A la mañana siguiente sonó un golpe en la puerta. Duncan la abrió para permitir la entrada de su sirviente hindú, Abdul. Este llevaba una bandeja con el desayuno.

-Era hora de que el *sahib* estuviera despierto y le traigo el desayuno.

-Abdul -preguntó Duncan al empezar a comer-, ¿has oído a alguien por el jardín esta noche?

-No, *sahib*. ¿A qué hora?

-No lo sé. ¿No oíste un silbido?

-No, *sahib*. ¿Qué comió el *sahib* anoche? -preguntó el hindú.

-Nada que pudiera hacerme permanecer despierto -replicó Duncan-. Cené temprano en un restaurante, leí un poco el periódico al llegar a casa. Poco antes de acostarme tomé una de esas tabletas de menta que hay sobre la mesa.

El hindú se acercó a la mesa indicada. Cogió una tableta de menta y la probó.

-¿A qué hora se acostó el *sahib*? -demandó.

-Tú saliste después de llegar yo, ¿no? -repuso Duncan-. Eso es; creo que serían las doce cuando me retiré.

-¿El *sahib* tuvo ensueños anoche?

Duncan vaciló un momento antes de responder.

-Y unos ensueños raros -dijo-. Tan claros, que parecían realidad. Parecía como si fuera a ocurrir algo y yo estuviera aguardando.

-¿Y el tiempo pasaba muy lentamente? -prosiguió Abdul.

-Sí -admitió Duncan-. ¿Por qué me preguntas eso, Abdul?

-Encuentro en esta menta un sabor diferente -dijo el hindú-. Sabe a cosa que nosotros tenemos en la India, una cosa que crece en los bosques.

-¿Qué es? -preguntó Duncan.

-Una cosa que hace a los hombres dormir y soñar. Para el que la toma, los minutos parecen horas y las horas días. Las cosas que ven son extrañas.

A Duncan se le ocurrió de súbito un pensamiento.

-Hachís, quieres decir.

-Eso es, *sahib* -repuso el hindú.

-¿Crees que esas tabletas de menta contienen hachís?

-Así lo creo, *sahib*.

-Entonces, anoche estaba yo narcotizado. ¿Por quién y para qué? ¿Dónde compras esas tabletas de menta, Abdul? ¿Quién las trajo?

-Contestaré al *sahib* y se lo diré todo -replicó el hindú-. Ayer estuve en la casa todo el día y entré con frecuencia en esta habitación, siguiendo las órdenes del *sahib*. A la puerta de la casa encontré un paquete que el *sahib* había mandado traer. En él estaban las tabletas de menta.

-Sí -respondió Duncan-. He mandado que me traigan menta cada día o cada dos días. Me he acostumbrado a tomar algunas tabletas después de cada cigarrillo. Pero, ¿cómo estaban en el paquete?

Abdul se encogió de hombros. Duncan quedó pensativo cuando Abdul salió de la habitación. Tenía plena confianza en el sirviente hindú que estaba con él desde hacía cinco años. Sin embargo, era extraño que el hombre hubiera sabido diagnosticar con tal prontitud la causa de sus sueños de la noche pasada.

Pero Abdul no hubiera mencionado el hecho si tuviera algo que ver con él.

Abdul volvió con el correo de la mañana, en el cual había una carta de su abogado. Duncan la leyó:

«Haga el favor de pasar por mi despacho lo antes posible. Se trata de un asunto importante y deseo verle en seguida.»

El despacho del abogado estaba en el último piso de un rascacielos de sesenta pisos. El título que rezaba en la puerta «Robert Chalmers Tremaine, Abogado», quedaba realzado por el imponente mobiliario del antedespacho.

Duncan fue inmediatamente introducido a presencia de Tremaine, el abogado de su tío, que le recibió sentado ante un gran escritorio de caoba.

-Buenos días, señor Duncan -dijo el abogado, con una voz en consonancia con su pomposo aspecto-. Tengo interesantes noticias que comunicarle.

-Me alegro, señor Tremaine.

-Su tío era un hombre original. Usted, como heredero, recibió sus extraordinarias instrucciones, que entiendo ha seguido al pie de la letra, para cumplir con las condiciones del testamento.

-Ni más ni menos, señor Tremaine -aseguró Duncan-. He vivido en la casa del tío Harvey desde que él murió, y he dormido en la misma habitación que él ocupaba. Mi sirviente ha estado en ella constantemente durante el día, salvo cuando yo me encontraba en casa.

El abogado sonrió.

-Esas instrucciones -dijo-, fueron dejadas con un propósito que yo ignoro. Yo fui abogado de su tío, pero en este asunto no me otorgó su confianza. Sin embargo, algún tiempo antes de su muerte, me dijo que pensaba comunicarle a usted cierta información antes de morir. No pudo hacerlo, pues expiró antes de que usted llegase. Le estuvo llamando hasta el último momento.

-Así me han dicho -asintió Duncan.

-Su tío presintió que algo podría impedirle la transmisión de su mensaje. Las condiciones del testamento establecen que ha de vivir usted en la casa para heredar la fortuna. Creo que su tío tenía la intención de explicarle sus razones. Pero por temor a no poder hacerlo, como ocurrió en realidad, me dejó a mí un sobre cerrado, que había de serle entregado a usted en esta fecha.

Bruce Duncan estudió el sobre grande y pesado que le entregó Tremaine.

A continuación el abogado le condujo a una pequeña habitación llena de estantes de libros y con una mesa en el centro.

-Aquí no le molestará nadie.

CAPÍTULO III
UNA HERENCIA EXTRAÑA

Una vez solo, el joven abrió el sobre, que por dentro estaba forrado de tela.

Sacó de él varias hojas de papel. En ellas había redactado un mensaje con letra perfectamente legible. Bruce reconoció la escritura de su tío.

El asombro le fue invadiendo al leer las apretadas líneas. Empezó a comprender, no solamente por qué su tío había dejado tan inusitadas instrucciones en relación con la casa, sino también el significado de su aventura de la noche anterior.

Las declaraciones secas y terminantes contaban una extraña historia con tanta claridad, que parecían palabras habladas:

«Hablo contigo, Bruce. Escribo en la habitación que ocupo en mi casa. Las cortinas están cerradas. Es tarde. Estamos solos los dos. Estas son exactamente las palabras que pienso decirte antes de morir, en la misma habitación en que me encuentro. Escribo este mensaje para el caso de que no pueda ver realizadas mis esperanzas.

»Soy un hombre relativamente viejo, Bruce. Tú eres joven y mi único pariente. Eres hijo de mi difunto hermano, y, lo mismo que él, posees los firmes rasgos de nuestra familia.

»Yo soy un hombre que tiene una misión, Bruce; por eso escribo estas palabras. Cuando las leas mi misión será tuya, pues habré muerto.

»He vivido durante años en la habitación delantera de mi casa. He permanecido siempre en ella, día y noche. Tú harás lo mismo, pues esta habitación contiene un secreto que debe ser guardado.

»En mi vida he recorrido muchos países y pasado por muchas aventuras. Estuve en Rusia durante la revolución y allí salvé la vida a un hombre, a un gran hombre, miembro de la nobleza y general de los ejércitos del zar.

»Le salvé la vida, arriesgando la mía. Le dejé en París y allí le volví a ver algunos años más tarde. Se disponía a regresar a Rusia, para unirse a las tropas del general Kolchak y luchar contra los rojos.

»Abrigaba también otro propósito. Pensaba rescatar una enorme riqueza; dinero en rublos oro y piedras preciosas. Una fortuna asombrosa. La había dejado escondida en Rusia y estaba seguro de que nadie habría podido descubrirla.

»Me dijo que en su vida había recibido auxilio de siete hombres; con cada uno de ellos había contraído una obligación. Me consideraba a mí como el más importante de los siete. Deseaba dividir su riqueza en tres partes, cada una de las cuales constituía una fortuna. Una de estas partes estaba destinada a su familia. La otra era para la causa zarista. La tercera había de ser dividida en ocho porciones, seis para repartir entre los amigos que le habían ayudado y dos para mí. A mí se confió el reparto de su fortuna. Me entregó una caja sellada que contiene la insignia de su orden, y que sería reconocida por él o por cualquier mensajero que pudiera enviar. Me dio, también, un sobre que encerraba los nombres de las otras seis personas y la descripción de cada una.

»Afirmó que algún día recibiría yo un mensaje, en el cual se me señalaría un lugar y una fecha. Allí le encontraría a él o a su mensajero. Las otras seis personas estarían también presentes, pues cada uno de ellos recibiría, independientemente, un aviso igual al mío. En este momento yo tendría que abrir la caja y mostrar la insignia; la fortuna me sería entregada sin más requisito. Mi obligación sería entonces abrir el sobre para conocer los nombres de las otras seis personas, identificarlas, y entregarles su parte correspondiente. Si alguno o algunos

de ellos estuvieran ausentes, yo mismo me encargaría de buscarlos, a ellos o a sus herederos, si hubieran muerto.

»Consideré esta misión como un depósito sagrado. Al regresar a los Estados Unidos, construí un escondite, donde guardé la caja y el sobre. Mi salud comenzó a flaquear y salía poco. Permanecía siempre en esta habitación.

»Mi amigo el ruso murió en la derrota de las fuerzas de Kolchak. A pesar de ello, seguí guardando los objetos que me había confiado, seguro de que habría puesto sus asuntos en manos de algún pariente o amigo de confianza.

»Mi fidelidad ha tenido su premio. Hace una semana recibí una carta fijando el lugar y la fecha de la reunión. Puse la carta junto con el sobre que contiene los nombres de las otras seis personas.

»Cuando leas este mensaje habré muerto. Muerto antes de la fecha señalada. A ti te transmito el encargo de cumplir la misión que me fue confiada y te declaro heredero de la parte de riqueza que haya de corresponderme.

»El lugar secreto donde guardo el sobre y la caja está en mi habitación. Debes permanecer en ella y guardar el lugar hasta que llegue el momento oportuno. No consideres esto como el capricho de un viejo. Es importante. Nadie conoce mi secreto. Pero aun las cosas más ocultas son descubiertas algunas veces.

»Emplea la mayor discreción, Bruce. Asegúrate de que estás solo en la habitación. Acércate a la chimenea. Aprieta el borde superior de metal del lado derecho y el escondite se abrirá. Está debajo de una de las piedras del hogar.

»Lee la carta, y cuando sepas la fecha y el lugar de la reunión, ve allí, solo, con la caja y el sobre. Entonces sabrás ya cuál es tu obligación. Quema este mensaje después de que lo hayas leído.»

Al pie de la página se veía la firma de Harvey Duncan.

El joven se quedó atónito, mirando las palabras que tenía delante de los ojos. Leyó la carta otra vez.

Cada uno de sus conceptos quedó grabado en su cerebro. Rompió el papel en pedazos y pensó qué hacer con ellos; luego se dio cuenta de que ya no importaba lo que hiciera.

Pues su secreto ya no era sólo suyo. Los temores de su tío se habían cumplido. Alguien descubrió el escondite. Bruce estaba seguro de haber sido narcotizado la noche anterior.

Quizás el hachís, si es que era ésta la droga, le había hecho ver grotesco al extraño ladrón. Pero de lo que estaba seguro era de que alguien había entrado en su habitación y robado los documentos y la caja.

Su única esperanza estaba en que el ladrón no comprendiera del todo el significado de los objetos robados. Una débil esperanza.

¿Por dónde habría trascendido el secreto? Bruce estaba seguro de que nadie había leído la carta que él acababa de leer. Tremaine, el abogado, era, sin duda, de toda confianza.

Abdul no podía tener noticia alguna del secreto. Quizá la información había sido obtenida en Rusia. No; tampoco.

Ninguna información procedente de Rusia hubiera podido conducir hasta el escondrijo de la chimenea.

Bruce entró en el despacho del abogado. Sintió la tentación de comunicarle lo que acababa de saber, pues se sentía necesitado de consejo.

El secreto había sido descubierto; el hecho alteraba las instrucciones de la carta, que exigían la más absoluta discreción.

Pensándolo mejor, Duncan decidió no decir nada.

-¿Ha leído usted el mensaje de su tío? -le preguntó Tremaine,

El abogado sonrió.

-Lo hubiera tenido que leer yo, en el caso de que usted no cumpliera las condiciones impuestas en el testamento de su tío. Me alegro de que se haya usted conformado con sus deseos. Su tío era también mi amigo.

Se acercó a la puerta con Bruce.

-¿Habló alguien con mi tío, momentos antes de morir? -preguntó el joven.

-No -repuso el abogado-. Durante los últimos días habló muy poco. Tal vez le habría debido dar cuenta a usted antes de que algunas veces deliró mucho.

-¿Quién fue a verle?

-No recuerdo. Hopkins se lo podría decir. Era el ayudante de su tío y había vivido con él muchos años, como usted sabe. Un servidor fiel y un trabajador activo. Duncan recordó al viejo de cabellos grises que vivía con su tío. En el bolsillo tenía una tarjeta con su dirección. Desde la muerte de Harvey Duncan, Hopkins residía en casa de una hermana.

La primera parada que hizo Duncan, después de salir del despacho del abogado. Fue en un teléfono público. La tarjeta llevaba el número del teléfono de Hopkins y decidió llamarle.

Una voz de mujer le contestó.

-¿El señor Hopkins?

-¿Quién le llama?

-Bruce Duncan, sobrino del señor Harvey Duncan.

-¡Oh, señor Duncan! -dijo la voz-. Hopkins murió hace dos semanas. Preguntó por usted al morir. Creí que se lo habrían notificado. Fue de repente... Un ataque al corazón, por la noche...

De camino hacia su casa, fue meditando Duncan sobre aquella extraña coincidencia. Una teoría se había formado en su mente.

Alguien había visitado a su tío y se había quedado solo con él y Hopkins.

Harvey Duncan, en su delirio, reveló el secreto que pensaba guardar para su sobrino.

¡Pobre Hopkins! Bruce casi sospechaba de él cuando le estaba llamando por teléfono.

Una horrible sospecha llenó de súbito la mente del joven. Quizá su tío había sido asesinado. Quizá la muerte de Hopkins había sido también planeada.

Un demonio estaba detrás de todo aquello. ¿Por qué, pues, aquella extraña criatura de la noche había perdonado su vida? La respuesta se le ocurrió en el acto. El malhechor desconocía la existencia del sobre entregado a Tremaine.

El criminal creía que el secreto de Duncan no era conocido por nadie. Él, Bruce Duncan, había sido narcotizado para que el papel pudiera ser sustraído por la noche.

Si se hubiera movido mientras el enemigo estaba en la estancia, hubiera perdido la vida.

Empezó a comprender el misterio de las tabletas de menta. Bruce se sentaba cada noche junto a la ventana, leyendo el periódico, fumando y con las tabletas de menta al lado. Rara vez bajaba la persiana.

Alguien le había observado; un individuo hábil había sustituido el paquetito de las tabletas de menta.

Era el resultado de la actividad de una mente criminal, una mente que poseía el secreto que debía ser sólo de Bruce Duncan, como heredero de su tío.

Duncan se dio cuenta de lo difícil de su posición. No tenía más pista que aquel hueco vacío debajo de una de las piedras del hogar.

Ni siquiera conocía el lugar y la fecha de la reunión, ni los nombres de las seis personas que podrían ayudarle. Su tío le conminaba en su mensaje para que guardase el secreto y no había previsto aquel dilema.

CAPÍTULO IV
VINCENT RECUERDA UNA CARA

El tren trepidaba sobre sus rieles, siguiendo la curva de la falda de la montaña por encima del río.

Desde la ventanilla se vislumbraba una escena de áspera belleza, que, sin embargo, no encerraba ningún interés para Harry Vincent.

Era la única persona que ocupaba el vagón; los otros pasajeros, que eran muy pocos, estaban en el vagón-restaurante o en el de cola.

Vincent observaba, desde hacía tres horas, una puerta cerrada. Era la puerta del departamento del otro extremo del vagón.

El interés por lo que pudiera haber detrás de aquella puerta le mantenía clavado en su asiento.

A las tres había descubierto Vincent que en aquel departamento viajaba una persona. El revisor se había acercado a la puerta para llamar.

La puerta se abrió ligeramente; el revisor no entró. Picó el billete por e1 resquicio dejado y continuó su camino.

Vincent observó, vagamente, una cara por la abertura de la puerta. Luego ésta se cerró. Desde entonces estaba preocupado.

¿Por qué había un viajero encerrado en aquel departamento?

El tren no era tan rápido como los otros que corren entre Nueva York y Chicago. ¿Por qué una persona (Vincent tenía la impresión de que se trataba de una persona sola) en un vagón casi vacío?

No teniendo nada mejor que hacer para matar el tiempo, Vincent se puso a pensar en ello. El caso le pareció misterioso. Sólo había una solución.

Aquella persona había elegido aquel tren y aquel departamento para ocultarse a las miradas de los demás viajeros.

Entre las tres y las seis de la tarde, la puerta se abrió dos veces, como si alguien observase, desde el interior, lo que pasaba en el vagón. Las dos veces había habido varias personas allí.

El tren se detuvo en Altoona, y Vincent seguía solo, sentado en su departamento. Se dio cuenta de que había pasado la famosa curva de la Herradura, sin que el paisaje hubiera atraído su atención.

Estaban otra vez en marcha. Comenzaba a oscurecer. La puerta cerrada seguía siendo objeto de la curiosidad de Vincent, que la observaba con más atención que nunca.

Luego advirtió un movimiento y ocultó la cabeza detrás de un periódico.

Mirando por encima del papel, vio que la puerta se abría de par en par.

Salió un hombre que se volvió rápidamente de espaldas, como para cerrar la puerta. Luego desapareció por el pasillo.

Vincent dejó su periódico y le siguió.

Entró en el coche contiguo, pero no vio a nadie. Siguió hasta el siguiente.

Debería haber alcanzado ya al otro, pero tampoco había nadie en el segundo vagón.

Permaneció un momento desconcertado. Volvió sobre sus pasos.

Evidentemente, el hombre no había seguido por el tren. Cuando regresó a su coche, empujó la puerta del departamento para fumadores y entró.

El hombre a quien buscaba estaba sentado junto a la ventanilla y mirando hacia la oscuridad exterior.

El desconocido le oyó entrar y adoptó una actitud que confirmó las sospechas de Vincent. Pegó la cara al cristal de la ventanilla y se colocó las manos a ambos lados de la cara.

Vincent, al sentarse a su lado y encender un cigarro, advirtió cómo cedía la tensión de la actitud del desconocido, pero no volvió la cabeza en su dirección.

Sin embargo, estaba seguro de que le estudiaba por medio del espejo que había al otro lado del departamento.

Vincent bostezó al cabo de un rato. Luego dijo, sin mirar a su vecino:

-¡Qué viaje tan largo!

-Sí -confirmó el otro.

Evidentemente, e1 reservado pasajero estaba ya convencido que Vincent era sencillamente otro viajero. Esto le animó.

-¿Lo hace usted con frecuencia? -preguntó con acento indiferente.

-De cuando en cuando -fue la respuesta.

Vincent volvió ligeramente la cabeza y pudo ver la cara del otro. Era moreno, pálido y afeitado, de ojos oscuros y furtivos.

Ya no parecía tener interés en ocultar sus facciones, pero Vincent no le miró mucho tiempo.

Siguió con los ojos fijos en la pared de enfrente y haciendo de vez en cuando observaciones que pudieran conducir al otro a entablar conversación.

Las respuestas que obtuvo fueron pocas y breves.

Entró un mozo de tren en el departamento y el desconocido aprovechó la ocasión para salir. Cuando Vincent llegó a su sitio, vio que la puerta del otro departamento estaba cerrada de nuevo y supuso que el misterioso viajero había vuelto a su retiro.

El mozo de tren vino detrás de él y Vincent le preguntó:

-¿Cuál es la próxima parada?

-Harrisburg.

-¿Baja allí mucha gente?

-Nadie de este coche. Todos van hasta Nueva York.

Vincent se trasladó al vagón-restaurante e hizo la comida que había retrasado tanto tiempo. El tren se detenía en Harrisburg cuando regresaba a su coche.

En el pasillo encontró a un hombre, con una pequeña maleta en la mano.

Reconoció al punto al misterioso viajero.

El desconocido se apartó y volvió la cabeza para dejar pasar a Vincent. El tren se acabó de detener en el momento en que éste llegaba a su asiento.

Sin un momento de vacilación, recogió su maleta y corrió para salir por cl vagón de delante y por la parte opuesta a la utilizada por el otro pasajero.

CAPÍTULO V
DOS HOMBRES EN LA OSCURIDAD

El viajero misterioso entró en una cabina telefónica de la estación de Harrisburg. Al lado había una cabina vacía, en la cual entró Vincent y fingió que pedía un número.

Los tabiques de madera que separan las cabinas telefónicas no están hechos a prueba de sonido. Vincent sonrió al oír el número pedido por el otro.

La voz de aquel hombre tenía unas notas familiares para él.

Cuando le dieron la comunicación, Vincent oyó las palabras que le dieron la prueba final de la identidad que buscaba.

-Hola, Wally -dijo el desconocido-. Soy Steve.

Steve! El nombre llenó el vacío que quedaba en la memoria de Vincent. Por fin sabía que aquel individuo era Steve Cronin, el bandido de Nueva York que andaba huyendo de la policía.

Harry Vincent conocía a Steve Cronin, pero éste no le conocía a él.

Cronin había asesinado a un hombre en un hotel de Nueva York, algún tiempo antes, y había logrado escapar, sin que se hubiera podido averiguar su paradero. Vincent le vio en aquella ocasión.

La policía de Nueva York buscaba a Steve Cronin. Sin embargo, esto no le importaba a Vincent. Sus instrucciones procedían de otro lado, de una persona misteriosa a quien llamaban la Sombra.

Vincent no tenía instrucciones de ninguna clase en aquel momento. Pero la Sombra se había interesado por las andanzas de Cronin en la época en que cometió el asesinato del Hotel Metrolite.

Cualquier información que se pudiera obtener de las acciones de aquel hombre, podría resultar útil, de modo que escuchó cuidadosamente.

La conversación de Cronin era rápida y poco significativa. Parecía querer interrumpir las observaciones que le hacía su interlocutor.

-Ya me lo dirás después -le oyó decir Vincent-. Ven a verme dentro de una hora. Me hospedaré en el Hotel Gorham, con el nombre de Stephen Bell. Sube a mi habitación; dejaré la puerta abierta.

El auricular sonó al ser colgado en su gancho, y Steve Cronin salió de la cabina.

Veinte minutos después estaba Harry Vincent en el Hotel Gorham. El establecimiento era antiguo y había conocido tiempos mejores.

En el vestíbulo había algunas personas. Vincent miró el registro y vio el nombre de Stephen Bell, habitación número 322.

El empleado estaba ocupado y Harry se alejó del escritorio. Se sentó en una butaca y se puso a leer un periódico.

Al mismo tiempo vigilaba atentamente y vio, con satisfacción, cómo Steve Cronin bajaba la escalera y salía del edificio.

Sin duda quería hacer alguna diligencia antes de que llegase su amigo Wally.

Cronin había dicho que la puerta estaría abierta; quizá la había dejado abierta ya. Vincent decidió actuar. Subió la escalera y buscó la habitación número 322. La puerta estaba abierta.

El cuarto estaba a oscuras y Harry no encendió la luz. Allí se había de efectuar una reunión de dos personas. Sería muy conveniente poder escuchar lo que decían. ¿Dónde se podría esconder mejor?

Debajo de la cama no, pues en caso de ser descubierto, se vería en una posición precaria y no llevaba armas. En el armario sí; allí podría defenderse en caso de que le descubrieran.

Se volvió hacia la puerta que había cerrado detrás de sí; y se quedó súbitamente inmóvil al ver que se abría lentamente. Protegido por la oscuridad, por el momento estaba a salvo.

-Steve -murmuró el recién llegado.

Vincent respondió a un osado plan que se le ocurrió en aquel instante.

-¿Eres tú, Wally? -murmuró en contestación.

-Sí.

-No enciendas la luz. Siéntate en la cama.

El hombre que acababa de entrar en la estancia obedeció. Vincent encontró una silla y se sentó junto a la ventana.

-No he tenido yo la culpa, Steve -siguió diciendo el otro-. Le vi en cuanto descendió anoche del tren. Le seguí hasta este hotel y pensé que permanecería aquí algún tiempo; pero volvió a salir y tomó un taxi. Los taxis abundan poco por aquí. Pero busqué otro y supuse que el único sitio adonde podía ir era a la estación. Y, en efecto, allí vi su coche, cuyo número había tomado, pero a él no le pude encontrar por ninguna parte.

Vincent no replicó y su interlocutor continuó hablando.

-Espero que no estés enfadado, Steve. He hecho lo que he podido; seguramente volverá a este hotel. He estado vigilando. Aquí dejó su maleta. ¿Cómo has tardado tanto en llegar?

-He venido en un tren lento -refunfuñó Harry, tratando de imitar la voz de Steve Cronin.

-¿Qué te pasa, Steve? He estado trabajando a oscuras desde que me diste el aviso. Ya es hora de que me digas algo.

-Ya te lo diré más tarde.

-Ya veo que estás furioso, Steve. No acostumbras hablar así. ¿Qué te pasa?

-Ya te lo diré, Wally. Ahora márchate y regresa dentro de media hora. Déjame pensar un poco.

-Está bien -asintió Wally de mal humor-. No sé para qué quieres que me vaya, Steve. Pero el asunto es tuyo. ¿Por qué no enciendes la luz y te portas como una persona?

-La policía me está buscando -dijo Vincent

-Ya lo sé -replicó Wally-. Pero no saben que andas por aquí; nadie sabe que estás en Harrisburg. Pero tú mandas, Steve. Volveré dentro de una hora.

Se levantó de la cama y se detuvo a escuchar junto a la puerta.

-¿Has oído, Steve? -cuchicheó.

-No.

-Me parece que hay alguien junto a la puerta.

-No he oído nada.

Wally permaneció inmóvil. Vincent no podía verle en la oscuridad, pero sabía que estaba escuchando atentamente.

Harry tenía ahora todos los nervios en tensión. Presentía un peligro inmediato y buscaba la manera de evadirlo. Se asomó a la ventana. Tres pisos de altura. No había escape posible por allí.

Pasaron algunos segundos que parecieron eternos. Luego ocurrieron dos cosas con asombrosa rapidez.

La puerta se abrió y una mano apretó el botón de la luz. La habitación se iluminó en el acto.

Una mano de Vincent apretó el marco de la ventana. La otra se cerró sobre el respaldo de una silla.

Junto a la cama estaba la desconcertada figura de Wally. Era un individuo de aspecto rudo y desaliñado. El asombro le hizo abrir la boca.

En la puerta estaba Steve Cronin, dominado la escena. Tenía una mano aún sobre el interruptor de la luz. En la otra empuñaba una pistola automática que mantenía muy cerca del cuerpo. Una siniestra sonrisa entreabría sus labios, mostrando a un lado un diente de oro. Sus ojos penetrantes se hicieron cargo de la situación.

Vincent sintió una sensación de angustia en la boca del estómago. Estaba cogido. ¿Qué iba a pasar?

CAPÍTULO VI

CRONIN HACE PROPOSICIONES

Steve Cronin cerró la puerta. Miró a Wally y bajó el arma.

-Ah, Wally; eres tú. ¿Quién es tu amigo?

Wally había levantado las manos ante la amenaza de la pistola. Aún las tenía medio levantadas y paseaba sus ojos atónitos de Steve Cronin a Harry Vincent.

-¿Eres tú, Steve? -preguntó.

-Claro.

Wally recobró la lucidez.

-Apunta a ese individuo -ordenó-. Pronto, Steve.

Cronin levantó la automática y Vincent levantó las manos.

-Levántate -ordenó Wally.

Vincent obedeció y el otro le registró.

-No lleva armas -declaró.

El más asombrado era ahora Steve Cronin.

-Siéntese -le dijo a Vincent-. Y tú también, Wally. Si no tiene armas podemos hablar. ¿Qué quiere decir esto?

Wally miró a Vincent, y viendo que éste no intentaba hacer nada, decidió explicar a Steve lo que sabía.

-He venido al hotel y he entrado en la habitación -dijo-. Este individuo estaba aquí; creí que eras tú. Me dijo que no encendiera la luz y le he hablado.

-¿Qué le has dicho? -demandó Cronin.

-No mucho, pero más de lo que debiera saber.

-¿Quién es?

-¿Qué sé yo? Creí que eras tú. Por eso me he sorprendido cuando has abierto la puerta. Al principio no te he conocido. Has cambiado algo desde que...

-No importa eso ahora, Wally -le interrumpió Cronin. Luego se dirigió a Vincent con una voz preñada de amenaza y le preguntó-: ¿Quién es usted?

Vincent vaciló antes de contestar y decidió tomar las cosas con calma y tratar de abrirse un camino para salir de aquel inesperado dilema.

-Me llamo Harry Vincent -dijo, tranquilamente.

-Usted es aquel individuo que venia en el tren -exclamó Cronin, reconociéndole de repente-. ¿Por qué me ha seguido usted? ¿Es usted de la policía?

-Escuche. Cronin -dijo Vincent, con súbita audacia-. Soy un amigo, aunque usted no lo crea. He cometido una equivocación metiéndome en este asunto. Lo reconozco y estoy dispuesto a salir de él.

-Ya supongo- que ahora tiene usted muchas ganas de salir de este asunto -repuso Cronin-. Pero tendrá usted que esperar a que yo me entere de lo que significa eso de que es usted mi amigo. No le he visto en mi vida hasta hoy.

-Pues yo le he visto a usted antes, Cronin -afirmó Vincent-. Le estuve acechando en una ocasión en que seguía a un hombre en Nueva York. Estaba muy cerca cuando le mató usted. Podría haberle denunciado, pero no lo hice. Eso prueba que, por lo menos, no soy su enemigo.

-Entonces, ¿por qué me sigue usted? ¿Cómo me ha encontrado? ¿Cómo es que venía en el mismo tren?

-Todo eso han sido coincidencias, Cronin. En el tren no le reconocí. Tenía que apearme en Harrisburg y estaba llamando a un amigo en la cabina contigua a la de usted. Le oí decir donde pensaba hospedarse y al oír su nombre me di cuenta de quién era. Quería hablarle de un asunto y por eso he venido aquí.

-Estaba aquí, en el cuarto -explicó Wally.

-Sí -admitió Vincent-. Llamé a la puerta y luego entré. Después vino este hombre y me llamó Cronin. No le dije que estaba equivocado para burlarme de él después.

Cronin se sentó al borde de la cama y permaneció silbando suavemente durante un minuto, mientras observaba a Vincent.

-Esta historia que me ha contado usted es un cuento -dijo, por fin-. Está bien; no esperaba otra cosa. Yo también hubiera contado un cuento en circunstancias parecidas.

-Todo lo que le he contado son hechos -repuso terminantemente Vincent.

-Algunos hechos -convino Cronin con una sonrisa-. Pero quiero saber más. Sabe usted quién soy yo y algunas cosas mías. Si es usted un policía, es más tonto que la mayor parte de ellos. Y si es un bandido, es de los más vivos; me inclino más a creer lo último. ¿Qué es lo que pretende usted?

Vincent adoptó un aire misterioso. Cronin le había dado una salida y pensaba rápidamente cómo podría servirse de ella. Aprovechó la oportunidad para encender tranquilamente un cigarro. Luego comenzó a jugar sus cartas deliberadamente.

-Sí -anunció-, soy un bandido. Quizá de los buenos; o tal vez de los malos. Trabajo solo siempre que puedo. No me gusta meterme en compromisos. Dejo que los demás hagan los asuntos y después aprovecho las cosas de que puedo enterarme. Cuando le vi a usted en Nueva York, me pareció que tenía entre manos alguna cosa de importancia. Entonces no me fue posible seguirle y cuando le he visto hoy en el tren, he aprovechado la oportunidad. Al oírle hablar por teléfono me he dado cuenta de que tiene algún negocio en marcha, y he venido aquí para ver lo que podía averiguar. Ahora sabe usted toda la verdad. Si quiere trabajaremos juntos y si no, dígalo y me voy.

Cronin volvió a silbar suavemente, mientras consideraba la explicación que le acababa de dar Harry.

-Ahora habla usted como es debido, Vincent -dijo-. Este es mi lenguaje. Ninguno de los dos somos tontos. ¿Sabe usted lo que haría en otras circunstancias? Meterle un poco de plomo en la cabeza. Pero sería un tonto si lo hiciera ahora. La policía de Nueva York me persigue y tengo que seguir escondido. No puedo permitir interferencias de la policía en mis asuntos actuales. Podemos trabajar juntos. Necesito a alguien que tenga más cabeza que Wally. Además, el negocio es lo bastante grande para que podamos repartirnos los beneficios entre los tres. Si juega usted limpio, como espero, tendrá su parte.

Vincent escuchaba con ansiedad. Cronin hablaba como si dijera la verdad.

Harry creyó haberse captado su confianza y se dispuso a oír alguna importante revelación.

-He estado en Cleveland -continuó diciendo Cronin-, y allí me he dedicado a vigilar a un individuo que tiene más dinero del que quiere y que se lo gasta sin saber en qué. Es un individuo raro. Quizás haya oído usted su nombre. Se lo voy a decir...

-No se lo digas, Steve -interrumpió Wally.

Cronin echó una mirada furiosa a su compañero.

-Calla, Wally -le dijo-. Yo soy el jefe aquí y hago lo que quiero. Harry va a trabajar con nosotros y me parece que si un día ve a un hombre bajar de un tren, no permitirá que se le escape luego, que es más de lo que tú has sido capaz de hacer -continuó, dirigiéndose a Vincent-: Este señor de Cleveland se llama Elbridge Meyers. De cuando en cuando sale de la ciudad y pasa en Nueva York dos o tres días. El enterarme de las cosas es la parte más esencial de mi oficio. He descubierto la causa de las ausencias de Meyers. Hay una mujer de por medio y estoy seguro de que, si puedo conseguir alguna prueba, se la haré pagar cara.

-Chantaje -murmuró Vincent.

-Ni más ni menos -resumió Cronin-. A pesar de haberle vigilado muy bien, se fue de Cleveland sin que yo me diera cuenta. Conseguí penetrar en su despacho y en un cesto de papeles encontré una nota en que Meyers decía que venia a Harrisburg. Entonces llamé a

Wally, que estaba en Filadelfia, y que llegó aquí a tiempo de ver a nuestro hombre bajar del tren, pero luego ha perdido la pista y la tenemos que encontrar de nuevo.

Hubo un momento de silencio después de que Cronin acabó de contar su historia. Vincent le miró, asintiendo con la cabeza.

-Me parece bien -dijo luego-. Podéis contar conmigo. ¿Cómo vamos a trabajar el asunto?

Cronin se encogió de hombros y se levantó de la cama en que estaba sentado.

-Lo primero que tenemos que hacer -dijo-, es localizar a Meyers. Ahora es aún tiempo para encontrarle.

Se volvió a Wally, que estaba a los pies de la cama y con cara de mal humor.

-Vete tú a aquel rincón. Déjame hablar de negocios con un hombre que los entiende. Si nos oyeses, tú serías capaz de echarlo todo a perder. Tú eres, desde ahora, el último mono.

Llamó a Vincent, que se levantó de la silla y se acercó a Cronin, que se había retirado al rincón opuesto al que ocupaba el indignado Wally.

-Escuche -dijo, poniendo una mano en el hombro de Harry y hablándole al oído-. Tengo un plan, pero hace falta mucho valor para llevarlo a cabo. Usted es el hombre que necesitaba. Es así...

Vincent sintió algo que le cogía por el cuello. Sus dientes chocaron al mismo tiempo que le empujaba la cabeza violentamente hacia atrás.

Una mano le apretó el mentón y le empujó la cabeza contra la pared. Un momento antes del golpe, sintió la risa sarcástica de Cronin.

Luego le abandonó la conciencia de las cosas y cayó al suelo sin sentido.

-Un golpe de jiu-jitsu, Wally -explicó Steve-. Ya no molesta, ni molestará.

-¿Pero qué es esto, Steve? --exclamó, asombrado, Wally-. ¿Es que no va a trabajar con nosotros?

-¿Este tipo? Debes de estar loco.

-¿Por qué se lo has contado todo, entonces?

-Para que me creyera.

-Podías haber inventado algo.

-Estando tú delante, no. No dejaba de mirarte y en la cara te hubiera conocido la verdad. Lo más fácil era contárselo todo.

-Sí, sí; pero cuando vuelva en sí sabrá demasiadas cosas.

Steve Cronin se echó a reír.

-Sabía demasiadas cosas de todas maneras; pero cuando despierte no sabrá nada, porque no despertará.

-¿Vas a quitarle de en medio?

-Naturalmente.

-¿Por qué no le has matado ya?

-Es inútil tratar de pulirte, Wally. Matarle aquí supone toda clase de complicaciones. Nada de eso. Nosotros no figuraremos aquí, por lo menos para el público. Espera y vigila. Si ves que empieza a despertar, dale otra vez en la cabeza con esto. Vuelvo en seguida.

Steve Cronin sacó del bolsillo una porra y se la entregó a su compañero.

Salió de la habitación, para regresar al cabo de diez minutos.

Miró la forma inerte de Harry Vincent y luego a Wally y en sus labios se dibujó una sonrisa más elocuente que las palabras.

-Vamos, Wally -dijo-. Ayúdame a sacarle de aquí. Le llevaremos como si estuviera borracho. ¿Tienes el coche cerca?

-A la puerta.

-Le meteremos en él. Luego te diré lo que hay que hacer. Esta noche aprenderás algo nuevo. Conozco muchos procedimientos para quitarme estorbos del camino. El de esta noche es uno de los más seguros.

Steve Cronin se volvió a reír cuando levantaban entre los dos el cuerpo de Harry Vincent. Estaba seguro de que aquel hombre que sabía demasiado, estaría pronto en un sitio donde le sería imposible revelarlo.

CAPÍTULO VII
CONDENADO A MUERTE

A un lado del camino estaba estacionado un coche de turismo. Tenía las luces apagadas y la oscuridad más completa le envolvía.

En el automóvil había dos hombres. Uno sentado al volante, parecía escuchar atentamente; y otro a su lado, inmóvil y como dormido.

Sonó a lo lejos la trepidación de un motor, y cuando se acercó, el que estaba al volante del coche de turismo abrió la portezuela y descendió a la carretera.

Miró a lo largo del camino, hacia las luces rojas que señalaban un paso a nivel. Más allá aparecieron un par de faros, y un segundo automóvil se acercó rápidamente.

Cuando el segundo coche llegó a la altura del primero, se detuvo en medio del camino. El del coche de turismo se acercó al que acababa de llegar y abrió la portezuela. El automóvil era de carrocería cerrada. Una carcajada salió de dentro y una voz preguntó:

-¿Qué te parece mi nuevo sedán, Wally?

-Muy bonito. ¿De dónde lo has sacado?

-Lo he robado. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

-Unos diez minutos. Has venido muy deprisa.

-Yo trabajo así.

Y consultando su reloj, añadió:

-Tenemos que esperar otros cinco minutos -dijo-. En este tiempo vamos a repasar esa lección que estás aprendiendo. Quiero que conozcas bien todos los detalles del sistema que tiene Steve Cronin para despachar a los vivos como ese que tenemos en el coche. ¿Se ha despertado?

-Comenzó a despertar; pero siguiendo tus instrucciones, le di un golpecito en la cabeza.

-Muy bien. Si está medio despierto, será mejor para nuestro plan.

-¿Qué piensas hacer, Steve?

-No seas impaciente, Wally; vamos a repasar los detalles. ¿Sabes lo que hice cuando bajé al escritorio del hotel?

-Coger un mapa de los caminos de la región, en el cual me has enseñado cómo podía llegar hasta aquí. Me dijiste que lo tomase con calma y me alegro, porque este camino es muy malo. He estado a punto de romper una de las ballestas. Apuesto a que pasan por aquí muy pocos coches.

-Mejor. Ahora te diré algunas otras cosas que hice. Cogí una guía de ferrocarriles y en tres minutos me enteré de lo que necesitaba saber.

-¿Qué era?

-Las horas a que llegan y salen trenes a Harrisburg por las líneas secundarias; los de esta línea, por ejemplo.

-¿Has encontrado lo que necesitabas?

-Sí; ya llegaremos a eso a su tiempo. Cuando metimos a este individuo en tu coche, todo el mundo pensó que estaba borracho. Lo hicimos a las mil maravillas. Cuando estuve en la calle, antes de subir a encontrarme contigo en mi habitación, vi parado este sedán en una calle próxima al hotel, y me pareció una presa fácil. Esto es todo lo que me hacía falta. -Hizo sonar un manojo de llaves dentro del bolsillo-. Te dejé tiempo para que me tomases alguna delantera y luego te seguí en mi nuevo coche. Por el camino he comprado algunas cosas que necesitaba y ya estoy preparado para liquidar el asunto.

Cronin se apeó del sedán y se acercó al otro coche. Sacó del bolsillo una lámpara y estudió a su luz la cara de Harry Vincent.

-Tardará por lo menos una hora en volver en sí -observó-. No tenemos que preocuparnos de eso, pero hemos de preparar algunas cosas para que el accidente tenga el aspecto debido.

Sacó del bolsillo tres frascos de licor. Dos de ellos estaban vacíos y el tercero lleno hasta poco menos de la mitad.

-Echa un trago, Wally -invitó Cronin, pasando la botella a su compañero-. Pero no te lo bebas todo, que lo necesitamos.

Wally bebió en la misma botella y Cronin le imitó. Luego escanció pequeñas cantidades del licor en las botellas vacías y volvió a poner el corcho en la otra, que metió en un bolsillo de la chaqueta de Vincent.

Los frascos vacíos los arrojó al interior del coche.

-¿Le has registrado? -preguntó a Wally.

-Sí. Sólo le he quitado el dinero y el reloj. No lleva nada más que a mí me hiciera falta. Llevaba unos cuarenta dólares.

-Devuélveme siete u ocho.

Steve Cronin puso el dinero en la cartera de Harry. Al hacerlo, sonó un ligero ruido procedente del bolsillo del chaleco.

-¿Qué es eso? -preguntó.

-Dinero suelto. Se me había olvidado.

-Mejor será dejárselo.

Steve Cronin subió en el coche y le hizo dar la vuelta.

-Ponte en el estribo -ordenó a Wally.

Retrocedió luego hasta dejar el coche parado en medio de los rieles del ferrocarril. Allí se detuvo, dejando el motor en marcha.

Luego se apeó y volvió adonde estaba el otro coche. Abrió la portezuela y empujó el cuerpo de Vincent. Ayudado por Wally, completó las disposiciones. Vincent quedó sentado frente al volante y con el busto derribado sobre el mismo.

Cronin repasó su trabajo.

-Se me olvidaba una cosa -observó.

Sacó el frasco de licor del bolsillo de Vincent, le echó la cabeza hacia atrás y derramó la mitad del contenido del frasco en la garganta. Una parte cayó sobre el traje de Harry y Steve Cronin se rió entre dientes.

-Detalles, Wally, los detalles son lo más importante. Así queda perfecto. Conducía estando borracho y se quedó dormido en el paso a nivel. Las botellas vacías huelen a licor.

Descendió por la carretera, seguido de Wally, a la luz de los faros del coche que contenía al desventurado Vincent. Cronin las había dejado encendidas.

Consultó el reloj.

-Dentro de unos siete minutos habremos acabado -declaró-. Ese paso a nivel me lo han hecho a medida. Observa qué curva forma. El maquinista no se enterará de nada hasta después de que haya pasado.

Wally se dio entonces cuenta perfecta de la idea.

-¡Por eso es por lo que has mirado la guía! -exclamo-. ¿Es un tren rápido?

-Lo suficiente para nuestro propósito. A una milla de aquí, poco más o menos, hay una estación, pero no se detiene en ella. Por aquí pasará muy deprisa.

Como respondiendo a las palabras de Cronin, sonó a lo lejos el silbido de una locomotora, un silbido largo y quejumbroso, que anunciaba un tren que se aproximaba a gran velocidad.

-Sube, Wally -ordenó Steve, saltando al volante del coche de turismo-. Nos vamos de aquí a toda marcha. El resto se hará solo.

Y el coche desapareció en una curva. Todo quedó en silencio. La locomotora lanzó otra señal a través de la noche; pero Vincent no la podía oír.

El plan de Cronin era perfecto. Dentro de pocos minutos se habría realizado.

Un cíclope de hierro avanzaba sobre los rieles; y en su camino esperaba un automóvil.

CAPÍTULO VIII
EL VISITANTE DE DUNCAN

La paciencia no era una de las virtudes de Bruce Duncan. Se dio cuenta de ello un día, sentado en un sillón y contemplando el hogar de la chimenea.

Tres semanas habían pasado desde que aquel extraño visitante nocturno hiciera la visita a su habitación. Todos los intentos hechos para descubrir la identidad de aquel hombre habían fracasado.

Nada había venido a perturbarle desde entonces; no lo esperaba tampoco.

El ladrón había obtenido lo que buscaba. ¿Para qué volver?

Tres semanas, o, para ser exacto, tres semanas y una noche. Veintidós días de inactividad. Era miércoles; el escondite del hogar de la chimenea había sido abierto un martes por la noche.

Duncan sólo estaba seguro de dos cosas: Primero: el ladrón efectivo era un ser de cara simiesca e inhumana. Segundo: alguien, desde fuera, dirigía las acciones del extraño ente.

Se abrió la puerta y entró su sirviente hindú, Abdul.

-Las once, sahib -dijo el criado-. ¿Me necesitará usted más tiempo?

-Mejor será que esperes hasta medianoche, Abdul -dijo Duncan-. A propósito, ¿qué día echaste al correo la última carta que te di?

-El domingo, sahib.

Duncan se acercó al escritorio y sacó de él algunos papeles. Los estudió pensativo, mientras el hindú se movía en silencio por la habitación.

Aquellas cartas eran la única esperanza que le quedaba a Duncan para encontrar una pista que pudiera aclarar el misterio que le tenía perplejo.

Entre los documentos de su tío había hallado una lista de cuatro nombres, que Tremaine identificó como personas con quienes Harvey Duncan había sostenido una intensa correspondencia.

Un hábil interrogatorio había convencido a Bruce de que el abogado ignoraba completamente las relaciones de su tío con un personaje ruso.

Pero quizás alguna de aquellas cuatro personas pudiera suministrarle algún dato.

Les había escrito a todos unas notas cuidadosamente redactadas y había recibido tres respuestas.

Las cartas recibidas indicaban que los tres individuos correspondientes no sabían absolutamente nada, a menos que lo ocultasen deliberadamente. Bruce pensaba hacer averiguaciones más tarde.

Mientras tanto envió una segunda carta al que no contestó a la primera.

Una carta urgente, en la que pedía una inmediata respuesta y se sugería la conveniencia de una visita. Esta era la carta que Abdul había depositado en el correo el domingo por la noche.

Bruce dejó otra vez los papeles en el escritorio y volvió a su sillón. En aquel momento sonó el timbre de la puerta y Abdul salió a abrir.

El hindú, reapareció algunos minutos después.

-Un señor que quiere verle, sahib.

-¿Cómo se llama, Abdul?

-El señor Isaac Coffran.

Duncan dio un salto en su asiento.

-Que entre en seguida, Abdul -exclamó.

¡Era el hombre a quien estaba dirigida la última carta!

El hindú introdujo en la habitación a un señor entrado en años; un hombre delgado y algo encorvado.

Se apoyaba al andar en un bastón y levantó la cabeza para mirara Duncan con unos ojos azules y penetrantes, que eran a la vez amables e inquisitivos.

Estrechó la mano que le tendía Bruce y ocupó el sillón frente a la chimenea.

Duncan acercó otro asiento a su lado. Un viejo raro pensó el joven. Más viejo que su tío, pero despierto y vivo, a pesar de sus años. La edad exacta de Isaac Coffran era imposible de determinar. Iba completamente afeitado y sus mejillas eran tersas y firmes.

-He recibido su carta -anunció el anciano, con una voz algo asmática, pero amable y cariñosa-. Me pareció importante y he venido. Salgo poco de mi casa.

Se echó a reír y añadió-: Esta es la primera vez que lo hago, desde hace varios meses.

-Cuanto lo siento -exclamó Duncan, excusándose-. Podría yo haber ido a verle a usted.

-No, no -replicó Coffran-. Hace una noche hermosa y el paseo me ha sentado bien. Me ha traído un amigo. Espera fuera en su automóvil.

-¿Quiere usted quedarse a dormir? -ofreció Bruce.

-No; gracias. Estoy acostumbrado a trasnochar. Un hábito que adquirí cuando era joven como usted. Sólo puedo permanecer un corto espacio. ¿Para qué deseaba usted verme?

Duncan permaneció un momento pensativo. Debía proceder con cautela; pero al mismo tiempo Isaac Coffran era tan afable, que inspiraba confianza.

Duncan deseaba averiguar todo lo posible respecto al misterioso robo, y aunque no pensaba divulgar el secreto de su tío, le pareció que podría, sin inconveniente, sugerir alguna vaga idea acerca de él.

-¿Conocía usted bien a mi tío? -preguntó.

-Muy bien -afirmó cl viejo-. Nuestra amistad era muy antigua y tuvimos negocios comunes, antes de que yo me retirase de ellos. Venía a verme de cuando en cuando y me escribía con frecuencia.

-¿Le vio usted antes de morir?

El viejo meneó la cabeza.

-No -dijo-. Le envié mis saludos cuando supe que estaba enfermo; pero no sabía que su estado fuese tan grave. Su muerte me ha producido una gran tristeza. Era mucho más joven que yo.

-¿Tenía enemigos mi tío? -siguió preguntando Duncan.

Isaac Coffran sonrió.

-Todos estamos expuestos a tener enemigos -declaró-. Su tío era un hombre muy activo. Había estado en muchas partes del mundo. Hizo en su vida muchos amigos, y supongo que también enemigos. ¿Por qué lo pregunta?

-Porque -Duncan titubeó un momento-, porque estoy seguro de que mi tío abrigaba ciertos temores.

-¿Se los participó a usted alguna vez?

-No, porque llegué aquí después de morir él.

-Es verdad. Mi memoria flaquea mucho. Recuerdo ahora que no estaba usted aquí. Después de la muerte de Harvey recibí una carta en que me lo decían. Creo que la carta era de aquel viejo servidor de su tío. ¿Cómo se llama?

-Hopkins.

-Precisamente. Recibí una carta de Hopkins. A Hopkins es a quien debe usted ver; estuvo con su tío constantemente hasta que murió.

-Hopkins ha muerto también.

-¿Es posible? -El tono de Coffran sugería un verdadero sentimiento-. Pobre Hopkins. Era un servidor leal. ¡Qué pronto ha seguido a su amo!

-Esa es otra de las cosas que me inducen a creer que mi tío tenía enemigos.

El anciano se inclinó hacia Duncan y le dio algunos golpecitos en el hombro.

-No se deje usted arrastrar por la imaginación -le dijo-. No creo que sus sospechas tengan fundamento. Su tío no me ocultaba nada. No hay motivo para alarmarse.

El tono paternal de Isaac Coffran era reconfortante.

-Quisiera poder estar de acuerdo con usted -repuso Duncan-. Desgraciadamente es imposible. Estoy seguro de que mi tío guardaba un importante secreto que nunca confió a nadie.

-Imaginación.

-No es imaginación sino realidad. Mi tío tuvo cuidado de que su secreto llegase hasta mí, aunque no pudiera oírlo de sus propios labios. Me dejó un mensaje escrito en el que me lo contaba todo...

El viejo levantó una mano.

-Le creo; pero no debe usted añadir ni una palabra más. Su tío era amigo mío; si hubiera deseado que yo conociera su secreto, él mismo me lo hubiera revelado. Guárdelo usted cuidadosamente, sea lo que sea.

Bruce Duncan sonrió.

-Así pienso hacerlo -afirmó-. Pero hay ciertas cosas que le puedo comunicar. En primer lugar, no leí el mensaje de mi tío hasta un mes después de su muerte. Se refería a ciertos documentos que había escondidos en esta casa. La noche antes de que yo conociera el secreto, un ladrón entró en esta habitación y robó los documentos. Yo mismo le vi efectuar la sustracción; pero como entonces ignoraba los hechos, no hice nada para impedírselo.

Duncan se acercó a la chimenea y apretó el resorte secreto. La piedra del hogar se levantó sobre sus goznes ante la mirada atónita de Isaac Coffran.

Duncan estudió al anciano, mientras éste contemplaba con la boca abierta el espacio vacío.

-¡Increíble! -exclamó al fin-. ¡Increíble!

-Mi deber replicó Duncan-, me ordena recuperar los objetos robados. Puesto que el lugar en donde estaban ocultos es conocido ya por otra persona, además de nosotros, no falto a la confianza depositada en mí mostrándoselo.

-¿Vio usted al ladrón?

-Sí.

-¿Le podría usted reconocer?

-También. Por eso es por lo que sé que mi tío tenía enemigos. El hombre que robó los documentos apenas era un ser humano, sino un monstruo con cara de simio, una especie de animal repugnante, que entró por la ventana mientras yo estaba medio dormido. Creí estar soñando y no reaccioné hasta después que se hubo marchado.

-¿No tiene usted ningún indicio referente a la identidad de ese... de ese individuo?

El tono de Coffran era casi consternado. Duncan creyó advertir en él un verdadero sentimiento. Pensó que si insistía podría despertar algún recuerdo en la memoria del viejo.

-Tengo indicios -afirmó-. Creo que estoy sobre una pista. He reunido datos que me permitirán encontrar al ladrón. Recuerde que conozco el secreto de mi tío; si pudiera obtener algunos datos acerca de su vida pasada, seguramente hallaría los eslabones que me faltan en la cadena de circunstancias. Por eso he acudido a usted.

Isaac Coffran se quedó pensativo.

-Quizá pueda ayudarle -admitió al fin, hablando lentamente-. He perdido casi por completo la memoria. Pero si el secreto se refiere al pasado de su tío, como parece, quizá pudiera usted deducir algo si conociera cartas escritas por él. ¿No es así?

-Exactamente.

-Yo tengo muchas cartas de su tío, pero he olvidado lo que decía en ellas. Las tengo todas guardadas en una caja en mi casa. ¿Quiere usted verlas?

-Ciertamente.

-Sería difícil para mí traerlas aquí. Quizás...

-Yo puedo ir a su casa.

-Cuando usted quiera.

-Mañana por la noche.

-Excelente.

Coffran se levantó. Duncan llamó a Abdul. El hindú acudió con el abrigo de Isaac Coffran.

-Encontrará usted mi casa muy extraña -dijo éste, cuando salía-. Es una casa muy vieja y está situada en un barrio muy pobre. Hace años era un punto aristocrático, pero los tiempos han cambiado y yo me he acostumbrado tanto a ella, que no quiero dejarla.

Salieron al porche y el viejo descendió la escalera hacia un coche que le esperaba.

-Mañana, a las ocho de la noche, estaré en su casa -dijo Duncan, al despedirse.

-Le esperaré -replicó Isaac Coffran.

Los faros del automóvil se encendieron e iluminaron el camino. Su luz dio vida a una legión de extrañas sombras -sombras largas de árboles, sombras cortas de los arbustos, sombras grotescas y sin forma. El coche se alejó.

Duncan y Abdul entraron de nuevo en la casa. La luz del pequeño porche estaba aun encendida y otra sombra apareció bajo sus rayos. Una sombra que se movió a través del porche y luego quedó inmóvil.

Era una sombra larga y estrecha, coronada por un extraño perfil. El hindú apagó la luz; la sombra desapareció y dos puntos brillantes como carbones encendidos se desvanecieron en la noche.

Ninguno de los dos hombres de la casa vio la sombra. Bruce Duncan estaba ya subiendo la escalera cuando apareció en el porche.

Abdul, cuando apagó la luz, estaba demasiado preocupado para pensar en mirar por la ventana.

El criado hindú pensaba en una cosa que tenía en la mano, un trozo de papel que había caído de uno de los bolsillos del abrigo de Coffran.

Abdul lo estudió a la luz del vestíbulo, y lentamente leyó las palabras que aparecían escritas en él, repitiéndolas para sí, como una persona que lee con dificultad:

«Hay que descubrir lo que sepa Duncan. Investigar personalmente e impedir toda interferencia. Los planes funcionan perfectamente.»

Abdul leyó el papel varias veces. Un gesto de comprensión apareció luego en su oscuro rostro. Hizo con la cabeza una señal de asentimiento. Dobló cuidadosamente el papel y se lo guardó en uno de los bolsillos de la chaqueta.

CAPÍTULO IX
TRES HOMBRES DESAPARECIDOS

Harry Vincent levantó la cabeza y abrió los ojos. Se encontró mirando a través del parabrisas de un automóvil. El coche estaba parado. Sus faros encendidos revelaban un camino áspero y malo que se perdía entre los árboles. Se llevó una mano a la cabeza. Sentía en ella unas dolorosas palpitaciones. Le costaba trabajo pensar. No recordaba haber entrado en el automóvil; y sin embargo allí estaba frente al volante.

Vincent cerró los ojos de nuevo y se dejó caer otra vez sobre la rueda. Las palpitaciones se hicieron más dolorosas. Dejó de tratar de recordar lo ocurrido.

El silbido de una locomotora rasgó el silencio de la noche. Cuatro mugidos breves y espaciados. La señal de un tren que se dispone a emprender la marcha.

Pasaron dos minutos. El dolor de la cabeza molestaba a Vincent y cambió de postura. Se incorporó de nuevo y abrió otra vez los ojos, ya con la conciencia más despierta.

Hasta sus oídos llegó el tañido próximo y fuerte de una campana. El ruido aumentaba las palpitaciones de su cabeza. ¿Qué significaba aquella campana?

Se frotó la frente y miró en torno suyo.

El brillo del metal en el suelo atrajo su atención, pero su mente adormecida no lo identificó con los rieles de un ferrocarril, hasta que sintió un zumbido agudo. Entonces se estableció automáticamente la conexión.

El automóvil estaba estacionado sobre un paso a nivel. La campana significaba que un tren se acercaba.

En el momento en que el horror de la situación se dibujaba en la mente de Vincent, un resplandor brillante surgió de las tinieblas. El faro de una locomotora en marcha.

El instinto vino en su auxilio. Adelantó un pie. Por suerte lo apoyó de lleno en el pedal del acelerador. Habían dejado el coche embragado y el encendido abierto; la respuesta del motor fue instantánea.

El automóvil dio un salto; sus ruedas delanteras se deslizaron por el declive.

La suerte de Vincent permaneció indecisa por una fracción de segundo.

El motor se había puesto en marcha; la pendiente facilitaba su avance; pero el monstruo de hierro que corría sobre los rieles estaba casi encima del automóvil.

El resplandor del faro era deslumbrador; la poderosa locomotora llegaba ya al frágil vehículo que interceptaba su camino.

Pero en el mismo instante en que sus ruedas retumbaban en el paso a nivel, los neumáticos posteriores del automóvil se deslizaron por el declive.

Las bielas de los émbolos rozaron la parte posterior del coche.

Un nuevo peligro le amenazaba de momento. Cuando el tren pasó junto a él, Vincent, aguijoneado por el terror de su milagrosa salvación, apretó el acelerador. El automóvil perdió la dirección. Las manos de Vincent soltaron la rueda del volante. Estaba a punto de volcar en la cuneta, cuando Harry recobró el dominio del coche. A continuación, se detuvo en medio del camino.

Vincent se recostó en la rueda, escuchando el ruido del tren que se perdía en la distancia. Se fue debilitando hasta que cesó totalmente.

Su cerebro comenzó a funcionar; los incidentes de la noche se sucedieron rápidamente en su memoria.

El hombre del tren, Steve Cronin. La habitación del hotel, donde fue sorprendido. La oferta de Cronin y su relato acerca de Elbridge Meyers, el hombre a quien Cronin buscaba.

Todos aquellos detalles se destacaban claramente en su memoria.

La cabeza le dolía aún. Tenía que ir a alguna parte. Condujo cuidadosamente el coche por el áspero camino y volvió por el primer cruce que encontró, internándose por una buena carretera, paralela a la línea férrea.

Al cabo de varias millas, la carretera pasaba por debajo de un arco y ascendía una colina. Vincent se detuvo en la cima, junto a una estación.

El expendedor de los billetes estaba todavía en su ventanilla. E1 reloj de la estación señalaba las doce y diez minutos. Vincent descubrió que su propio reloj había desaparecido.

-¿Cuándo pasa el próximo tren? -preguntó.

-¿Para dónde? -preguntó el de la ventanilla-. ¿Para Harrisburg?

-Sí.

-Mañana por la mañana. El último de esta noche ha pasado hace un cuarto de hora.

-¿A qué distancia estamos de Harrisburg?

-A unas diez millas. ¿Tiene usted ahí un coche?

-Sí.

-Vaya en él, entonces. Esta noche no hay más trenes. -El empleado de la estación se echó a reír-. Viene usted con bastante retraso -observó-. El tren que acaba de marchar ha llegado aquí cuarenta minutos más tarde de lo debido. Han tenido una avería que les ha obligado a detenerse en una pequeña estación, a unas seis millas de aquí.

Vincent comprendió todo el diabólico plan de Steve Cronin, mientras conducía, aún medio aturdido, por el camino de Harrisburg.

Había sido abandonado sin sentido en medio de la vía, dentro del coche, condenado a una muerte horrible. Steve Cronin no podía prever que el tren se detuviese cuarenta minutos en la estación anterior al paso a nivel.

Vincent había recobrado el conocimiento en el momento crítico. Pero su cabeza no estaba aún muy firme, y las luces de la ciudad parecían bailar ante sus ojos cuando entró en Harrisburg.

Llegó a la estación. Dejó el coche abandonado en la calle.

En el andén había un coche cama, dispuesto para ser enganchado en el primer tren para Nueva York.

Los siete dólares que llevaba Harry en la cartera apenas bastaban para pagar su pasaje hasta Nueva York; en el bolsillo del chaleco, junto con la moneda fraccionaria, llevaba una pieza de oro de cinco dólares.

Tomó una cama y pronto estuvo durmiendo en ella, pues las palpitaciones de su cabeza cesaron en cuanto se acostó. Despertó a la mañana siguiente, en la Estación de Pennsylvania de Nueva York. Tomó una habitación en el Hotel Metrolite; desayunó y dirigióse a la oficina de Claudio Arma, el agente de seguros de Granville Building.

El señor Arma saludó cordialmente a Vincent.

-Me alegro de que haya llegado usted hoy -dijo-, pues tenemos que hablar de un asunto.

Las relaciones de Vincent con Arma eran muy sencillas. El agente de seguros era el portador de las órdenes de la misteriosa Sombra.

Dar instrucciones y recibir informes parecía ser todo su trabajo.

Arma se dirigió a un archivador y volvió a su escritorio con dos recortes de periódico. Uno procedía de Trenton, Nueva jersey, y el otro de Richmond, Virginia.

Vincent los leyó. E1 primero era el relato de la extraña desaparición de un dibujante llamado Arthur Hooper; el segundo hablaba de J. Howard Longstreth, droguero, que también había desaparecido misteriosamente.

-Observe la semejanza de estos dos casos -dijo Arma-. Ambos salieron de sus casas súbitamente, diciendo que regresarían al cabo de dos o tres días, y ninguno de ellos ha

regresado. Hooper salió de Trenton hace poco más de dos semanas y Longstreth dejó Richmond hace siete días. Podrían cambiarse los nombres y, sin embargo, los detalles darían una idea exacta de cualquiera de los dos casos. Una extraña coincidencia, ¿no?

-Muy extraña -asintió Vincent-. Y, sin embargo, puede no ser más que una coincidencia.

-¿Lo cree usted así? -dijo Arma-. Yo no. Dedico una gran parte de mi tiempo a leer periódicos para buscar coincidencias como éstas, y en la mayor parte de los casos significan el principio de acontecimientos de importancia.

-¿Relacionados con la Sombra?

-Desde luego. Estos recortes indican algo inusitado. He enviado copias al despacho vacío de la calle Treinta y Tres, donde la Sombra recibe los partes.

»Me han dado instrucciones de que busque en los periódicos noticias referentes a otras desapariciones por el estilo.

-¿Espera usted encontrarlas?

-Quizás. Observe que esos dos hombres han desaparecido con una semana de intervalo. Hooper salió de Trenton el martes por la tarde; la última vez que Longstreth fue visto en Richmond fue el lunes. En ambos casos la prensa no dio cuenta de la desaparición hasta el final de semana.

A Vincent se le ocurrió de pronto una idea.

-Tengo un parte que dar -anunció-, que puede estar relacionado con esto. Se refiere a un señor Elbridge Meyers, que salió de Cleveland cl martes por la mañana, hace dos días.

A Arma le interesó en el acto la noticia. Vincent comenzó a relatar su historia desde el momento en que observó por primera vez a Steve Cronin en el tren. Cuando acabó su narración, vio que Arma se animaba extraordinariamente.

-Escriba eso inmediatamente -ordenó el agente de seguros, entregándole pluma, tinta y papel -. Mientras tanto voy a hacer una diligencia.

Mientras Vincent escribía, el señor Arma llamó por teléfono.

-¿Es la Compañía Universal de Seguros? -preguntó-. Soy Arma. Hagan el favor de preguntar a su agente de Cleveland si el señor Elbridge Meyers está en su despacho. Si no le encuentran que llamen a su domicilio particular. Que me avisen en cuanto sepan algo.

Un cuarto de hora después, mientras Arma estaba leyendo y aprobando el parte de Vincent, sonó el timbre del teléfono.

Llamaban de Cleveland. Elbridge Meyers salió de su casa el martes por la mañana, diciendo que regresaría al día siguiente.

Tenía una cita importante en la ciudad, a la cual no acudió. Nunca había estado fuera de su despacho más de cuarenta y ocho horas. Su socio estaba preocupado.

Arma tomó nota de todo.

-No; no sé nada de él -repuso-. Me habían dado su nombre como un probable cliente y deseaba verle. Hagan el favor de avisarme cuando regrese. Gracias. Adiós.

El agente de seguros tomó a su vez el papel y la pluma y escribió otro parte.

Lo metió en un sobre, junto con el de Vincent, y entregó el sobre cerrado y sellado a una mecanógrafa que trabajaba en otra habitación. La muchacha salió.

-Evidentemente, Steve Cronin le dijo la verdad -observó Arma-. Esperaba quitarle a usted de en medio, por lo tanto podemos creer toda su historia. No sabe por qué fue Elbridge Meyers a Harrisburg y esto hace su desaparición tan misteriosa como las otras dos. Su informe me ha permitido dar la información algunos días antes de que la noticia aparezca en los periódicos de Cleveland. Además, nos indica Harrisburg como centro de ciertas actividades. Espere usted aquí; recibiremos respuesta antes de una hora.

La mecanógrafa que había salido a las diez y cinco minutos, regresó veinte minutos después. A las once en punto llegó un mensajero con un sobre para Arma.

El agente de seguros leyó cuidadosamente la carta, acercándose a la ventana.

Permaneció algún tiempo mirando a la calle, como si tratase de grabar los hechos en su memoria.

Cuando dejó la carta sobre el escritorio, no se veía nada escrito en ella. Vincent no experimentó ninguna sorpresa.

El también había recibido cartas de la Sombra; cartas escritas en una sencilla clave y con una tinta que desaparecía a los pocos minutos de estar expuesta al aire.

-Harry -dijo Arma-; cuando se cometen crímenes extraordinarios es señal de que hay hombres extraordinarios detrás de ellos. En esta ciudad vive un individuo que, indirectamente, está relacionado con las dos primeras desapariciones. Se llama Isaac Coffran. Sé que está vigilado desde hace dos días, por la Sombra o por alguno de sus agentes, pues no somos nosotros solos los que estamos a su servicio. Isaac Coffran salió anoche de su casa, una cosa que no había hecho desde hace varios meses. Esta noche espera la visita de un señor que se llama Bruce Duncan. Es preciso vigilar el domicilio de Coffran y usted es el hombre designado para ello. Enfrente de la casa hay una tienda vacía. La puerta está abierta. Puede usted vigilar desde allí. En este sobre tiene usted el número de un teléfono. En la tienda hay teléfono también. Ha de dar usted cuenta de toda la gente que entre y salga de casa de Coffran. Si llega un hombre y permanece dentro más de dos horas, llame al número que tiene en el sobre. Su informe referente a Harrisburg será investigado esta noche. Por el momento no puede usted volver allí, naturalmente, y por eso se le asigna esta nueva obligación. -El agente de seguros adoptó una expresión muy solemne para pronunciar las últimas palabras de sus instrucciones-. Recuerde, Vincent, que Isaac Coffran es un hombre muy peligroso. No es un criminal de tipo corriente. Nunca se ha sospechado de él que pudiera estar mezclado en un crimen. Y, sin embargo, estamos seguros, no sólo de que conoce los detalles íntimos de la desaparición de varias personas, sino de que algunos hombres han entrado en su casa y no han vuelto a salir de ella. La policía no sabe nada de las actividades de ese sujeto. Coffran es viejo y prudente. Tiene una memoria notable y muchos recursos. Esté siempre alerta y tenga cuidado. Recuerde todo lo que vea y dé cuenta de ello. Estamos a punto de hacer descubrimientos de importancia. Han desaparecido tres hombres. La Sombra desea saber qué ha sido de ellos.

Harry Vincent salió de la oficina con la dirección de Isaac Coffran en el bolsillo. Su continente era grave cuando descendía en el ascensor.

Las últimas palabras del señor Arma eran impresionantes. El agente de seguros nunca había dado unas instrucciones tan detalladas.

Debía de aproximarse algún acontecimiento extraordinario, pues el portavoz de la Sombra desarrollaba una actividad sin precedentes.

Un crimen extraordinario estaba a punto de cometerse. Una mentalidad superior dirigía el desarrollo de aquel crimen. La Sombra empleaba todo su poder para derrotarle. La Sombra necesitaría mil ojos aquella noche.

CAPÍTULO X
EN LA TRAMPA

La morada de Isaac Coffran era un edificio de ladrillo, situado en una calle oscura y que a Bruce Duncan le pareció extrañamente desierta cuando apretó el timbre que había en el marco de la maciza puerta.

Si el amigo de su tío no le hubiera asegurado que le esperaba a las ocho de la noche del jueves, Bruce hubiera decidido que la casa estaba deshabitada, pues todas las ventanas de la fachada estaban cerradas con persianas de hierro.

Hubo un momento en que titubeó, pues había llamado tres veces, sin obtener ninguna respuesta. Pero como eran exactamente las ocho, esperó.

La puerta se abrió de repente. Bruce retrocedió un paso a1 encontrarse frente a un hombre enorme, de cara brutal, y con una mejilla partida por una lívida cicatriz.

Tenía mucho más de un metro ochenta de estatura y una poderosa osamenta.

-¿Qué quiere usted? -preguntó con voz opaca y gutural.

-¿Vive aquí el señor Isaac Coffran?

-Sí. ¿Cómo se llama usted?

-Bruce Duncan.

El gigante se apartó de la puerta e indicó a Bruce que podía entrar. Duncan entró en un vestíbulo débilmente alumbrado y el sirviente cerró de nuevo la puerta con llave y cerrojo.

-Espere aquí -dijo, indicando una silla. Luego subió por una escalera y Duncan permaneció esperando varios minutos. Después oyó la voz de Isaac Coffran, que le llamaba desde lo alto de la escalera.

-Haga el favor de subir, amigo mío -fueron las palabras del viejo.

Isaac Coffran estrechó las manos de Bruce con gran complacencia e introdujo a su visitante en un cómodo salón de la parte posterior de la casa.

-Bueno, muchacho -dijo sonriendo y frotándose las manos con satisfacción-. Tengo preparadas todas las cartas de su tío.

-¿Las ha repasado usted? -preguntó Duncan con ansiedad-. ¿Ha visto usted en ellas algo importante?

-No he tenido tiempo para leerlas. Le dejo ese trabajo a usted. Yo no hubiera visto ningún indicio, pues ignoro completamente el secreto que usted desea aclarar.

-Es verdad. ¿Dónde están las cartas?

-En mi despacho. Iremos allí en seguida. Puede usted tardar mucho en leerlas y he tomado disposiciones para que duerma aquí.

-Muchas gracias, señor Coffran.

El viejo miró a Duncan con curiosidad.

-¿Le ha sorprendido el aspecto de esta casa? -preguntó.

-Sí -admitió Bruce-. Hubiera creído que estaba deshabitada, si usted no me hubiera asegurado que me esperaba en ella.

Isaac Coffran sonrió.

-Sólo estoy en casa para algunos amigos escogidos y prefiero tenerla cerrada de la manera que usted ha visto. Esta vecindad es mala y conviene tomar precauciones. No puedo avenirme a dejar esta casa. Pero nada puede pasarme en ella. Nadie puede entrar y Pedro, mi criado, es fiel y de toda confianza.

-Así me ha parecido -convino Bruce, sinceramente.

-Sí; es fiel e ignorante, lo cual es preferible. Siempre es mejor que los criados no puedan enterarse de los asuntos de importancia. Y, a propósito, su criado, aquel hindú, ¿está usted seguro de que es fiel?

-Absolutamente.

-Podría estar complicado en el robo de los documentos de su tío.

-Ya lo he pensado, pero estoy seguro de que Abdul no sabía una palabra del asunto.

-¿Dónde está ahora?

-Le he dejado en casa.

-¿Le habrá dicho usted en dónde podría encontrarle, desde luego?

-No le he dicho nada. No hay ninguna razón para que necesite comunicar conmigo. Insisto en que tengo confianza en Abdul, pero me ha parecido mejor mantener secreta esta visita. El hindú no le puede decir a nadie dónde me encuentro.

-Ha hecho usted bien.

-Además -agregó Duncan-, le he dicho que tal vez tardaría varios días, quizá semanas en regresar, pues si encuentro una pista quiero empezar a seguirla al momento, de manera que tiene instrucciones para cuidar de la casa y esperar mi regreso. Ya conoce usted a los orientales; sería capaz de esperar toda la vida hasta recibir nuevas instrucciones.

-Muy bien; de esa manera, en caso de que usted le necesitase, sabría dónde le podría encontrar.

-He tomado otras precauciones para venir aquí -continuó explicando Duncan-. He dejado mi coche en un garaje y he venido en taxi. Usted y su criado son las únicas personas que saben dónde me encuentro.

Una sonrisa astuta se extendió sobre las arrugadas facciones de Isaac Coffran. Duncan se sorprendió al advertir el cambio de expresión del viejo.

Pero las palabras del amigo de su tío le tranquilizaron.

-Es usted prudente. Por lo que me ha dicho deduzco que Harvey debía de tener algún enemigo. Lo pensé anoche cuando regresé. Debemos obrar con precaución cuando nos encontramos ante peligros desconocidos. Responder a la astucia con la astucia. Su tío era valiente; y más que valiente, agudo e intuitivo. Sabía cómo responder a los que conspiraban contra él. Usted me recuerda a su tío.

Bruce Duncan sonrió. Aquellas manifestaciones del viejo eran halagadoras.

-Sí -prosiguió Isaac Coffran-, ha hecho usted bien en acudir a mí. Creo que le podré dar buenos consejos, después de que haya leído las cartas. Estúdielas con cuidado y procure recordar todo lo que haya en ellas de importancia. Luego me contará usted lo que descubra. Soy viejo y me falla la memoria, pero aún no he perdido la facultad de discurrir con claridad. Creo que estará usted de acuerdo conmigo antes de mucho tiempo.

-Me alegro de haberle conocido -afirmó Duncan-. Aunque de esta visita no resulte nada tangible, siempre es hacer algo. Necesito entrar en acción; estas tres semanas de ociosidad han sido de prueba para mis nervios. Estoy dispuesto a afrontar el peligro; realmente estoy deseándolo.

-¡Habla usted lo mismo que su tío! -exclamó Isaac Coffran-. Le gustaron las aventuras y tuvo muchas en su vida. Quizá le ocurra a usted lo mismo. Pero recuerde una cosa. La prudencia es tan importante como la audacia. Guárdese bien.

Bruce Duncan se echó a reír.

-Sus palabras suenan como una predicción del porvenir -dijo.

El anciano sonrió. Se levantó de su sillón y requirió el bastón en que se apoyaba al andar.

-Vamos -invitó-. El tiempo puede ser precioso. Tiene usted mucho trabajo que hacer.

Isaac Coffran condujo al joven por un oscuro corredor, y se detuvo frente a una puerta, que al abrirse reveló una pequeña estancia iluminada por globos eléctricos adosados a las paredes, que casi desaparecían bajo estantes llenos de libros.

-Entre -invitó-. Este es mi despacho. Un lugar tranquilo y cómodo, donde podrá usted leer sin que nadie le moleste.

Al entrar en la habitación, Duncan observó que no tenía ventanas. Era una estancia cuadrada, con un escritorio en un rincón, donde acababan los estantes de libros. Había otro rincón especial que parecía casi una adición al cuarto; Un hueco en la pared.

Evidentemente, era un rincón destinado a la lectura, pues había en él una butaca y una luz en el techo, que era mucho más bajo que en el resto de la habitación. Pero la luz estaba apagada.

Coffran señaló el escritorio. Sobre él se veía un montón de cartas bajo la luz de una pequeña lámpara de mesa.

-Las cartas de su tío. Ni siquiera les he mirado. Sé que algunas de ellas están fechadas hace veinte años. Todas están fechadas y por el orden en que las he ido recibiendo. Mi consejo es que las lea usted una por una sin pasar nada por alto. Puede haber referencias que se expliquen en cartas posteriores. Mi único recuerdo de esas cartas es que su tío citaba mis respuestas en cada una de ellas, de manera que son fáciles de entender. Olvide usted el tiempo; yo estaré despierto hasta medianoche. Lea todo lo que quiera y concéntrese en su lectura. Es la mejor manera de estimular la reflexión. Cerraré la puerta para que nadie le moleste; si me necesita sólo tiene que apretar este botón para que venga Pedro, que no se acuesta hasta que lo hago yo.

Bruce Duncan se sentó frente al escritorio y desdobló la primera carta, en la que reconoció la firme escritura de su tío.

Isaac Coffran le puso, amistosamente, una mano sobre el hombro.

-Lea y esperemos que antes de acabar sepa usted más de lo que sabe ahora.

Duncan oyó como la puerta se cerraba detrás del viejo. El pestillo hizo un ligero chasquido. A continuación, en un confortable silencio, el joven comenzó a leer.

Isaac Coffran permaneció un momento escuchando a la puerta de su despacho. Al acercarse Pedro por el corredor, se llevó un dedo a los labios, y el criado quedó tan inmóvil como el señor.

Pasaron varios minutos. Una sonrisa perversa y astuta se extendió por las facciones del viejo. Una sonrisa que hubiera asustado a Duncan si hubiera podido verla. Una sonrisa que tuvo un reflejo siniestro en la cara de Pedro.

Isaac Coffran levantó una de sus largas y delgadas manos y apretó un botón que había en la pared, encima de la puerta. Un tablero se ajustó en silencio en su lugar. La puerta desapareció completamente. No se veía un solo hueco a todo lo largo del pasillo. Nadie hubiera podido sospechar que en aquel punto se escondía una habitación.

El viejo retrocedió un paso para examinar el lugar en donde había estado la puerta. La sonrisa perduraba en sus labios cuando levantó las dos manos a la frente y saludó con una reverencia.

Otra sonrisa apareció en la cara del silencioso Pedro.

Era una especie de ceremonia de Isaac Coffran; como si dijera adiós a alguien a quien no esperaba ver de nuevo.

CAPÍTULO XI
CRONIN VE UNA SOMBRA

Al atravesar el vestíbulo del hotel de Harrisburg, Steve Cronin volvió la cabeza. No había nadie, salvo el empleado que trabajaba en el escritorio; sin embargo, el bandido estaba intranquilo.

-Debo de estar neurasténico -observó entre sí, mientras subía las escaleras, desdeñando el anticuado ascensor-. Nunca me he sentido así hasta ahora.

Se detuvo frente a la puerta de su habitación. Miró a lo largo del corredor.

Estaba muy oscuro. Permaneció mirando medio minuto, como si esperase ver algún movimiento en la oscuridad.

Luego abrió la puerta; metió la mano con precaución por la estrecha abertura y encendió la luz.

Entró en el cuarto rápidamente; miró a su alrededor y cerró la puerta. La luz era algo tranquilizadora; pero Cronin no quedó satisfecho hasta que hubo mirado debajo de la cama y en el ropero.

Luego bajó el transparente de la ventana.

Steve se sentó en la misma silla que Harry Vincent había ocupado la noche anterior.

-¡Qué raro! -murmuró-. Es la primera vez que me siento tan nervioso. Siempre me he reído de los tipos asustadizos. Pero esta noche... -Miró hacia la puerta cerrada-. ¡Hasta las escaleras! -murmuró-. Crujían de una manera infernal. Esta casa debe de ser muy vieja. Nunca hubiera creído que yo pudiera hacer todo aquel ruido al subir. Parecía como si alguien subiera al mismo tiempo. Y podría haber subido sin que le viera con aquella oscuridad.

Se acercó a su maleta y sacó una botella. Bebió un largo trago. Luego volvió a la silla.

Sonaron tres golpes en la puerta. Las manos de Cronin se crisparon un momento sobre los brazos del sillón. Luego se echó a reír.

-Wally -dijo-; es Wally.

Se acercó a la puerta, la abrió y retrocedió rápidamente. Su ayudante, Wally, le miró y Cronin permaneció un momento sobresaltado por la larga sombra que se dibujaba en el suelo.

Después se echó a reír otra vez y volvió al lado de la ventana. Wally le siguió.

Steve Cronin se volvió súbitamente. Vio la puerta aún abierta. Cruzó rápidamente la habitación y cerró con llave.

-¿Qué es eso, Wally? -demandó-. ¿Cómo no se te ocurre cerrar la puerta cuando entras?

Wally estaba sorprendido.

-¿Qué te pasa, Steve? Tienes un aspecto raro esta noche. Estás pálido, me parece. ¿Qué te ocurre?

-Nada -refunfuñó Steve, sentándose y encendiendo nerviosamente un cigarrillo.

-Sí -insistió Wally-. Estás preocupado.

-Tal vez -admitió Cronin. Pero pronto pasará. Me parece que he trabajado demasiado últimamente. No sé cuándo me ha dado esto, Wally. Creo que ha sido hace media hora en el restaurante.

-¿Qué ha pasado?

-Nada. Eso es lo peor. Mientras estaba comiendo me pareció que alguien me miraba. Había bastante gente alrededor, pero nadie se ocupaba de mí. Cuando levanté la cabeza pasó la impresión; pero en cuanto volví a comer volvió otra vez.

-¡Bah! -exclamó desdeñosamente Wally.

-Es que no ha sido eso solo -continuó Cronin-; cuando estaba mirando a la mesa, una sombra se levantó delante de mí; una sombra como la cabeza de un hombre, con unos ojos de fuego que se clavaban en mí. Desapareció en el acto y cuando levanté la cabeza no había nadie.

Wally no hizo ningún comentario.

-Durante todo el camino de regreso al hotel -prosiguió Cronin-, me ha parecido como si alguien me siguiera. Lo mismo me ha parecido al atravesar el vestíbulo y al subir la escalera.

-Todo por una sombra -interrumpió Wally-. Las sombras no pueden hacer daño a nadie.

-No, ¿eh? Eso creía yo. Pero conocí una vez a un individuo que se llamaba Croaker, que se volvió loco por una sombra. Creía que estaba viva y que le seguía por todas partes. Nunca hizo nada bueno después de eso. Sus amigos le mataron por traidor, y me dijeron que al morir aún gritaba cosas de la Sombra.

-Tonterías, Steve.

-Nada de tonterías. Yo le vi la misma noche que murió. Me explicó también cosas de la Sombra. Me hizo reír entonces. Pero ahora costaría muy poco trabajo convencerme de que existe una persona, una persona de carne y hueso a quien llaman la Sombra.

Medió un momento de silencio, mientras Cronin bebía de nuevo.

-Bien -añadió con un tono de forzada indiferencia-. Parece que no estamos de suerte.

-No hay señales de que Meyers ande por aquí -repuso Wally-. Le he buscado por todas partes. Ha desaparecido.

-Entonces es que ha vuelto a Cleveland. Nunca está fuera más de dos días. Tendré que volver y comenzar a operar de nuevo.

Me parece lo mejor. Oye, Steve; ¿qué hay del individuo que hemos... el de anoche?

Cronin se echó a reír.

-Ya no existe.

-No he visto nada en los periódicos.

-¿Y crees que eso quiere decir algo? Quizá no se han enterado aún. Y aunque se hayan enterado; como todos los años se matan miles de personas de la misma manera, ya no tiene interés para ellos.

-De todas maneras, creo que debía estar en los periódicos.

-Escucha. Anoche estuve en la estación y vi la tablilla de anuncios. El tren venía con cuarenta y cinco minutos de retraso. Iba a la hora cuando le oímos silbar en el paso a nivel y sólo le faltaban dieciocho millas para llegar. ¿Para qué crees que se entretuvo el maquinista por el camino? ¿Para coger flores?

-Tienes razón, Steve -admitió Wally con una carcajada.

-No te acuerdes más de él, Wally -aconsejó Steve.

Se acercó a la mesa, encendió la lámpara y consultó una guía.

-Son las ocho y cuarto ahora -dijo-. A las nueve hay un tren para Cleveland. Tengo tiempo de sobra para cogerlo. Me voy. Tú puedes quedarte por aquí un poco, si quieres. Échale otra ojeada al hotel y luego vuelve a Filadelfia.

-¿Renunciamos a este asunto de Meyers?

-Sí; me parece que nos hemos equivocado esta vez. Quizá no vino a Harrisbung. No podía tener algo nuevo entre manos. Seguramente ha regresado ya a su casa. Volveré a seguirle la pista. Me gustaría saber para qué vino aquí, pero no hay medio de averiguarlo.

-Todo lo que yo sé es que llegó a las nueve y media y que a las diez estaba otra vez en la estación.

-Quizá regresó directamente a Cleveland. Hay un tren a eso de las diez y media.

-Eso debió de hacer.

Steve Cronin empezó a meter sus cosas en la maleta.

-Adiós, Steve -dijo Wally-. Si le veo en el hotel pasaré por la estación antes de que te vayas. Pero no le veré, me temo.

Abrió la puerta y salió. Cronin continuó haciendo el equipaje. Wally había cerrado la puerta y él no se molestó en echar la llave, aunque mantenía los ojos fijos en ella.

-Ya estoy otra vez nervioso -murmuró-. Me parece que me voy a la estación. Se acercó a la puerta. Apagó la luz y luego advirtió que había dejado encendida la lámpara del escritorio. El cuarto estaba sombrío con aquella escasa iluminación.

Puso una mano sobre el tirador de la puerta. En un espacio que quedaba entre la cama y la pared las sombras eran más espesas que en el resto de la habitación. La negrura parecía allí enteramente sólida.

-¿Eh? -exclamó Cronin-. Esa sombra parece de verdad. -Se echó a reír nerviosamente-. Quizá lo es. ¡Eh, sombra! ¡Despierta de una vez!

Volvía a ser dueño de sí. Pero apenas hubo terminado de hablar, cuando la sangre se le heló en las venas y sus dedos quedaron fláccidos sobre el tirador de la puerta.

La sombra que estaba mirando empezó a moverse. No se acercaba a él. Se movía hacia arriba, levantándose como un enorme espectro negro, una cosa viva, siniestra y misteriosa.

Los ojos de Steve Cronin, vidriosos por el terror, distinguieron la silueta de una capa negra y de un sombrero de anchas alas, también negro; ambas cosas parecían fundirse. Pero entre la capa y el sombrero lucían dos ojos que brillaban como puntos de fuego.

Luego surgió una voz; una voz profunda y sepulcral. Una voz que hizo temblar a Cronin.

-Steve Cronin -dijo-. Yo soy la Sombra. Me has llamado y aquí estoy.

Silencio. El bandido estaba paralizado. La Sombra permanecía inmóvil, pero real y viviente.

-Steve Cronin -continuó la voz de la Sombra-. Te he estado vigilando. Ya te he vigilado otra vez, antes. -Pausa-. Una vez más y será la última. Escucha irá advertencia. Tres veces será tu sentencia de muerte.

El bandido tenía los ojos medio cerrados.

-Tu sentencia de muerte -repitió la voz.

Steve Cronin seguía incapaz de hacer el menor movimiento. Un largo brazo se levantó lentamente y se extendió, hasta que un dedo enguantado apuntó directamente entre sus ojos.

-Has oído mi aviso. -La voz era cada vez más grave y siniestra-. Rara vez he advertido a nadie. No volveré a advertirte a ti.

La voz terminó en una especie de silbido, al que siguió una palabra enfática y autoritaria:

-¡Vete!

La figura pareció fundirse con la oscuridad; los dos puntos de fuego palidecieron antes de desaparecer. Los miembros de Steve Cronin recobraron súbitamente la actividad de un frenético terror. Un grito ahogado se le escapó de la garganta. Abrió violentamente la puerta y se lanzó al corredor. Le siguió el eco de una carcajada hueca, fúnebre y burlona.

¡Había visto a la Sombra! ¡Existía! ¡Le había hablado y mirado con unos ojos de fuego!

La huida de Cronin terminó junto a la escalera. Se serenó apoyándose contra la barandilla. Dejó el maletín en el suelo y sacó del bolsillo una pequeña pistola automática.

Con pasos inseguros y furtivos volvió por el corredor. Esperó un momento junto a la puerta abierta y luego apretó el interruptor de la luz, que podía ver merced a la lámpara de la mesa.

Un momento después estaba de nuevo en el cuarto, con la pistola en la mano y frente al mismo rincón de donde había salido la sombra.

¡La estancia estaba vacía!

Steve Cronin la registró rápidamente. Debajo de la cama, en el ropero. Nadie. Se acercó a la ventana. La persiana estaba seis centímetros más alta que antes. Escrutó la oscuridad. No vio nada.

El bandido se echó a reír tranquilizado. Se acercó a la mesa para apagar la lámpara. Su mano tembló. Una tarjeta yacía ante sus ojos. En ella, con caracteres impresos, decía:

-Recuerda. Una vez más será tu sentencia de muerte.

La pistola estuvo a punto de desprenderse de sus dedos. Con fingido valor consiguió metérsela en el bolsillo. Miraba fascinado a la tarjeta y a las ominosas palabras escritas en ella.

De súbito se desvaneció la escritura. Sólo quedó una cartulina blanca.

Steve Cronin huyó de la habitación. Descendió desalentado la escalera golpeando con la maleta los hierros de la barandilla.

A la puerta del hotel llamó a un taxi. Pidió al chófer que le llevase a la estación.

Mientras el aterrado malhechor temblaba en un departamento del tren cuando éste arrancaba de la estación a las nueve de la noche, un aeroplano se remontaba del aeropuerto de Harrisburg.

Su ruta conducía directamente a Nueva York. Al volar a poca altura sobre los campos de Pennsylvania, sus anchas alas reflejaban la luz de la luna y proyectaban su sombra sobre la tierra.

CAPÍTULO XII
VINCENT ENTRA EN ACCIÓN

Eran las once de la noche. Harry Vincent hacía tres horas que vigilaba la casa de Isaac Coffran desde la tienda de enfrente.

Un hombre había entrado a las ocho. De acuerdo con las instrucciones recibidas, Vincent llamó al teléfono. Le contestó una voz suave; alguien se hizo cargo de su información.

Dio un segundo parte a las nueve y un tercero a las diez. Era hora de dar un nuevo parte, aunque nada nuevo podía decir; solamente que el hombre no había salido.

Harry Vincent especulaba. Veía bien la residencia de Isaac Coffran, pues la calle estaba iluminada. El edificio le pareció inexpugnable. Las ventanas con persianas de hierro le convertían en una verdadera fortaleza.

Se imaginó que los lados y la parte trasera de la casa estarían protegidos de la misma manera. Hubiera supuesto que estaba vacía, si no hubiese visto entrar a un hombre en ella.

Estaba seguro de que el hombre era Bruce Duncan. No tuvo tiempo para examinarle con detención, pero pudo advertir que no tenía aún treinta años de edad y que era de estatura y corpulencia superior a la mediana.

Llamó de nuevo al número del teléfono. Mientras esperaba la respuesta, Vincent se preguntó quién sería la persona que estaba al otro lado del hilo.

Algún otro agente de la Sombra. Dudaba de que pudiera ser la Sombra en persona. La Sombra estaría seguramente fuera de Nueva York, quizás en Harrisburg.

La idea no era muy halagüeña. La aventura de aquella noche podría tener aspectos inesperados. Había más de cuatro horas de viaje en tren, desde Harrisburg a Nueva York.

La Sombra, aunque fuera un superhombre, no podía estar en la capital de Pennsylvania y en Nueva York al mismo tiempo.

Quizás estuviera allí la causa del retraso en la acción. Vincent sabía por experiencia, que en momentos de peligro, la presencia de la Sombra era inapreciable. También se preguntó dónde se encontraría la persona que contestaba a sus llamadas. Probablemente en algún local que sólo sería utilizado aquella noche.

-¿Diga? -era la misma voz de antes.

-Todo sigue igual -dijo Vincent.

-Siga vigilando.

-¡Espere! -exclamó Vincent.

Un hombre se acercaba con precaución por la calle. Estaba debajo de la ventana de la tienda, mirando hacia la casa de enfrente.

-¿Qué ocurre? -preguntó la voz.

-Hay un hombre bajo la ventana.

-¿Debajo de su ventana? -preguntó la voz-. ¿O debajo de la ventana de Coffran?

-Debajo de mi ventana. Aquí mismo.

-¿Cómo es?

-Está de espaldas a mí. Un momento. Ha vuelto la cara. Es moreno. Parece un hindú.

-¿Qué hace ahora?

-Cruza la calle. Trata de abrir la puerta principal de la casa.

-Vigile. No separe los ojos de él.

-Ha vuelto al centro de la calle. Está mirando la casa. Evidentemente, ha visto que no puede entrar en ella. Ahora da la vuelta por el lado derecho.

-¿Qué hace?

-No le veo. La casa está un poco más abajo que esta tienda.

-Dígame inmediatamente cuándo vuelve.

Pasaron dos minutos largos. El hindú reapareció.

-Ya ha vuelto -dijo en el teléfono.

-Siga vigilando -ordenó la voz.

-Registra el frente de la casa, al mismo nivel de la acera. Sin duda ha encontrado ventanas de sótano por el costado. En el frente no hay ninguna. Ahora va al lado izquierdo de la casa.

-¿Le puede usted ver ahí?

-Apenas. Es un callejón estrecho y oscuro. Distingo la silueta.

-Observe con mucha atención.

-Ahora se inclina. Trata de abrir las ventanas. No conseguirá nada. La casa está muy bien protegida. ¡Ah!

-¿Qué?

-Debe de haber encontrado una ventana mal cerrada. Está haciendo algo en ella. Hacia el centro de la casa. Le veo.

-No le pierda de vista.

-Parece que redobla sus esfuerzos. Ahora se tiende en el suelo. Trata de introducirse en algún sitio. Ya está entrando. Los pies primero. Ya ha entrado del todo.

-Espere un minuto y dígame si reaparece.

Vincent permaneció en silencio, con los ojos fijos en el lugar por donde el hindú había desaparecido. No pudo advertir ningún movimiento.

-¿Ha salido? -preguntó la voz.

-No -replicó Vincent-. Estoy seguro de que ha conseguido entrar.

-Entonces ha llegado el momento en que entre usted en acción. Hasta esta noche ha parecido imposible conseguir entrar en ese edificio. Ahora acabamos de ver que alguien lo ha hecho.

-¿He de entrar yo por el mismo sitio que el hindú?

-Sí; pero con precaución. Escuche mis instrucciones. En el cajón de la mesa encontrará usted tres cosas: un trozo de yeso, una lámpara de bolsillo y una pistola automática cargada. Cuando salga de la tienda, haga una señal con el yeso en la puerta. Pinte una flecha en la acera, señalando al otro lado de la calle. Marque su camino hasta el sitio por donde entre. Una vez en la casa, su obligación consiste en encontrar a Bruce Duncan, el joven que ha entrado a las ocho. Señale también su camino por dentro de la casa. Use la lámpara lo menos posible. Y la automática sólo en caso de necesidad. No puedo darle más instrucciones. El resto depende de usted.

Vincent esperó, pero la voz no continuó. Estaba a punto de hablar, cuando oyó cómo colgaban el auricular al otro extremo.

Abrió el cajón de la mesa. Buscando a tientas en la oscuridad, halló los objetos mencionados. Salió con precaución a la calle y marcó la primera señal con el yeso.

El aire fresco añadió nuevo vigor a Harry Vincent. El momento de obrar había llegado. Estaba al borde de una misteriosa aventura.

Pensaba en lo que podría esperarle mientras se dirigía sigilosamente hacia la casa, haciendo sus señales de yeso mientras andaba.

El hindú había abierto una de las persianas de hierro. Vincent la descubrió tras un breve examen, para el cual no necesitó la lámpara.

Detrás de la persiana había una reja de hierro, también abierta hacia el interior.

La lámpara describió un círculo de luz en el suelo del sótano. Era una bodega oscura y sombría, que parecía extenderse a grandes profundidades.

El hindú había entrado sin luz y Vincent hizo lo mismo.

Sus pies chocaron contra el suelo de piedra. Avanzó ciegamente y al hacerlo le pareció sentir que algo estaba ocurriendo delante de él. Creyó oír un sonido a alguna distancia.

CAPÍTULO XIII
EL ENEMIGO DESENMASCARADO

Bruce Duncan había llegado en su lectura hasta la mitad del montón de cartas. Se detuvo para descansar un momento y se frotó los ojos.

Luego apartó la carta que acababa de leer y consideró el tamaño de las dos pilas de papel. Tenía las cartas que había leído a la derecha y las que le faltaban por leer a la izquierda. Hasta el momento había podido averiguar muy poco. No había dejado de leer ni una palabra. Aquella exploración en la vida aventurera de su tío era un trabajo interesante.

Las cartas estaban escritas desde muchas partes del mundo y daban minuciosos detalles de muchas cosas.

Nunca hasta entonces se había dado cuenta Duncan de los muchos aspectos asombrosos de la carrera de su tío. Hechos notables y experiencias extrañas eran relatadas de una manera sencilla y clara.

Parecía imposible que Isaac Coffran no pudiera recordar el contenido de aquellas cartas. Quizás el viejo tenía muchas aventuras propias.

Duncan reanudó la lectura. Aún no había llegado a la parte de la vida de su tío relacionada con Rusia. Le había parecido lo mejor seguir el consejo de Isaac Coffran y leer todas las cartas.

Quizás hubiera alguna cosa en las primeras que pudiera servir más adelante.

Además, iba adquiriendo un valioso conocimiento de los métodos y propósitos de su tío. Así, pensó, se preparaba para posibles descubrimientos posteriores.

La sola mención de algún personaje ruso podía ser el eslabón que le faltaba en la cadena de circunstancias.

Acabó de leer otra carta. Se sentía algo cansado. ¿Cuánto tiempo hacía que estaba leyendo? Le pareció que apenas una hora; pero probablemente eran dos o tres.

Se disponía a mirar su reloj, cuando recordó el consejo de Isaac Coffran de que olvidase el tiempo.

Duncan se puso en pie y sintió que sus energías aumentaban súbitamente.

La sensación le sorprendió. Se dio cuenta de que la atmósfera estaba un poco cargada; pero al levantarse la impresión desapareció.

Dio una vuelta por la habitación y se detuvo junto a la puerta, pero no trató de abrirla. Miró al botón que había junto al escritorio.

Podía llamar a Pedro, si lo deseaba. No era mala idea, pero antes quiso leer algunas cartas más.

Se sentó de nuevo e inmediatamente se sintió cansado y como sofocado. Al extender la mano hacia el montón de cartas de la izquierda, las derribó, accidentalmente. Todas cayeron

al suelo menos la última. Duncan cogió ésta, instintivamente, y se inclinó para recoger las otras.

Al bajar la cabeza hacia el suelo, le sobrecogió una repentina náusea. Cogió las cartas y comenzó a toser con ellas en la mano. Le pareció que en la garganta se le formaba una masa sólida.

Tardó un momento en reponerse, después de recobrar la posición vertical.

Había recogido las cartas apresuradamente. Al hacerlo, colocó la última carta encima de todas. No se dio cuenta de ello, pues estaba luchando contra una especie de mareo.

Cerró los ojos y fue recobrando poco a poco las fuerzas. Mecánicamente desdobló la carta que estaba encima del montón de la izquierda.

Comenzó a leerla con fatiga y sin fijarse realmente en las palabras. De repente una diferencia en el encabezamiento llamó su atención.

Todas las misivas anteriores llevaban como introducción las palabras: «Mi querido Isaac». Esta empezaba sencillamente: «Muy señor mío».

Duncan se concentró con un esfuerzo en su lectura. E1 trabajo le pareció muy laborioso. Sus sentidos estaban embotados.

Pero aun en aquel estado semiletárgico, todo el significado de las palabras escritas por su tío se fue grabando en su mente como una revelación asombrosa. La carta decía así:

«Hemos terminado. He sido durante muchos años un tonto confiado. Creía en la amistad de usted. Le he contado muchas cosas. Ahora sé que es usted un demonio, un demonio con figura humana. Ha utilizado usted las informaciones que ha recibido de mí para hacer víctimas de sus manejos a muchas personas inocentes e indefensas. Ha tratado usted inútilmente de perjudicarme. Ahora sé por qué fui atacado en Singapore. He descubierto el origen del complot contra mi vida en Rusia. ¡Era usted quien estaba detrás de todo ello!

“Ha sabido cubrir bien sus huellas. Sólo aquel hombre que trató de asesinarme en Francia podría haber declarado contra usted. Pero murió a mi lado en un ataque a las trincheras alemanas. Me lo reveló todo con sus últimos alientos. De manera que puede usted vivir tranquilo.

»Pero sus maquinaciones ya no pueden alcanzarme. Estoy prevenido. Nunca poseerá el secreto que busca. Lo revelaré en mi lecho de muerte, y la persona a quien se lo confíe, estará prevenida contra usted. En nada que yo escriba aparecerá la menor alusión a su persona ni a su perversidad. Soy demasiado prudente para confiar semejantes declaraciones al papel. Pero serán mis propias palabras las que informen...»

La carta se cayó de la mano de Bruce Duncan. Había llegado al final de la primera página. Pero ya sabía todo lo que necesitaba saber.

¡El enemigo de su tío era Isaac Coffran! Aquel viejo tan amable había conseguido apoderarse del secreto. E1 ladrón que había robado los sobres era un agente suyo.

Duncan se levantó y de nuevo experimentó la sensación de renacimiento de sus energías. Su mente, súbitamente despierta, se dio cuenta de los detalles de todo lo ocurrido.

Alguien había visitado a su tío durante la enfermedad. El moribundo, en su delirio, creyó que Bruce había llegado al fin y reveló el secreto que guardaba para su sobrino.

No pudo haber sido Isaac Coffran. Harvey Duncan hubiera reconocido a su enemigo aun en el trance de la muerte. Tampoco pudo haber sido el hombre con cara de simio.

Debió de ser una tercera persona, un agente de Coffran. No importaba quién pudiera haber sido. El hecho vital era la divulgación del secreto.

Mientras él, Bruce Duncan, había permanecido ignorante de la enemistad entre su tío y Coffran, no había habido necesidad de cometer un asesinato.

Pero desde el momento en que declaró que estaba dispuesto a perseguir al ladrón, se convirtió en una amenaza. Requirió la carta de nuevo y pasó a la segunda página. Siguió leyendo la repulsa de su tío en el mismo punto en que la había dejado:

«...al hombre que ha de ser el continuador de mi obra. Al mismo tiempo que contra usted será prevenido contra su cómplice, Bernardo Chefano, cuyos labios torcidos revelarán su identidad a pesar de todos los nombres y todos los disfraces que pueda emplear. »Chefano es hábil y usted es astuto, pero yo les desafío a los dos...»

El mareo se apoderó nuevamente de Duncan. Estaba otra vez sentado en la silla. Se puso en pie, sofocado. La carta se escapó de sus manos.

Inclinándose lentamente hacia delante, Duncan bajó la cabeza centímetro por centímetro. La sensación de debilidad volvía gradualmente.

Corrió hacia la puerta. Estaba cerrada. Permaneció inmóvil, dividida su mente entre la cólera y el miedo.

La habitación era una trampa. Encerrado en aquel pequeño departamento, era víctima de los métodos diabólicos de Isaac Coffran. La evidencia era cruel.

Un gas venenoso y lento entraba por alguna parte en el despacho. Debía ser algo parecido al monóxido de carbono, un gas que no puede ser apreciado por el olfato. Siendo más pesado que el aire, ascendía del suelo y le ahogaba gradualmente.

La última carta, la que revelaba la identidad de Coffran, no estaba destinada a llegar a manos de Duncan. Estaba condenado a morir antes de saber la verdad. Ahora la sabía; pero, ¿para qué? Podía pedir socorro; podía golpear la puerta. Todos aquellos esfuerzos serían inútiles y sólo servirían para aumentar el horror de la muerte.

Se acercó al escritorio y apretó el botón. Esperó. No hubo respuesta. Claro que no. La señal había sido, probablemente, recibida por el mismo Isaac Coffran, que estaría gozando con su suerte.

El aire era sofocante. Bruce se dio cuenta de que le quedaban pocos minutos de vida. Podía prolongarla poniéndose de pie sobre la silla, con la cabeza pegada al techo. Así podría ganar veinte minutos; media hora tal vez.

Aquella especie de nicho formado en un rincón de la estancia atrajo su atención. A su lado había otro botón. Quizás otra señal.

Atravesó, tambaleándose, la habitación y apretó el botón, sin resultado.

¿No sería mejor tenderse en el suelo y morir de una vez? Tal vez fuera mejor en efecto, pero la prueba era difícil.

No; desafiaría a Isaac Coffran hasta el último momento. Se puso de pie sobre la silla y se apoyó contra la pared.

El alivio no fue muy grande. Duncan creyó oír como el gas silbaba al penetrar en la cámara de la muerte. Quizás entraba ahora con más rapidez; tal vez era su imaginación.

Miró el reloj. Las once y cuarto. La habitación empezó a dar vueltas, o por lo menos así le pareció. Perdía el equilibrio. Dentro de un minuto caería de la silla y todo habría acabado.

Un chasquido agudo sonó al otro lado de la habitación. Miró hacia el nicho del rincón. Sus ojos se abrieron a una extraña fascinación. ¿Era imaginación?

No, era realidad. Aquella parte de la estancia comenzaba a descender. Y siguiendo su descenso, surgía del techo un nuevo lienzo de pared.

Duncan titubeó por una fracción de segundo. En aquel espacio de tiempo infinitesimal, un torrente de pensamientos contrapuestos llenaron su cerebro.

¡Otra trampa! Ninguna podía ser peor que aquélla. ¡Una muerte terrible!

¡Todas las muertes son terribles! !Una probabilidad de vivir! Por lo menos una esperanza.

Saltó de la silla, conteniendo el aliento al caer al suelo. Como en una pesadilla en que los músculos se niegan a funcionar, consiguió atravesar el cuarto.

La mitad del pequeño departamento había desaparecido ya; se arrastró para meterse por la abertura que quedaba y cayó inerte dentro del ascensor.

Sus inflamados ojos percibieron por última vez el cuarto lleno de gas.

Luego desapareció y quedó sumido en una oscuridad total, una oscuridad terrible que pareció por un instante que le iba a acabar de ahogar.

Abrió la boca y respiró profundamente. Sus pulmones, a punto de estallar, se llenaron del aire tónico y vivificante.

CAPÍTULO XIV
LA NUEVA AMENAZA

Fue un largo descenso. E1 movimiento lento y regular del suelo en que apoyaba los pies, se convirtió en un sedante para Bruce Duncan.

Se dio cuenta de que se encontraba en un pequeño ascensor, encerrado entre paredes de sólida mampostería. Quizá su descenso le conducía a una nueva prueba.

Pero el miedo al porvenir no podía contrarrestar la esperanza presente, ganada al escapar de la atmósfera envenenada de arriba.

La oscuridad se prolongó un buen espacio. Luego apareció una línea de luz en el suelo, y fue subiendo lentamente como si fuera una cortina luminosa. El ascensor había llegado a su destino.

La luz procedía de una lámpara enfocada en su dirección. Se movió de arriba a abajo y Duncan distinguió la silueta del hombre que la sostenía.

Alguno de sus verdugos, supuso. Isaac Coffran o su ayudante Pedro, que le esperaban para apoderarse de él. Se sintió impotente. El gas venenoso le había dejado muy débil.

El pequeño ascensor se detuvo. Duncan levantó los ojos y vio que se encontraba en la bodega abovedada del edificio. Luego se sintió cogido por unas manos. Le sacaron arrastrando del ascensor.

El nuevo personaje se inclinaba sobre él; la luz de la lámpara se dirigió hacia arriba y reveló las facciones del hombre. Un suspiro de desahogo se escapó de los labios de Bruce, al reconocer la cara oscura y llena de ansiedad que le miraba.

-¡Abdul! -exclamó.

-Sí, sahib -respondió el hindú, con su voz tranquila.

-¿Cómo has venido aquí? -interrogó Bruce, sentándose en el suelo-. ¿Cómo has podido encontrarme?

-Se lo diré después, sahib -replicó Abdul-. Salgamos primero de este lugar de peligro.

Duncan trató de ponerse en pie, y se dejó caer de nuevo, momentáneamente exhausto. Sus ojos siguieron el haz de rayos de la lámpara que Abdul paseaba a su alrededor. Se encontraban en un pasillo estrecho y bajo de techo, que por un lado terminaba en el ascensor y por el otro en un arco. El hindú dirigió su luz hacia esta salida.

-Por ahí he venido. Por ahí debemos irnos. No hay peligro por ese camino, sahib.

Extendió un brazo. Duncan se rehizo y se levantó con la ayuda del hindú.

Juntos se encaminaron lentamente hacia la salida que conducía a la libertad.

Duncan vaciló al llegar al arco; el hindú se detuvo a su lado. La pausa sólo duró un breve segundo, pero antes de que pudieran avanzar un paso más, una cortina pasó por delante del resplandor de la luz.

Les dio en el rostro una ráfaga de aire frío, seguida de una aguda trepidación. A un paso por delante de ellos apareció una sólida pared.

Duncan extendió la mano y sintió la dureza del metal.

-¡Una cortina de acero! -exclamó-. Una sólida barrera de metal. Hubiera caído sobre nosotros si no nos hubiéramos detenido.

-Ha cerrado nuestro camino -replicó el hindú-. Nos han vuelto a coger, sahib.

El salvador de Duncan paseó la lámpara en todas direcciones. Sólo quedaba el ascensor, como medio de escapar.

Las paredes del corredor eran macizas; la cortina de acero cerraba completamente la salida. No dejaba el más ligero resquicio.

Sonó otro chasquido. El ascensor comenzó a subir lentamente, seguido por una pared. Era un mecanismo ingenioso.

Al moverse no dejaba señal de su existencia ni en la habitación de arriba ni en la bodega. Abdul levantó la luz hacia él.

-¿Vamos ahí, sahib? -preguntó.

-¡No! -exclamó Duncan-. Conduce a la muerte. He escapado de una habitación llena de gas.

-También aquí estamos en peligro -dijo simplemente el hindú.

El ascensor desapareció y una pared lisa ocupó su lugar.

Duncan se sentó en el suelo.

-No podemos hacer nada, Abdul -dijo-. Hemos de resignarnos a esperar.

Con la paciencia característica de su raza, el hindú se sentó en el suelo, junto a su señor. Apagó la lámpara y ambos escucharon sumidos en la oscuridad.

Al cabo de cierto tiempo, Bruce Duncan habló en voz baja.

-¿Por qué has venido aquí, Abdul? ¿Cómo has conseguido rescatarme?

-Anoche sospeché la maldad del viejo que vino a verle, sahib -confesó el hindú.

-¿Por qué no me lo dijiste?

-Yo no debo meterme en lo que el sahib hace. Pero al verle salir de casa, una voz pareció decirme que Duncan sahib iba a correr un peligro. Tenía el nombre y la dirección de este viejo. Vine aquí. Vi la casa oscura. Entré y encontré este lugar.

-Pero, ¿y el ascensor, Abdul? ¿Cómo lo has conseguido hacerle funcionar?

El hindú, como respuesta, encendió la lámpara y dirigió su luz hacia la pared. En ella vio Duncan un pequeño botón. Dudó de que lo hubiera visto si no se lo hubieran señalado.

-Yo sé que un botón significa algo, sahib -explicó Abdul-. Tengo buenos ojos, sahib. Vi ese botón; apreté y bajó el ascensor con el sahib.

Abdul apagó la luz.

-Me has salvado la vida, Abdul -dijo Duncan-. Aquí arriba hay una habitación, en la cual me senté yo a leer sin sospechar que Isaac Coffran fuera mi enemigo. La habitación se fue llenando gradualmente de un gas venenoso. Allí arriba hay también un botón, pero no me sirvió de nada apretarlo, pues el ascensor estaba arriba. Ahora me explico su uso. El viejo hubiera puesto mi cadáver en él y desde aquí le hubiera hecho descender. Un procedimiento fácil y sencillo para retirar el cuerpo de una persona asesinada.

Se levantó y se acercó a tientas hasta la pared.

-Enciende la lámpara, Abdul -ordenó.

El criado obedeció. En aquel instante un grito se escapó de los labios de Bruce Duncan. El suelo cedía bajo sus pies.

Se hundía, pero fue detenido a tiempo por el rápido Abdul. Este dejó caer la luz, y cogió a su amo por debajo de los brazos, en el momento en que desaparecía.

Tan pronto como le hubo sacado del peligro, la abertura del suelo se cerró sola. Era una trampa situada debajo del ascensor.

Sus muelles la mantenían tan herméticamente cercada, que aun a la luz de la lámpara apenas se podían distinguir los intersticios.

¡Otro peligro! -exclamó Duncan-. Mi tío tenía razón. He leído sus cartas, Abdul. ¡Dicen que Isaac Coffran es un demonio! Ahora lo comprendo todo. Asesina a sus víctimas en la estancia de arriba, por medio del gas. Baja los cuerpos aquí con el ascensor. Los deja en el

suelo. Abre la trampa y el cadáver desaparece. Ha descubierto mi huida, Abdul. Sabe que alguien ha venido en mi auxilio y desde algún cuarto de arriba hace funcionar sus mecanismos secretos. Ha bajado esa cortina de acero. Ha hecho subir al ascensor, y ha retirado los muelles que cierran esa trampa, con la esperanza de que alguno de nosotros, o tal vez los dos, cayéramos en ella. Nos tiene en su poder. ¿Qué pensará hacer ahora?

-Hemos de esperar para verlo, sahib -dijo tranquilamente el hindú.

Duncan se acercó cautelosamente a la cortina de acero. Dio un ligero golpe sobre ella con una llave. El ruido retumbó con extraña fuerza en la oscuridad.

Y tuvo una respuesta al otro lado, una respuesta que parecía más bien un eco, pero que llevó una súbita esperanza al ánimo de Duncan. Se acercó más y dio tres golpes seguidos. Otros tres le replicaron.

Empleando el Código Internacional de Señales, Duncan deletreó lentamente una sola palabra:

-Auxilio.

-¿Quién es usted? -le preguntaron por el mismo procedimiento.

-Quizá sea un amigo, Abdul -dijo Duncan, en voz baja-. Pregunta quiénes somos.

-Duncan -replicó el desconocido del otro lado.

-Le auxiliaré -fue la respuesta.

-Dígale «pronto» -murmuró la voz de Abdul, al oído de Bruce.

Comenzaron a sonar sobre el metal los golpes de la respuesta, pero cesaron de pronto.

-Se ha ido -exclamó Duncan.

-Quizá para auxiliarnos deprisa -respondió Abdul-. Escuche, sahib. Oigo otro ruido.

Duncan lo oyó también. Mientras escuchaba las señales sobre la barrera metálica, no lo había advertido. En aquel momento atrajo también su atención. Era una trepidación profunda y sorda, un trueno amenazador que parecía salir de las paredes de la prisión.

-¡Mire! -exclamó Abdul.

La vista de Duncan siguió la luz de la lámpara dirigida sobre una de las paredes. Lentamente, centímetro a centímetro, el muro avanzaba hacia ellos.

Su movimiento era lento, pero constante.

-Trae la muerte, sahib -dijo el hindú.

-Tenemos que escapar -contestó Duncan-. Pero, ¿cómo?

-Hemos de esperar, sahib, hasta que el que está al otro lado de la cortina nos ayude.

-Aprieta el botón del ascensor. Quizá la habitación de arriba está ya libre del gas.

-No puedo alcanzarlo, sahib. Queda encima de la trampa.

-Es una salida -observó sombríamente, Duncan-. Mejor es caer por un agujero que perecer aplastado entre estas paredes. Pero esperaremos hasta el último segundo, Abdul.

Golpeó inútilmente la cortina de acero. Nadie le respondió. ¿Habría sido también sorprendido su misterioso amigo? Quizás había salido en busca de auxilio. Quizás era el mismo Isaac Coffran que se burlaba de sus víctimas.

Abdul alumbraba aún con su lámpara la pared del corredor. La barrera seguía acercándose lenta, pero inexorablemente. Tal vez les quedaban aún veinte minutos de vida; quizá sólo quince. La mente de Duncan no era capaz de calcular.

Abdul se recostó contra la pared opuesta. Duncan se puso a su lado. Y juntos contemplaron la marcha de aquella máquina de destrucción.

-Nos quedan sólo unos minutos -murmuró Duncan-. Unos minutos, y sólo podemos esperar.

Era más terrible que el gas de arriba. Allí la muerte le cercaba sin advertir su presencia. Aquí la veían venir. El joven y su servidor guardaron silencio. Sus ojos se clavaron fascinados sobre aquella enorme superficie movible.

La pared se acercaba más... más... más...

CAPÍTULO XV
AL OTRO LADO DE LA BARRERA

Era Harry Vincent quien había contestado a la petición de auxilio de Bruce Duncan. Al oír las últimas señales se dio cuenta de que la situación era desesperada.

Había hallado en la oscuridad la cortina de acero. La luz de su lámpara le mostró que se trataba de una barrera infranqueable. Luego llegaron hasta sus oídos los golpes de Duncan y respondió a ellas.

Le pareció oír una sorda trepidación al otro lado de la cortina. ¿Qué podría significar? Quizá los que estaban al otro lado se lo pudieran decir.

Pero no había tiempo que perder. Había hallado a Bruce Duncan y su deber era prestarle ayuda. ¿Cómo podría hacerlo, permaneciendo allí?

Pensó que lo mejor sería escuchar por algunos minutos. Quizá por medio de señales le pudieran dar idea de cómo proceder al rescate. Pero al alumbrar con su lámpara la pared de la bodega, comprendió mejor la situación.

No era una pared lo que había entre él y Bruce Duncan, sino una hoja de acero que podía, evidentemente, ser levantada desde arriba.

Se disponía a buscar una escalera que condujera a las habitaciones superiores de la casa, cuando oyó ruido a un lado. Se volvió rápidamente y en el mismo instante el sótano se inundó de luz.

Un hombre de extraordinaria corpulencia caía sobre él, blandiendo un machete. Vio una cara de expresión maligna con la mejilla surcada por una cicatriz. Levantó la pistola para defenderse.

Una mano le sujetó la muñeca, antes de que pudiera apretar el gatillo. El arma cayó al suelo. Pero, a pesar de estar desarmado, Vincent pudo evitar el golpe del machete. Asió con ambas manos el brazo que blandía el acero.

Lucharon en silencio. El gigante era poderoso, pero Vincent tuvo fuerza bastante para resistirle.

Al abrazarse al cuerpo de su adversario, Vincent comprendió que había sido descubierto en la oscuridad y que cl hombre había encendido la luz de aquella parte de los sótanos.

El gigante parecía ser un mejicano. En su cara aparecía una sonrisa irónica, como si estuviera seguro de su victoria. Harry empleaba todas sus fuerzas para resistir. Las ventajas estaban de parte del mejicano. Había cogido a Vincent casi desprevenido y trataba de debilitarle. Cada segundo que pasaba retardaba el rescate de Duncan.

Vincent pensó que era necesario escapar. Hizo un esfuerzo repentino.

Aprovechando un momento de descuido de su adversario, consiguió eludir sus brazos. Corrió con todas sus fuerzas hacia la ventana por donde había entrado. Ante ella se detuvo consternado.

El mejicano, al entrar en la bodega, había visto sin duda la luz que penetraba por la ventana abierta. A pesar de que aquella parte del sótano estaba a oscuras, Vincent pudo distinguir que la persiana había sido cerrada.

Sólo dispuso de un instante para hacerse caigo de ello. La ventaja conseguida por Vincent hubiera sido suficiente para salir y una vez en la calle hubiera podido pedir socorro.

Pero estaba acorralado. Se volvió para afrontar el ataque del gigante que corría hacia él con el machete en alto.

Vincent se cogió a aquel brazo, luchando furiosamente. Su única esperanza estaba en vencer a su enemigo. El ataque fue tan violento, que empujó al mejicano contra la pared, debajo de la reja de la ventana.

Harry tenía sujeta la mano que empuñaba el machete, pero en su ansiedad, descuidó hacer lo mismo con la otra.

Con ella el mejicano se apartó de sí, empujándole en la cara. Sintió de pronto los dos brazos como sujetos por un torno. De súbito se encontró indefenso.

Vio en la penumbra la silueta de aquella cara feroz. La mano del machete estaba libre. La punta del arma se dirigía contra su pecho.

-¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! -la risa sorda del mejicano se burló de Vincent-. ¿Te creías que podías luchar con Pedro? ¡Ahora verás!

El machete se estremeció, como si fuera a dar el golpe de gracia. El gigante estaba de espaldas contra la paced, cerca de la reja. Vincent veía detrás de él las barras de hierro cerradas.

El acero comenzó a descender. Luego, súbitamente, un brazo surgió por entre las barras de hierro de la verja que estaba detrás del mejicano. Una mano cogió la muñeca de Pedro. El golpe quedó detenido en la mitad del camino. Una expresión de inexplicable asombro apareció en la cara del gigante.

Soltó a su víctima. Vincent cayó al suelo y su cabeza golpeó contra la piedra.

Aunque ligeramente mareado, pudo ver lo que ocurría. Aquella mano que tenía a Pedro cogido por la muñeca, parecía poseer una fuerza sobrehumana, pues sacudía al corpulento individuo como si fuera un pelele de paja.

Otra mano surgió por entre los hierros. Hizo un movimiento brusco y Pedro cayó hacia delante. El machete se desprendió de su mano. El mejicano permaneció inmóvil.

Se abrió la reja de la ventana. Aquellas manos rompieron el candado en un segundo. Una figura negra entró en la bodega y se irguió junto a Vincent como un enorme murciélago.

Se inclinó hacia delante y Harry advirtió dos ojos brillantes sobre el fondo negro de la silueta. Una exclamación acudió a sus labios resecos.

-¡La Sombra!

Un murmullo extraño y misterioso surgió de la figura.

-¿Dónde está Duncan?

-Al otro extremo del sótano, detrás de una cortina de acero.

-¿En peligro?

-Sí.

-Descanse un minuto. Espere a que yo me haya ido y luego acuda en su socorro.

La Sombra se apartó de Vincent. Este pudo ver la espalda de la extraña figura. Encendió una lámpara y la colocó en el suelo.

La cara inmóvil de Pedro quedó en el centro del círculo de luz.

La Sombra se arrodilló al lado de Pedro. El temblor de su larga capa negra indicaba que estaba haciendo algo.

Vincent no podía ver la cada de la Sombra, pero le pareció que estudiaba atentamente las facciones del hombre que yacía en el suelo.

El cuerpo de Pedro se movió bajo las manos de la Sombra. Algo estaba ocurriendo rápidamente.

Pasó un minuto antes de que se viera el resultado que hizo a Vincent frotarse los ojos y lanzar una exclamación de asombro.

La luz se levantó del suelo y brilló sobre un espejo sostenido por una mano.

Con un solo movimiento, la Sombra levantó la capa y el sombrero y ambas prendas cayeron al suelo.

Una cara apareció en el círculo de luz. ¡Era la cara de Pedro el mejicano!

Vincent pudo ver perfectamente las facciones. Era una reproducción exacta de la cara de Pedro. Hasta la cicatriz aparecía con lívida viveza.

Los labios se movieron. En ellos se dibujó una sonrisa maligna.

Exactamente, la expresión de triunfo de Pedro cuando levantó el machete sobre el pecho de Vincent.

El verdadero Pedro yacía en el suelo, pero junto a él estaba en pie un personaje idéntico. Parecía increíble, imposible de todo punto, pero era la realidad.

Por un momento cambió de expresión la cara del falso Pedro. Luego reapareció la siniestra sonrisa. La luz se apagó. La figura desapareció.

Cuando Vincent se levantaba, apoyándose en la pared, un sonido misterioso e inolvidable despertó los ecos de la bóveda.

Una risa grave y burlona que hizo latir las sienes de Harry Vincent.

¡La risa de la Sombra!

CAPÍTULO XVI
LA ESTRATEGIA DEL VIEJO COFFRAN

Isaac Coffran estaba de pie en el centro de una habitación del segundo piso.

Estaba frente a la puerta, cerrada por cortinas, pero con los ojos fijos en el suelo. Una sonrisa astuta se dibujaba en sus labios.

Con las manos cruzadas a la espalda, toda su actitud sugería la satisfacción que le embargaba.

Una sombra se proyectó en el suelo. Isaac Coffran levantó la cabeza. Sonrió al ver la cara de Pedro. El mejicano había abierto las cortinas y estaba de pie en la puerta.

En la mano izquierda llevaba el machete; en la derecha un lío de tela negra.

-¿Y bien? -interrogó Isaac Coffran.

Los labios de Pedro se abrieron en un gesto repugnante. Arrojó el machete sobre una silla y colocó el lío sobre él.

-¿Has encontrado al que estaba en la bodega? -preguntó Isaac Coffran.

-Sí -replicó Pedro.

-¡Ah! -exclamó el viejo-. Me alegro de haberte enviado. Temí que se hubieran escapado antes de que se cerrase la puerta de acero. ¿Dónde está Duncan? ¿En el corredor del sótano?

-Creo que sí.

-No podía haber escapado. Estaba demasiado exhausto por la acción del gas. Tiene cinco minutos más de vida. ¿Qué has hecho con el otro?

-Ahí están su sombrero y su capa. Pedro sabe usar el machete -repuso el criado, señalando la silla.

El viejo se echó a reír entre dientes.

-Eres útil, Pedro. Pero estos botones son más útiles aún. -Señaló una fila de botones y luces que había sobre una mesa, junto a la puesta. Los fue indicando uno por uno-. Este -dijo-, es cl botón del gas, el primero que hemos empleado. El segundo ha sido esta luz, cuando Duncan ha llamado desde el estudio. Luego, esta otra luz nos ha mostrado que alguien había entrado en el sótano y hecho bajar el ascensor. ¿Cómo ha podido entrar ese hombre? ¿Por alguna ventana mal cerrada?

-Sí.

-Ha sido un descuido, Pedro. Hemos de reparar eso. Pero mira ahora. Después, por medio de este botón, hice subir de nuevo el ascensor. Con este otro bajé la cortina de acero;

después he abierto la trampa, quizá Duncan ha caído en ella. Lo veremos más tarde. A continuación -la cara del viejo se iluminó con diabólica malicia- el último botón. Las paredes se juntan. Pronto habremos terminado. ¡Escucha!

Una trepidación lejana ascendía de las profundidades de la casa.

-El machete es útil, Pedro -observó Coffran-. Trabajo rápido y silencioso. Ese cuerpo lo arrojaremos también por la trampa.

Contempló irónicamente al mejicano. Pedro sonrió.

-Tienes un aspecto distinto del ordinario. Debes haber luchado mucho. Esa cicatriz está más roja que de costumbre. Nunca te había visto excitado.

El viejo se volvió para mirar un reloj que pendía de la pared opuesta.

-Tres minutos más -dijo-. No; dos minutos. El aplastamiento está a punto de comenzar. Es un período siempre agradable para mí. El último minuto, cuando las paredes se juntan del todo. La víctima se encuentra a punto de acabar. Este es un raro placer, Pedro. Espero que sea tan delicioso para ti como para mí.

Hizo una pausa, mirando el reloj.

-¿Puedo haberme equivocado? -preguntó-. ¡Imposible! Sin embargo, el mecanismo se ha detenido. No le oigo funcionar. ¿Lo oyes tú, Pedro? No; no puedo estar equivocado. Falta aún más de un minuto. Lo pruebo todas las semanas y está graduado matemáticamente.

-Parece que se ha parado -murmuró-. Hay que investigar. Quizás el cuerpo estaba extendido a lo largo de la pared. Eso debe ser. Duncan estaba casi sin sentido. Debe estar tendido en el mismo sitio en que el otro le dejó. Un cuerpo acostado se aplasta más despacio y puede llegar a detener la pared. Pero el mecanismo debería seguir en marcha.

El viejo se volvió hacia la mesa, vio los botones y lanzó un grito de sorpresa.

Sobre los dos últimos botones brillaban antes unas luces amarillas, que ahora estaban apagadas. E1 botón de la cortina de acero y el que operaba el mecanismo de la pared. ¡Alguien los había apretado!

-¡Pedro! -gritó Coffran.

El mejicano había desaparecido. En su lugar, ante la puerta, aparecía la figura extraña y silenciosa de un hombre envuelto en una capa negra y cubierta por un sombrero de anchas alas, las mismas prendas que Pedro había traído.

La capa parecía envolver un cuerpo sin forma y el sombrero oscurecía la cara de la figura. Isaac Coffran creyó advertir la luz de dos ojos entre la capa y el sombrero.

El perverso anciano miró como fascinado la forma que le cerraba el paso.

Aún tenía las manos cruzadas a la espalda. Ninguna señal de temor apareció en sus facciones. Su cara tersa y apergaminada permaneció impasible.

-Bueno -dijo-. ¿Y quién es usted?

Una voz grave y siniestra salió de debajo del sombrero. Una voz que hubiera helado la sangre en las venas de cualquier hombre. Pero la del viejo Isaac Coffran no se alteró.

-Yo soy la Sombra.

Coffran bajó los ojos. La sombra que se proyectaba en el suelo parecía una prolongación de la enlutada figura. Era una sombra enorme y negra, que se fundía con el cuerpo que la proyectaba.

-La Sombra -dijo Isaac Coffran, en tono burlón-. Ya he oído hablar de usted. Quizás usted haya oído hablar de mí.

-Sí -afirmó la voz de la Sombra.

-Quizá sabe usted quién soy y tiene el deseo de conocerme un poco más. Aquí es adonde mejor podía dirigirse para ello. Al que aprende aquí algo no se le olvida en su vida. Desgraciadamente, viven poco después. ¿Qué extraño, verdad?

La Sombra guardó silencio. Su forma sobresalía apenas de las cortinas medio cerradas en que se apoyaba.

-¿Quizás ha sido usted quien ha apretado esos botones? -siguió diciendo Coffran.

-Sí.

-Muy interesante. Por eso sólo morirá usted. Ahora comprendo por qué he encontrado a Pedro tan cambiado. No era Pedro, era usted mismo. Se ha enterado usted aquí de muchas cosas. Dentro de una hora las habrá olvidado. Tal vez dentro de un minuto. Morirá porque yo no quiero que viva. Vivo es usted peligroso. Los muertos, en cambio, no me molestan.

El viejo se detuvo como para apreciar el efecto de sus palabras sobre su interlocutor.

-Isaac Coffran. -La voz, aunque baja, era penetrante. Las palabras parecían adquirir vida y forma al ser pronunciadas-. No moriré, Isaac Coffran. Usted moriría si yo lo ordenase. Pero muerto no me serviría para nada. Vivo puede ser útil. Le dejo, pues, vivir. Pero recuerde -la voz se hizo más grave y solemne- que vive usted sólo merced a mi indulgencia.

El viejo avanzó un paso cuando la Sombra terminó de hablar. Súbitamente apareció una de sus manos. El gesto fue de una rapidez maravillosa.

En la mano llevaba una pistola automática. El dedo estaba en el gatillo. El arma cubría la extraña silueta de la Sombra. Los ojos penetrantes de Isaac Coffran escrutaban la silenciosa figura.

-Un movimiento de su parte -amenazó-, significará la muerte instantánea. Mi mano es firme, pero el más ligero temblor del dedo puede disparar esta pistola. No se mueva de ahí.

El enmascarado tembló ligeramente, pero Isaac Coffran no apretó el gatillo.

Sonrió. Lo esperaba. Aquella temeraria Sombra podía sentir miedo igual que los demás mortales. Isaac Coffran se acercó un paso más.

-¡La Sombra! -exclamó, sarcásticamente-. El hombre cuyo rostro no ha sido visto jamás. La extraña criatura de la noche que entra y sale sin ser vista ni oída, que está en todas partes al mismo tiempo.

Creyó advertir que la figura temblaba de nuevo. Se encogió ligeramente. E1 sombrero se inclinó un poco hacia delante y los bordes de la capa tocaron el suelo, como si el que la llevaba hubiera perdido algo de su orgullosa apostura.

El viejo estaba muy cerca. Su pistola tocaba los pliegues de la capa; una mueca de triunfo descomponía su semblante.

-¡Muere! -gritó-. ¡Muere, Sombra! Pero antes de que mueras, he de ver tu misteriosa cara.

Isaac Coffran levantó la mano izquierda y asió el ancho sombrero por el ala.

El dedo de la mano derecha apretó el gatillo y las balas del arma perforaron la capa. Al arrancar el viejo el sombrero, la capa cayó al suelo, formando un pequeño montón de tela. Isaac Coffran estuvo a punto de tambalearse. La automática se escapó de sus dedos. Había disparado contra el vacío. No había nadie dentro de la capa.

Debajo del sombrero no había cabeza ni cara alguna.

La Sombra había permanecido de pie entre las dos cortinas medio abiertas.

Dos alfileres prendidos en ellas revelaron la estratagema.

El encogimiento de la figura no había obedecido al temor. No era sino le retirada de la Sombra. Sólo una envoltura vacía, la capa y el sombrero, había quedado para recibir las balas de Isaac Coffran.

Al retirar el sombrero, la capa cayó.

La Sombra se había ido. Un torrente de maldiciones se escapó de los labios de Isaac Coffran.

Una carcajada larga, ronca y burlona llegó del piso de abajo. Una risa enloquecedora para el viejo. La risa se repitió dos veces más en la distancia.

El viejo permaneció donde estaba, temblando de rabia y agitando el puño con ademán amenazador. Le parecía oír el eco de la risa de la Sombra.

Cogió las negras vestiduras abandonadas por su enemigo, las arrojó contra la pared y las pisoteó en un acceso de furor. Luego se calmó de súbito.

Había tenido a la Sombra en sus manos y se le había escapado. Ya se volverían a encontrar.

La cara perversa de Isaac Coffran revelaba su decisión al sacar otra pistola del cajón de la mesa y descender las escaleras en busca de Pedro.

CAPÍTULO XVII
CONDENADOS A MUERTE

Mientras Isaac Coffran observaba el reloj en la habitación de arriba, los dos hombres encerrados en la cámara fatal contemplaban el movimiento de la pared que había de aplastarlos.

Bruce Duncan tenía los ojos vidriosos. Estaba más cerca de la cortina de acero que Abdul.

Se mantenía con la espalda pegada a la otra pared y los brazos extendidos.

Pensaba que ya sería demasiado tarde para que nadie intentase salvarlos.

Sólo unos pocos centímetros mediaban entre su cuerpo y la superficie de la otra pared. El aire era sofocante.

No se había repuesto del todo de los efectos del gas. Ante la muerte sentía una sensación de debilidad. Afortunadamente para él, comenzó a perder la conciencia de las cosas.

El hindú no apartaba los ojos de su amo. Abdul aceptaba la muerte estoicamente. Pero extendió un brazo entre el cuerpo de Duncan y la pared.

La sólida superficie apretó su muñeca contra el joven. Un momento después se dio cuenta de que no podría retirar el brazo.

La trepidación de la maquinaria repercutía en el cerebro más bien que en los oídos de Abdul. De repente cesó. La presión sobre su muñeca no siguió aumentando. La pared no se movía.

Luego vino un sonido áspero y metálico, seguido por una corriente de aire fresco. La cortina de acero se levantó. La luz de una lámpara de bolsillo iluminó a los dos prisioneros.

-Bruce Duncan -preguntó una voz-, ¿está usted vivo?

-Está vivo -replicó el hindú.

Abdul apretó con firmeza el brazo contra el cuerpo de su amo y consiguió retirarlo. No había suficiente espacio para volverse, pero pudo empujar el cuerpo de Duncan hacia el arco antes cerrado por la hoja de acero.

Un par de robustos brazos le ayudaron desde fuera. Pocos segundos después, Duncan estaba tendido sobre el pavimento de la bodega.

Abdul salió también de la prisión y se acercó a su inesperado salvador.

-Soy su amigo -le dijo éste-. Mi nombre es Harry Vincent. Le vi entrar a usted por la ventana y he venido en su socorro. Tenemos que sacar a Duncan de aquí inmediatamente.

Cogió al postrado joven por los pies. Abdul levantó la cabeza y los hombros. Alumbrándose con la lámpara de Vincent, condujeron su carga hacia la ventana abierta, pasando junto al cuerpo inanimado de Pedro.

-¿Quién es ése? -preguntó Abdul.

-Pedro -replicó Vincent-. Un enemigo. Le podemos dejar donde está.

Necesitaron dos o tres minutos para hacer salir e1 cuerpo de Duncan a través de la ventana. Cuando estuvieron en la calle, el joven volvió a un estado de semiinconsciencia que le permitió caminar, apoyándose en los otros dos hombres.

Vincent dejó a Abdul y a Duncan en el callejón y corrió a la esquina, donde encontró un taxi libre. Regresó por los demás. Duncan estaba casi repuesto, pero se dejó caer en un rincón del coche.

Vincent miró por la ventanilla cuando pasaban por delante de la casa de Coffran y le pareció advertir que la puerta principal acababa de ser cerrada.

En los escalones vio una sombra prolongada que parecía flotar hacia la acera.

Vincent dijo al conductor que les condujese al hotel Metrolite. Abdul no presentó ninguna objeción.

Cuando llegaron a su destino, Duncan había recobrado por completo la lucidez, pero no se había repuesto aún de su asombro. Abdul y Vincent le ayudaron a subir la escalera y le acostaron en la habitación del último.

Vincent tomó el cuarto de al lado y durmió en él, dejando a Abdul con su señor. El hindú durmió en una butaca.

Vincent encontró a Duncan sentado en la cama cuando entró en la estancia a la mañana siguiente. Bruce le tendió la mano.

-Abdul me ha dicho lo que hizo usted anoche por nosotros -dijo-. No sé la causa de su aparición en la aventura, pero lo cierto es que llegó cuando más falta nos hacía un amigo. ¿Cómo se arregló usted?

Vincent sonrió.

-Yo hice en realidad muy poca cosa -explicó-. Más tarde se lo podré contar. Ahora es mejor que sea usted quien me cuente a mí lo ocurrido. Pero, almorcemos primero.

Mientras Vincent llamaba para pedir el desayuno, Abdul habló con Duncan.

-Yo le dejo, sahib; este hombre, Vincent sahib, ha de tener muchas cosas que contarle. Es mejor que yo me vaya.

Dio a Bruce un trozo de papel.

-Esta será mi dirección -explicó-. Tengo en Nueva York un amigo hindú. Allí me podrá encontrar el sahib.

Sacó del bolsillo un segundo trozo de papel.

-Y esto, sahib -añadió-, es lo que me hizo seguirle anoche. Se le cayó al viejo de un bolsillo, cuando vino a verle a casa.

Duncan leyó el papel y silbó. Se volvió para interrogar a Abdul, pero el hindú se había marchado ya.

Harry Vincent fue a sentarse al borde de la cama.

-Duncan -dijo-, voy a contarle algunas cosas, pero en cambio, quiero que sea usted franco conmigo. Anoche, después de llegar aquí, llamé por teléfono a la persona de quien había recibido instrucciones para acudir en auxilio de usted. Tengo permiso para contarle algunos detalles referentes a nuestras operaciones. Pero también estoy obligado a averiguar todo lo que usted sepa. Sospecho que tenía usted alguna razón secreta para visitar anoche aquella casa. Creo que podemos ayudarnos mutuamente. ¿Le parece bien?

Bruce Duncan pensó un momento. Luego tomó una decisión. Al fin y al cabo a la intervención de Vincent debía haber salvado su vida. Sin ella, el secreto hubiera muerto con él.

-Convenido -dijo.

El camarero llegó con el almuerzo. Vincent, mientras comían, relató su historia brevemente.

-Soy agente de un hombre a quien llaman la Sombra. No puedo decirle quién es ni qué es, porque no lo sé. Me salvó en una ocasión del suicidio y he trabajado para él desde

entonces. Él le salvó a usted la vida anoche y espera, en cambio, su cooperación y que mantenga secreto todo lo que yo le diga.

-De acuerdo -convino Duncan-. Continúe.

-Anoche estaba yo vigilando la residencia de Coffran. Creemos que ese viejo está complicado en un asunto misterioso, que ha sido ya causa de le misteriosa desaparición de tres personas. Me dijeron que usted tenía que llegar. Traté de rescatarle anoche, pero hubiera sido muerto por el criado mejicano de Coffran, a no ser por la intervención de una persona que, según creo, fue la Sombra misma. Él fue quien abrió aquella cámara en que se hallaban ustedes; yo no hice más que ayudar a su sirviente a sacarle de allí. Ahora, si usted puede darnos algún detalle de los negocios de Coffran, quizá consigamos la pista que necesitamos para explicar la desaparición de los tres hombres, uno de Trenton, otro de Richmond y el tercero de Cleveland. Todos ellos han desaparecido en martes, con una semana de intervalo entre cada uno. El último, un tal Meyers de Cleveland, hace tres días que desapareció.

-Un martes por la noche -murmuró Duncan y se puso a contar con el auxilio de los dedos-. Entonces el primero debió desaparecer una semana después...

Hizo una larga pausa.

-¿Una semana después de qué? -insistió Harry.

-Vincent -exclamó Bruce-, es inútil que trate de guardar mi secreto más tiempo. Voy a confiar en usted.

Duncan se sintió como aliviado de un peso a medida que fue contando su historia. Comenzó por el misterioso visitante que robó el escondrijo secreto de la chimenea. Habló de la carta de su tío.

Describió la visita de Isaac Coffran y su viaje a la casa del hombre a quien creía amigo de su tío. Explicó la lectura accidental de la última carta y los horrores de la habitación llena de gas.

La huida por medio del ascensor era desconocida para Harry Vincent, pero desde aquel punto, todo lo demás lo sabía.

-¿Qué piensa usted de ello? -preguntó Duncan, al concluir su relato.

-Una cosa más quiero saber. Ha mencionado usted una carta que leyó en el despacho de Coffran. ¿Qué contenía, además de la acusación?

Duncan hizo un esfuerzo para recordar. Habló como si evocase los recuerdos de un sueño.

-Un ataque en Singapore... un complot en Rusia... Un intento de asesinato en Francia... un hombre que se lo explicó al morir. Pero había algo más. ¡Ya lo tengo! Bernardo Chefano, el de los labios torcidos, que le denunciarán a pesar de todos los nombres y todos los disfraces.

-Ahí tenemos algo -exclamó Vincent-. Podemos relacionar a otra persona con Isaac Coffran. ¿Tenía los labios torcidos el hombre que entró en su habitación a robar aquellos papeles?

-No -declaró Duncan-. Que yo recuerde, apenas tenía nada de humano. Claro que bajo la influencia del hachís pude creer que veía cualquier cosa. Bernardo Chefano. Tampoco puede ser Pedro. ¡Espere! Alguien dirigía desde fuera a aquel extraño ser que entró en mi habitación. Una persona silbó desde fuera. Claro que pudo ser Pedro. No es probable que fuera el mismo Coffran; ni hay nada que nos pueda inducir a suponer que era Bernardo Chefano.

En esto vio el papel que le había dado el hindú y que yacía a los pies de la cama. Lo había olvidado.

-Mire -dijo-. Abdul me ha dado este papel, que se le cayó a Coffran del bolsillo el día que estuvo en mi casa. Alguien se lo envió. Esto indica la existencia de otro individuo.

-«Hay que descubrir lo que sepa Duncan -leyó Harry-. Así lo ha hecho, pero no lo ha descubierto todo. -Continuó leyendo-: «Investigar personalmente» -fue a verle a su casa y todo, cosa muy extraña en él- «e impedir toda interferencia.» Este era el plan de Coffran. Quitándole a usted de en medio no había interferencia posible, por lo menos de su parte, y el mensaje se ocupa sólo de usted. «Los planes funcionan perfectamente».

-¿Qué puede significar esto? -demandó Vincent, mirando a Duncan.

-A mí también me tiene perplejo -admitió Duncan-. Si el mensajero de Rusia hubiera llegado, Chefano, asumiendo que fuera él quien escribió la nota, tendría a estas horas las joyas en su poder y los planes no estarían funcionando, sino que habrían funcionado ya del todo.

-Sí -confirmó Duncan-. Eso, por lo tanto, quiere decir que está ocurriendo algo y que continuará. Tenemos que relacionar lo que sabemos con los tres hombres desaparecidos. ¿Existe alguna conexión entre ellos y usted?

-Nunca he oído el nombre de ninguno. ¿Cómo ha dicho usted que se llamaban?

-Arthur Hooper, J. Howard Longstreth, y Elbridge Meyers. Tres individuos residentes en diferentes ciudades. Cada uno de ellos desapareció en martes, con una semana de intervalo entre cada suceso; y el primero desapareció exactamente una semana después de la noche en que usted recibió aquella misteriosa visita de un ser con cara de simio.

-Nunca he oído esos nombres en mi vida -reiteró Duncan, y miró por la ventana, como si buscase ayuda allí.

Harry Vincent comenzó a pasear por la habitación. A los pocos minutos se detuvo bruscamente con una expresión de horror reflejada en el semblante.

-¡Ya lo tengo Duncan! -exclamó-. ¡Es horrible! ¡Diabólico! ¡Un plan digno de Coffran!

-¿Qué?

-El crimen continúa su marcha. Déjeme explicarle y procure hacerse cargo de mis razones. En primer lugar, supongamos que el mensaje de Rusia está para llegar inmediatamente. En los papeles que le robaron había una lista con los nombres y direcciones de los seis hombres que habían de tener participación en la distribución de las riquezas. También había una carta similar probablemente a las recibidas por los otros seis. El ladrón puede presentarse para reclamar la riqueza, fingiendo que es su tío o un representante suyo. Pero los demás estarían allí también y tendría que dividir el dinero entre todos.

-¿Quiere usted decir...?

-También lo comprende usted ahora. Cartas falsificadas a cada uno de los otros seis. Copias, imitaciones. Notas que parecen auténticas, pero que fijan la fecha adelantada. Una seis semanas antes, otra cinco...

-¡Vincent! -la exclamación de Duncan expresó el horror que le embargaba-. ¡Comprendo! Hooper, Longstreth y Meyers. Cada uno de ellos es una de las seis personas herederas de la fortuna del ruso. Uno a uno han sido atraídos al lugar de la reunión y allí... -Han muerto -anunció Vincent, solemnemente-. Pero quedan tres hombres más, Duncan.Tres hombres más, a quienes no conocemos, a quienes no podemos ayudar, pero que están condenados a muerte.

CAPÍTULO XVIII
ARMA APRENDE UNA COSA NUEVA

Claudio Arma, cómodamente reclinado en los almohadones del coche, fumaba satisfecho un magnífico cigarro. Era un viernes por la tarde; se dirigía a Nueva jersey para asistir a una fiesta.

El agente de seguros tenía muchos amigos ricos. El más importante de ellos era Lamont Cranston, un millonario que residía en una hermosa finca en Nueva jersey, a veinte millas de Nueva York.

Cranston celebraba una fiesta aquella noche. Había enviado a Arma uno de sus coches.

Cranston era un buen amigo. Arma le conocía desde los días en que el negocio de los seguros no era muy próspero. El millonario siempre le daba ánimos. Lo malo era que viajaba con frecuencia.

Como muchas personas de buena posición, acostumbraba veranear en el Sur e invernar en el Norte. También se decía que efectuaba frecuentes viajes a Europa.

De todas maneras, cuando abría su gran casa de Nueva Jersey para dar una fiesta en ella, el suceso tenía resonancia.

Arma pensaba que Cranston le hubiera podido ayudar en sus apuros económicos de algunos años antes. Pero en aquella ocasión el millonario estaba ausente y Arma salió de la situación merced a la Sombra. Aquél fue el primer contacto que tuvo con su misterioso patrón.

El agente de seguros había desempeñado sus servicios con escrupulosa fidelidad. Ya no tenía preocupaciones económicas. Recibía regularmente sus cheques, aunque el negocio de los seguros no marchase muy bien.

Nunca pudo identificar a la Sombra; ya no sentía curiosidad. Aquel día había enviado un parte importante. Harry Vincent le había explicado la entrevista con Bruce Duncan.

No solamente se había enterado que escuchó también una ingeniosa teoría de Vincent.

Todos aquellos detalles fueron en el informe de la mañana. La mecanógrafa había llevado el sobre a la oficina vacía de la calle Veintitrés.

La respuesta fue muy sencilla. Harry Vincent debía esperar en el Hotel Metrolite, con Bruce Duncan, hasta que recibiera instrucciones.

Vincent se había mostrado algo impaciente. Pero Arma tomó el asunto con mucha calma y sus consejos tranquilizaron al joven. Era evidente que la Sombra quería pensar despacio. La situación era, sin duda, muy difícil.

El automóvil se había internado varias millas en Nueva jersey y corría por una carretera secundaria. El conductor se detuvo frente a un surtidor de gasolina.

-Siempre me proveo aquí de gasolina -explicó el agente de seguros, abriendo la puerta del coche para hacerlo.

-A mí me da lo mismo -replicó Arma, sonriendo.

El chófer cerró la puerta. Arma entornó los ojos y bostezó. Al hacerlo creyó oír como la puerta se abría y se cerraba de nuevo. Probablemente el chófer no la había cerrado bien la primera vez.

El coche volvía a estar en marcha. Arma se hallaba solo en el interior; completamente solo, pues la separación de cristal estaba cerrada detrás del chófer.

-Esto es verdaderamente muy cómodo -dijo, hablando consigo mismo.

-Así lo creo yo también -le replicó una voz.

Arma abrió los ojos, sobresaltado. La voz había partido de un rincón del coche. La oscuridad era allí absoluta, pues no había luces a lo largo del camino y había cerrado la noche.

Pero la sorpresa de Arma no obedecía simplemente a haber oído una voz, sino al tono de esta voz. Antes, mucho tiempo antes, había oído aquel murmullo sibilante, siempre amistoso para él, pero que siempre tendía a producir una misteriosa aprensión.

-¡La Sombra! -exclamó.

-Sí -admitió el murmullo sibilante-. El parte de hoy ha sido excelente.

-Gracias -replicó Arma.

-Pensando que estaría usted solo en el camino -continuó la Sombra-, he aprovechado esta oportunidad para acompañarle. He pensado ya lo que hemos de hacer. Escuche con mucha atención mis nuevos planes. Mañana podrá usted dar a Vincent sus instrucciones.

El agente de seguros se recostó en su asiento y cerró los ojos. Se estaba acostumbrando a aquella voz extraña y sibilante. Era baja, pero clara. Cada palabra que pronunciaba parecía quedar impresa en su mente.

-El cuarto condenado a muerte debe llegar al lugar de la cita el martes próximo. Un tren sale de Harrisburg a las diez y se dirige hacia el Suroeste, a través del valle de Cumberland. Creo que el punto de reunión está por allí, quizás entre las montañas vecinas. El lugar debe quedar descubierto antes del martes próximo. Puede usted confiar ese trabajo a dos hombres: Harry Vincent y Bruce Duncan. Mañana a las nueve de la mañana recibirá usted un memorándum.

El coche salió del camino y se detuvo frente a dos postes de piedra. Un guarda apareció a la luz de los faros y abrió las puertas de hierro.

El automóvil entró en un parque. Se detuvo a la entrada de la mansión de Cranston. El chófer abrió la puerta del lado en donde se encontraba la Sombra. Las luces del vestíbulo alumbraban completamente el interior del coche. El agente de seguros pudo ver todo el asiento al apearse.

¡Y el coche estaba vacío!

En algún momento, probablemente cuando se detuvieron para esperar a que abrieran las puertas del parque, la Sombra había desaparecido silenciosamente.

Arma apenas podía dar crédito a sus sentidos. Casi dudaba de haber tenido un compañero de viaje. A no ser por aquellos pensamientos y afirmaciones claras y terminantes que quedaban en su mente, hubiera creído que se trataba de un sueño.

Entró en la casa. Dio su abrigo y su sombrero a un sirviente y fue introducido en un gran salón.

Lamont Cranston le saludó con una sonrisa. El millonario era un hombre relativamente joven, pero su cara parecía prematuramente ajada.

En realidad parecía más bien una máscara, algo así como si las facciones fueran un molde artificial que ocultaba debajo de sí otra cara.

Los ojos de Cranston brillaban alegremente.

-Bien venido, Claudio -dijo.

-Gracias por haber enviado el coche -repuso Arma.

-No tiene importancia. He pensado mucho en usted. El viaje debe de haber sido muy aburrido.

-No, nada de eso.

-Mejor. -La cara del millonario adquirió una expresión grave, casi solemne-. A pesar de todo debe usted haberse sentido muy solo. Cuando regrese esta noche haré que le acompañen algunos de los demás invitados. Será más interesante que hacer el viaje solo... solo con la oscuridad... y las sombras.

CAPÍTULO XIX
UN ENCUENTRO CASUAL

Era un lunes por la mañana. Dos hombres almorzaban en el único restaurante de una pequeña ciudad de Pennsylvania. Estaban solos en un rincón. Desde su sitio podían ver la estación del ferrocarril al otro lado de la calle.

El que estaba más próximo a la ventana comenzó a hablar.

-Bueno, Harry -dijo-; esto parece nuestro último recurso. La próspera ciudad de Culbertville, Pennsylvania. A menos que encontremos aquí alguna cosa, nuestro plan está equivocado.

-Quizá nos hemos dejado algo en una de las otras ciudades, Bruce.

-Hemos hecho bastantes investigaciones. Claro que no hemos tenido mucho tiempo. Podemos acabar aquí hoy y probar en otro sitio mañana. Pero hay muchos lugares que no hemos visitado.

-Son los que quedaron eliminados en las últimas instrucciones que recibí de Arma.

-¿Se refiere usted a aquel telegrama que recibimos en Harrisburg?

-Sí.

-¿Por qué los quitó Arma de la lista? ¿Qué sabe él? Nosotros estamos en el campo y él en Nueva York.

-Las instrucciones proceden de la Sombra; Arma no hizo más que transmitírnoslas.

-¿No puede estar equivocada la Sombra?

-Usted no conoce a la Sombra, Bruce.

El que estaba junto a la ventana se encogió de hombros.

-Admito que sabe lo que se trae entre manos, Harry. Pero lo que la mente humana puede hacer tiene un límite. Me hago cargo perfectamente de su plan. Cree que en una de las ciudades situadas a lo largo de esta línea del ferrocarril está el lugar que buscamos. Las estudia desde un punto de vista que nosotros ignoramos y separa algunas de la lista. Reconozco que es una buena teoría; pero, ¿resultará en la práctica?

-Eso es lo que estamos tratando de averiguar.

-Lo sé. Hasta ahora no hemos hallado nada; estoy dispuesto a continuar, pero empiezo a poner en duda la solidez del razonamiento. Hay dos grandes posibilidades de error. Primero: Elbridge Meyers. ¿Estamos seguros de que sea uno de ellos? Segundo: Suponiendo que lo sea, ¿siguió este camino?

-Todo está basado en la deducción, Bruce, y la Sombra es maestro en ese arte.

-Concedido. Pero de todas maneras estamos trabajando un poco al azar. Seguiré hasta el fin, Harry, pero no quiero llevarme una decepción si no conseguimos nada.

Su compañero se metió una mano en el bolsillo y sacó una carta.

-He pasado por la oficina de Correos -explicó-. Pensaba abrir esta carta al llegar aquí. Es de Arma. No es fácil que sea muy importante, pero puede tener algunas notas de interés.

Abrió la carta y la leyó. Bruce Duncan pudo ver que las palabras estaban escritas en clave.

-Aquí tenemos la respuesta a la primera de sus preguntas -dijo Vincent, sonriendo-. Una investigación ha revelado que los tres individuos, Hooper, Longstreth y Meyers, estuvieron en Rusia hace algunos años. Parece que la idea original era acertada.

-Déjeme ver la carta -sugirió Duncan, con curiosidad.

Vincent se la dio.

-He dicho la carta -repitió Duncan.

-Ahí la tiene usted.

-Esto es una hoja de papel en blanco.

Vincent sonrió.

-Había olvidado que usted no estaba enterado del asunto. La tinta se borra de todas las cartas que se refieren a asuntos de la Sombra. Se borra y no vuelve a aparecer.

Vincent se levantó de la silla.

-Empecemos -dijo.

Salieron del restaurante y dieron una vuelta por la ciudad en el automóvil de Vincent. El coche llevaba matrícula de Pennsylvania. Vincent había tenido especial cuidado en

conseguirlo. No llamaría tanto la atención como un coche registrado en Nueva York. Después de una breve excursión, regresaron al restaurante y se separaron.

Cada uno de ellos pasó una hora dando vueltas por la ciudad, hablando con la gente y en las tiendas y siempre que se presentaba ocasión. El trabajo era sencillo en una comunidad rural.

-Sólo he adquirido una buena idea -dijo Vincent, cuando se reunieron de nuevo-. Podemos probar en un monte que está al norte de este pueblo. Un autobús lleva hasta él. El coche espera el último tren de Harrisburg. Meyers pudo tomarlo, si se apeó aquí.

-Buena idea -convino Bruce-. No tengo nada mejor que ofrecer.

Se dirigieron hacia las montañas más próximas, que estaban a varias millas de distancia. Cuando llegaron a las laderas, el camino se internó por entre espesos bosques, que se aclaraban algo en las proximidades de las granjas.

Se detuvieron al llegar al punto más alto de la carretera, entre dos colinas.

-Volvamos -propuso Bruce-. Hemos pasado varios caminos laterales. El lugar que buscamos está probablemente a alguna distancia de aquí.

Volvieron y llegaron hasta un camino que se desviaba a la izquierda. Era un mal camino y Vincent condujo el coche con precaución. Al llegar a una curva acortó aún más la marcha.

-¡Escuche! -exclamó Duncan.

A alguna distancia sonaban gritos de socorro. Era una voz de hombre que gritaba con toda su fuerza.

Vincent apretó el acelerador. Doblaron la curva. En medio del camino vieron dos hombres luchando. Uno trataba de librarse de la presa del otro.

Gritaba, pero sus gritos eran cada vez más débiles. Evidentemente, le estaban estrangulando.

Vincent apretó los frenos y dio un cuarto de vuelta al volante. Estuvo a punto de atropellar a los combatientes y le faltó poco para caer en la cuneta.

Los dos hombres estaban a la izquierda del coche. El que gritaba había caído en el polvo, con su contrincante encima.

El agresor no era un hombre de mucha corpulencia, pero sin duda vigoroso.

Vincent le cogió por los hombros y le arrastró. Con un terrible rugido, el hombre se volvió contra él. El ataque fue terrible. En un minuto estuvo Vincent en el suelo, con el otro encima, y haciéndole golpear la tierra con la cabeza.

Duncan corrió en su auxilio. Vio caer a Vincent y se dio cuenta de la fuerza de su antagonista. Si hubiera previsto semejante batalla hubiera cogido alguna herramienta del coche; pero su ayuda se necesitaba instantáneamente.

Se arrojó sobre el irascible y le hizo rodar por el suelo.

Con esta ventaja esperó obtener rápidos resultados. Pero fue dominado en un segundo y se encontró tendido en el suelo y con los brazos debajo de la espalda.

Unas manos como garras se cerraron sobre su cuello. Se encontró ante una cara arrugada y horrible, con ojos pequeños y malignos.

Estaba a merced de aquel ser simiesco que había entrado en su habitación un mes antes. Era la misma cara brutal e inhumana que vio entonces.

El monstruo poseía una fuerza prodigiosa. Le estaba ahogando. ¿Por qué no acudía Vincent en su defensa? ¿Vincent o aquel otro individuo a quien habían auxiliado? Sintió en las sienes un latido como el redoble de un tambor.

Los ojos parecían querérsele salir de las órbitas. Las garras estaban ya enterradas en su cuello.

De súbito cedió la presión. Duncan seguía impotente, con las garras clavadas en el cuello. Pero el hombre-mono había vuelto la cabeza.

Esperaba sin decidirse a soltar a su víctima, pero indeciso por alguna razón desconocida. Parecía estar escuchando.

Cuando Duncan pudo respirar cesó el martilleo de sus sienes y pudo ver las cosas con más claridad. Luego llegó a sus oídos el mismo sonido que escuchó en aquella memorable noche.

Un silbido bajo y lejano, pero penetrante, que pareció despertar un eco en su cerebro.

El ser que le oprimía se levantó apresuradamente. Con pasos largos y elásticos salió del camino. Incorporándose sobre un codo, Duncan le vio desaparecer en el bosque.

CAPÍTULO XX
LABIOS TORCIDOS

El hombre que había sufrido el primer ataque del monstruo cuando llegaba el coche, ayudó a Duncan a ponerse en pie.

Vincent, con un gesto de estupor en la cara, estaba sentado en medio del camino frotándose el cuello con las manos.

El que ayudaba a Duncan parecía ser un granjero; estaba pálido por su reciente aventura.

-Siento no haber podido acudir antes, amigo -dijo-. Cuando ustedes llegaron ya estaba acabando conmigo. Ya venía cuando ha huido ese demonio. Le iba a pegar con esto.

Mostró una gruesa piedra que llevaba en la mano.

-Vamos a ver si le podemos coger -propuso Duncan.

Se acabó de poner en pie y corrió al coche. Allí se proveyó de dos manivelas y de un martillo. Dio una de las manivelas al granjero.

Vincent, ya repuesto del todo, aceptó la otra. Blandiendo el martillo. Duncan emprendió la persecución a través del bosque, seguido de cerca por los otros dos.

El agresor había dejado un ancho rastro entre los arbustos y era fácil seguir su ruta, hasta un sendero. Los tres hombres continuaron por él la caza. A los pocos centenares de metros llegaron a un claro, en cuyo centro había una casa de piedra de un solo piso. Un hombre vigilaba bajo el porche.

Empuñaba una escopeta y miraba con mal gesto al grupo que se aproximaba.

Duncan se paró frente a él. El desconocido iba vestido con ropa de campo, pero no parecía un labriego, sino más bien un hombre de la ciudad.

Su gesto era bastante duro y no parecía muy bien dispuesto hacia ellos.

-¿Y bien? -preguntó, como quien demanda una explicación.

-¿Ha visto usted por aquí a un hombre medio salvaje? -preguntó Duncan-. Es la mejor manera de describir al individuo que venimos buscando.

-Ustedes sí que tienen aspecto salvaje -gruñó el hombre, de mal humor-. Están ustedes en una propiedad particular. ¿Cómo se atreven a entrar así?

-Buscamos a ese hombre -repuso violentamente Duncan-. Ha tenido que pasar por aquí y debe usted haberle visto.

-No es usted quien me tiene que decir lo que he visto -repuso con voz significativa-. Les digo a ustedes que están en una propiedad particular y que se vayan de aquí antes de que le pegue un tiro a uno. -Y levantó el arma de una manera amenazadora.

El granjero intervino:

-Deje usted en paz esa escopeta, forastero -dijo-. Esta propiedad no es suya. Yo vivo aquí cerca y lo sé.

-La he alquilado -declaró el del porche.

-¿A quién? Apostaría cualquier cosa a que no tiene usted derecho a estar aquí. Esta casa es de Seth Wilkinson, que es un amigo mío que vive en Harrisburg. Si no quiere usted que entre nadie, ¿dónde está su cartel?

-En aquel árbol.

-Ese es el cartel de Wilkinson, no el de usted. Y, además, eso de la escopeta no se estila ya por aquí. De modo que si quiere usted que juzguen con un jurado de doce hombres contra usted, no tiene más que tirar. Con los dos tiros que tiene esa arma no nos iba a dar a los tres. -Y el granjero se puso a blandir su manivela con aire belicoso.

-¡Miren! -exclamó Vincent-. Allí, en la ventana.

Todos miraron hacia la ventana de la casa, pero no vieron nada.

-Se ha ido -afirmó Vincent-. Es el hombre del camino. Está dentro de la casa y como ha estado a punto de matarme, quiero hacerle salir.

-Espere un minuto -el del porche hablaba de nuevo-. Creo que me he equivocado con ustedes. Tengo aquí al hombre salvaje, como ustedes le llaman; pero no es salvaje; sólo un poco excéntrico. ¿Les ha causado alguna molestia?

-Y grande -declaró el granjero. Saltó sobre mí desde los jarales y me tumbó al suelo. Estos señores llegaron en su coche con el tiempo justo para salvarme.

-Eso es diferente. -El del porche dejó a un lado la escopeta-. Permítanme que les explique lo que ocurre. Este hombre que tengo aquí es idiota. Es muy fuerte, pero ordinariamente no hace daño a nadie. Estoy encargado de su custodia y, por lo general, le puedo manejar como si fuera un niño. Le he traído aquí, pensando que si pudiera estar solo algún tiempo mejoraría algo. Siento mucho lo ocurrido -prosiguió diciendo amablemente-, y les prometo que no volverá a ocurrir. Ignoraba completamente el suceso, que será una lección valiosa para mí.

La mente de Bruce Duncan trabajaba rápidamente. Lo que decía aquel hombre era plausible. Sin duda el hombre de la cara de simio se había escapado por accidente. Había otras razones, además de las apuntadas por su guardián, para tenerle bien escondido.

Duncan sabía, que por lo menos en una ocasión, había sido empleado en una empresa criminal. Él y Vincent habían hallado la pista que buscaban, el hecho que ligaba el presente con los sucesos transcurridos un mes antes.

El hombre del porche no podía reconocer a Duncan, pues quien entró en su habitación fue el hombre mono y Bruce dudaba de que éste tuviera inteligencia suficiente para decirle a su amo quién era él.

Miró a Vincent y se dio cuenta de que éste no había acertado todavía con el significado de su descubrimiento. El mejor plan era regresar a la ciudad; por el camino se lo podría explicar todo.

Estaban próximos a las pruebas que buscaban. Pero, ¿quién era el hombre del porche? ¿Era sencillamente un auxiliar secundario encargado de la custodia del hombre mono? ¿O era el principal de los ejecutores del crimen?

Esta duda fue la que hizo a Duncan continuar mirándole cuando sus dos compañeros se habían vuelto para regresar a la carretera.

El forastero se había despedido de ellos cordialmente, dándoles las gracias por haberle informado de la tropelía cometida por su pupilo.

El hombre sonreía amistosamente mientras les decía adiós. Cuando Vincent y el labriego volvieron la espalda, sus labios se cerraron.

Y en su cara apareció una sonrisa extraña y peculiar.

Un lado de sus labios se volvía hacia arriba y el otro hacia abajo. Ello daba a su sonrisa una expresión contrahecha difícil de olvidar.

Bruce Duncan se volvió apresuradamente para seguir a sus compañeros, sin poder apenas contener su excitación. Aquella sonrisa le había revelado la identidad del hombre que

habitaba en la cabaña. Sólo había una manera posible de describirla. La boca que la había formado tenía los labios retorcidos.

CAPÍTULO XXI
PLANES

Cuando llegaron a la carretera, Vincent volvió el coche para regresar a la carretera principal, donde se despidieron del granjero, continuando después su regreso a Culbertville.

Bruce hizo entonces sus sensacionales revelaciones a su asombrado compañero.

-¡El hombre mono! -exclamó Vincent, después de oírle-. !La misma bestia que entró en su habitación! ¡Y Chefano! Hemos encontrado lo que necesitábamos, Bruce.

-Sí, Harry. Pero, ¿qué hacemos ahora?

Vincent pensó.

-No podemos volver allí en seguida -dijo-. Creo que el mejor plan es seguir hasta la ciudad; una vez allí podremos pensar despacio.

-¿Dará usted cuenta a Nueva York?

-Hasta esta noche, no. Será suficiente y mientras tanto podemos descubrir más cosas.

-Pero debíamos permanecer por aquí. Nuestro único plan posible es vigilar a Chefano, pero se ha de hacer con cuidado.

-No cabe duda, Bruce. El hombre con cara de mono es peligroso. No sería prudente arriesgarse.

-No es esa la razón más importante -dijo Duncan-. No debemos permitir que Chefano sospeche que estamos cerca. Si descubre que estamos interesados en sus planes, probablemente los cambiará.

-Tiene usted razón. Lo mejor que podemos hacer es investigar en el pueblo. Allí nos enteraremos de cuál es la situación.

-Hay que tener cuidado. Chefano puede tener algún cómplice vigilando la posible llegada de forasteros.

-No lo creo -declaró Vincent-. Déjeme a mí. Ya estoy preparando un plan que no despertará sospechas. Yo preguntaré; usted asienta a todo lo que yo diga.

Estaban próximos a la ciudad. Cuando llegaron cerca de la estación, Vincent dejó el coche. Seguido por Duncan se acercó a un grupo de ociosos.

Uno de ellos les saludó al llegar.

-Es muy bonito este país -dijo Vincent.

-Así dice mucha gente.

-¿Hay mucha pesca?

-Sí, cuando se sabe buscar.

Los demás que formaban el grupo se echaron a reír.

-Mi amigo y yo buscarnos un sitio donde pasar algunas semanas. Esperamos poder alquilar una casita en el bosque. ¿Sabe usted de alguna?

-Hay muchas por ahí -replicó uno de los otros-. Todo depende de la distancia a que quieran estar ustedes de la ciudad.

-Seth Wilkinson tiene un par de cabañas en el monte -apuntó un tercero-. Pero son muy viejas y no se estaría muy bien en ellas si lloviese.

-Hablen ustedes con John Stevens -sugirió el que había hablado primero-. Tiene una casa pequeña, pero buena y que no ha estado habitada en mucho tiempo.

-¿Está muy lejos de aquí? -inquirió Vincent.

-A unos seis kilómetros. Cuando se empieza a subir por las montañas se encuentran las tierras de Wilkinson. Luego hay un pequeño camino a la derecha, que conduce a la casa que les he dicho. Pero no es necesario que vayan allí. Stevens tiene una tienda ahí enfrente. Pueden verle ahora mismo si quieren.

-¿Qué le parece a usted? -preguntó Duncan a su compañero.

-Muy bien -asintió éste.

Encontraron a Stevens en su tienda. Deseaba sinceramente alquilar la casa y comenzó a hacer una larga descripción de ella. Mediante algunas preguntas, Vincent consiguió un excelente acopio de informaciones.

Era una buena casa, mejor que las dos viejas cabañas de Wilkinson, que no eran más que chozas. Estaban en el bosque, más abajo de la casa de Stevens.

Ninguna de ellas estaba ocupada. Wilkinson estaba fuera y las tenía muy descuidadas. Stevens invitó a sus dos visitantes a que hicieran la comparación por sí mismos.

El resultado de la discusión fue el pago de diez dólares, por un mes adelantado de alquiler.

El autobús estaba en la estación cuando los dos jóvenes salieron del establecimiento de John Stevens. Vincent se acercó a él y habló con el conductor.

-¿Dónde hace usted paradas en la montaña? -preguntó-. Vamos a permanecer algún tiempo en ellas y tal vez utilicemos el autobús en alguna ocasión.

-Hago paradas siempre que algún pasajero quiere subir o bajar. No pueden ustedes pedir mejor servicio.

-¿A qué hora sale de aquí el último autobús?

-A las once y media, después de llegar el último tren de Harrisburg. Si llega con retraso le esperamos, pero generalmente llega a su hora.

-¿Llegan muchos pasajeros a esa hora? -preguntó Duncan, con indiferencia.

-Algunos que llegan hasta el final del trayecto y muy pocos que bajen antes.

-¿Serán pasajeros regulares la mayor parte? -insistió Vincent.

-Generalmente, sí. Los conozco a casi todos. Me parece que no he tenido ningún forastero en una semana, desde un señor que se apeó en el último cruce. Es curioso. No me había detenido allí en varios meses y ahora parece que todas las semanas, regularmente, se apea allí un viajero nuevo.

Duncan miró significativamente a Vincent. El último cruce era el camino donde habían encontrado al hombre mono.

-Creo que lo tenemos ya todo -le dijo a Vincent cuando se alejaron del autobús-. El lugar de la reunión debe de ser la cabaña. Las cartas recibidas darán las instrucciones necesarias para dirigirse allí.

-La hora de la reunión es, evidentemente, la medianoche -replicó Vincent-. Saliendo el autobús a las once y media, cualquiera puede llegar a la cabaña a las doce.

-¿Y su informe?

Vincent sonrió al oír la pregunta de Duncan.

-Esta noche -repuso-. Ahora vamos a comer.

Llegaron a la casa de Stevens a últimas horas de la tarde. El edificio estaba muy resguardado entre los bosques; era un sitio ideal para esconderse.

Las habitaciones estaban amuebladas con muebles viejos. Arreglaron las camas con mantas y sábanas que compraron en la tienda de Stevens.

-¿Y ahora, qué? -demandó Duncan.

-Venga conmigo -le dijo Vincent.

Se acercó a la maleta del coche y la abrió. Dentro había una caja grande que abrió también. Al levantar la tapa y una cubierta interior, apareció un aparato completo de radio, el mecanismo más complicado que Duncan había visto en su vida.

-¿Sabe usted algo de telegrafía sin hilos? -preguntó Vincent.

-No mucho -admitió su compañero-. He estudiado el alfabeto Morse y puedo enviar mensajes despacio, pero nunca me he dedicado a fondo a la radio.

-Yo sí -dijo Vincent-. Este es uno de los aparatos emisores más sencillos que se han inventado. Tiene algunos detalles notables. Ayúdeme a instalar la antena. Yo haré lo demás.

Los dos hombres habían terminado su trabajo al oscurecer. La noche era fresca a aquella altura. Se sentaron frente a la chimenea del primer piso, junto a los aparatos de radio.

-Prepararemos algo de cenar -propuso Vincent-, y luego practicaremos nuestra última investigación. Después podremos radiar nuestra información. Arma me dijo que el informe del lunes por la noche sería el más importante.

Duncan estaba entusiasmado. Antes no sabía a qué atribuir la indiferencia de Vincent respecto del informe. Imaginaba que en aquella soledad estarían faltos de todo medio de comunicación y que tendrían que regresar al pueblo para buscar un teléfono.

Pero, por el contrario, vio que estaban en comunicación directa con Nueva York.

Al cerrar la noche, Vincent bajó las persianas. Cuando acabaron de comer apagó las lámparas de petróleo y salió al porche. Duncan le siguió.

Buscaron el camino en la oscuridad y se dirigieron a la finca de Wilkinson.

Anduvieron casi a tientas por un considerable espacio de tiempo. De pronto Vincent cogió a Duncan por el brazo y murmuró:

-Mire. Una luz entre los árboles.

La luz procedía de la cabaña que habían visitado por la mañana. Al aproximarse más vieron que el reflejo salía por un resquicio de la ventana posterior de la casa, cuya persiana no había sido cerrada con cuidado.

-Es inútil que sigamos adelante -cuchicheó Vincent-. Sabemos quien está dentro y es lo suficiente. No debemos arriesgarnos a que Chefano pueda sospechar algo.

Escucharon durante un rato, pero todo permaneció en silencio y los dos compañeros volvieron sobre sus pasos, y se retiraron a su casa.

Vincent, sentado junto al fuego, comenzó a enviar su primer mensaje, pulsando el transmisor despacio y consultando una clave que tenía delante.

Esperó algunos minutos y repitió el mismo mensaje.

Transcurrió una hora, durante la cual Vincent permaneció con los auriculares puestos. Luego empezó a escribir con lápiz. Estaba recibiendo una respuesta, que leyó a Duncan.

«Vigilen la casa mañana por la noche y prepárense para actuar cuando llegue el cuarto individuo, Protéjanle a toda costa. Mientras tanto absténganse de dar señales de su presencia en ese lugar.»

Vincent envió una breve respuesta para anunciar que había recibido el mensaje. Abrió una maleta que había sacado del coche y de ella dos pistolas automáticas, una de las cuales entregó a Bruce. Repitió la operación con dos lámparas de bolsillo. Luego cerró la puerta con llave y cerrojo.

-No quiero que nos arriesguemos a nada esta noche -dijo-, pero estoy seguro de que aquí no corremos ningún peligro. Nuestra verdadera tarea comienza mañana por la noche. En mi primer mensaje he dado detalles exactos de nuestra situación y de la cabaña en donde Chefano espera a su próxima víctima. Estaremos dispuestos cuando llegue el momento.

CAPÍTULO XXII
UN PROYECTO DE VENGANZA

Isaac Coffran, sentado en su habitación del piso superior de su residencia, tabaleaba metódicamente sobre el brazo de su sillón.

Ante él se hallaba Pedro. El corpulento mejicano llevaba la cabeza envuelta en un vendaje.

-Pedro -comenzó a decir el viejo, con voz aguda-, estoy pensando en una cosa que será muy agradable para ti.

El criado no contestó e Isaac Coffran continuó hablando como si no hubiera esperado una respuesta.

-Me gusta hablar contigo, Pedro. Rara vez tienes nada que contestar. Eso consiste en que no piensas por ti mismo. Haces lo que te mandan. Eres el tipo de hombre más útil que he encontrado.

El mejicano sonrió.

-Así me gusta -prosiguió el viejo-. Te empieza a interesar la conversación. Hace algunas noches cometiste una grave equivocación. Dejaste una ventana abierta en la bodega. No me gusta que la gente que me sirve cometa equivocaciones. Tú has sufrido las consecuencias. Por eso es por lo que llevas las vendas en la cabeza. Voy a darte una oportunidad para que compenses tu error.

La sonrisa en la cara del mejicano se hizo más pronunciada y más desagradable.

-Esta casa está o estaba vigilada -continuó Isaac Coffran-. Alguien vio al joven Duncan cuando entró en ella, y le rescató. Es el único hombre que se me ha escapado en la vida. Le cogeré de nuevo. Pero es mucho más interesante la captura del hombre que fue la causa de nuestro fracaso. ¿No te parece a ti lo mismo, Pedro?

El mejicano asintió.

-Al hombre que buscamos le llaman la Sombra. Es un hombre hábil, pero como la mayor parte de los hombres hábiles, es también imprudente. Vigilando esta casa ha logrado saber algo de mis planes. La vigilancia sigue.

El viejo se acercó a la ventana y levantó un poco la persiana de hierro para mirar a la calle.

-No le veo, pero sé que está vigilando. Hay sombras en la calle; entre ellas está la Sombra. Que vigile si quiere. No volverá a poder entrar. Hemos inspeccionado la casa completamente. Mientras permanece aquí vigilando no puede estar en otra parte, lo cual es una ventaja para mí. No podrá averiguar nada nuevo. Me alegro de que se quede. Pero puede marcharse. Tal vez no regrese mañana por la noche, y eso sería una desgracia, Pedro, pues mientras permanece en esta calle, podemos determinar sus movimientos. Podemos tenderle un lazo. ¿A ti te gustaría, verdad, Pedro?

-Me gustaría mucho -repuso el mejicano.

-Ya me lo figuraba -dijo Isaac Coffran con una astuta sonrisa-. Vamos a tenderle un lazo, Pedro, y tú me ayudarás.

La sonrisa del mejicano desapareció. Su expresión se hizo maligna y sacó el largo machete de su vaina. Los dedos de la otra mano le temblaban en su deseo de venganza.

-Así no, Pedro. Cuando he dicho antes que no piensas, he dicho la verdad. La Sombra es demasiado listo para entrar aquí sin alguna razón. Tú dejarías abierta la puerta principal y esperarías a que entrase. Eso sería lo suficiente para que se abstuviera.

»-¿Por qué espera y vigila? No porque suponga que nadie ha de llegar, sino porque abriga la esperanza de que alguien salga. Sabe quién vive en esta casa. Sabe que tú y yo estamos en ella. Si salimos nos seguirá. Tú vas a salir, Pedro. Saldrás apresuradamente, pero sin dar ninguna señal que demuestre que sabes que alguien está vigilando en la acera de enfrente. ¿Entiendes?

-Sí, señor -repuso el mejicano-; entiendo. ¿Qué quiere usted que haga después?

-Hace tres años -dijo Isaac Coffran, reflexivamente-, quitamos de en medio a una persona que nos estorbaba. Era un ser tan incómodo como esta Sombra. Te siguió. Tú fuiste a una pequeña tienda que hay a alguna distancia de esta calle. ¿Recuerdas? De allí fuiste a un sitio que se llama el Barco Negro. Una taberna en un sótano.

-Recuerdo -dijo el mejicano, y su repulsiva sonrisa reapareció-. Y recuerdo lo que ocurrió allí: entré en la habitación grande...

-Basta, Pedro -le interrumpió Isaac Coffran-. Tú sabes que tengo muchos procedimientos para eliminar a las personas que me estorban y que rara vez empleo dos veces el mismo método. En eso está su seguridad. ¡Hace ya tres años! Aquélla fue la única vez que utilicé el plan que pienso poner en práctica esta noche. Está preparado por un hombre en quien puedo confiar, pues recibe su paga por adelantado y no sabe quién soy.

»Está siempre dispuesto y esperando a que llegue la noche de un determinado lunes. Le he pagado regularmente durante tres años, porque sabía que algún día me sería de utilidad. Esta noche se ganará su salario.

»¡La Sombra! -el viejo soltó una carcajada burlona-. La Sombra es un hombre hábil. Lo demostró la otra noche. Me ha estudiado y sabe que atraigo a la gente a mi casa. Cómo lo ha descubierto es un misterio, pues nadie lo ha sospechado hasta ahora. Pero hay una cosa que la Sombra ignora. No sabe que puedo alejar a una persona de mi casa y tenderle un lazo en otro sitio. Muy bien. Esta noche se enterará.

El viejo miró el reloj que pendía de la pared.

-Las once y cinco -observó-. Ya es hora de que salgas. Puedo fiarme de ti, Pedro. Cuando has hecho una cosa una vez, siempre la haces bien después. Anda. Permanece allí y recuerda lo que veas para que me lo puedas contar. ¡Esta noche tendrás el placer de ver morir a la Sombra!

La animación de la cara de Pedro revelaba su deseo. Tenía los ojos dilatados y su respiración silbaba al pasar por entre los dientes.

Ocultó el machete debajo de la chaqueta. Abrió y cerró varias veces los enormes puños. Se rió en silencio y se calmó.

-Gracias, señor -dijo-. Me voy.

Isaac Coffran se frotó las manos alegremente al oír cómo se alejaban los pasos de su criado. Oyó cómo se abría y se cerraba la puerta principal.

Miró otra vez por el resquicio de la persiana. Vio a Pedro alejarse por la calle y creyó advertir que una sombra se movía en pos de él.

Pedro no pensaba en las sombras que le rodeaban. El mejicano carecía de imaginación. Su mente sólo apreciaba las cosas tangibles.

Recordaba lo ocurrido algunas noches antes; cómo unas manos vivientes pasaron por entre los hierros de la reja y le dominaron como si hubiera sido un niño.

Pedro no sonreía al llegar a la esquina de la calle; pero sus blancos dientes reflejaban la luz de los faroles, y su expresión era la del que espera verse pronto vengado.

El mejicano recorrió varias calles y por fin se detuvo ante un estanco. Entró y compró dos paquetes de cigarrillos de marca diferente.

Se entretuvo en la tienda varios minutos. Después, encendiendo un cigarrillo, se dirigió a la puerta.

En ella titubeó un momento; se palpó cuidadosamente el bolsillo, como para asegurarse de que aún llevaba en él alguna cosa importante.

Con una sonrisa de satisfacción salió a la calle y se alejó.

Cuando el mejicano estaba de pie en medio de la tienda, un hombre que se hallaba sentado a un extremo se levantó y entró en una cabina telefónica.

Poco después de la salida de Pedro, el mismo individuo le siguió.

El dueño de la tienda le vio salir, pero no atribuyó al hecho ninguna importancia. Sólo sabía que aquel hombre era un cliente que acostumbraba entretenerse en la tienda de cuando en cuando. Ignoraba que su parroquiano era conocido en los bajos fondos de la ciudad como «El Hurón», uno de los tipos más extraños del hampa.

La fama del «Hurón» estaba en su habilidad para reconocer cualquier cara y en la facilidad con que podía seguir el rastro de una persona.

Era pequeño de cuerpo, estrecho de hombros y furtivo en todas sus acciones. En cuanto salió del estanco se convirtió en la persona más insignificante de cuantas transitaban por las calles.

Caminaba de un saliente de las casas a otro; pasando por detrás de los postes de los faroles; aprovechando todos los accidentes para disimular su presencia.

La gente pasaba por su lado sin verle.

A pesar de todo, se movía con asombrosa rapidez. A los pocos minutos había alcanzado a Pedro el mejicano, y sus ojos penetrantes seguían su marcha con atención,

Y, sin embargo, no era a Pedro a quien el «Hurón» vigilaba. Su mirada estaba fija en un punto a alguna distancia detrás del mejicano y una expresión de perplejidad apareció en su semblante.

-No me lo explico -murmuró el «Hurón», entre sí-. ¿Dónde está el hombre a quien tengo que seguir? Quizá se haya quedado atrás.

Cruzó la calle y apresuró el paso para acercarse más a Pedro. De pronto su cuerpo desapareció en la sombra de un gran barril que estaba en la acera.

Observó cuidadosamente el paso del mejicano por debajo de la luz de un farol. Vio a Pedro distintamente. Cuando pasó, los ojos del «Hurón» permanecieron clavados en el mismo punto.

Una sombra larga y estrecha apareció en el suelo. Pasó por debajo de la luz y se fundió de nuevo en la oscuridad.

El «Hurón» tembló y, sin moverse de su escondite, murmuró entre sí:

-¡Parece la Sombra!

Recobrando algo su valor, el «Hurón» reanudó su marcha, más despacio, como si desease que entre él y Pedro mediase la mayor distancia posible.

-Si no es la Sombra, nada -siguió murmurando-. Pero si es la Sombra... Bien, tendré que hacerlo de todas maneras. Al fin y al cabo, no esa mí a quien vigila, sino a ese individuo grande que va ahí delante. No es necesario que se entere de que estoy aquí... ¡pero lo descubre todo, todo!

El «Hurón» se detuvo un momento a pensar. Luego soltó una áspera carcajada.

-Bien -dijo suavemente-; tal vez asistamos esta noche a sus funerales. ¡Andando! No le debo a la Sombra ninguna consideración. Una vez perdí un negocio por él y no voy a retroceder ahora que he comenzado.

Siguió andando deprisa, pero con e1 mayor cuidado. Sus pasos no hacían el menor ruido. Y a medida que se prolongaba la vigilancia se iba sintiendo más valiente, pues se estaba internando en el corazón del barrio del hampa, un ambiente con el que estaba completamente familiarizado.

Pedro se metió en un callejón. El «Hurón» llegó rápidamente a la esquina y vio al mejicano detenerse ante una puerta. Esperó a que hubiera entrado.

Una débil luz alumbraba la escena, pero a pesar de ella el «Hurón» no pudo ver a nadie en la calle, ni siquiera una sombra.

Lentamente, con infinito cuidado, virtualmente invisiblemente en la oscuridad, se internó en el callejón. De repente se detuvo, a treinta pasos de la puerta por donde había entrado el mejicano.

Entonces la vio en la acera de enfrente: una enorme mancha negra, una mancha que parecía oscilar.

El «Hurón» permaneció inmóvil. Sus ojos escrutaron la pared por encima de la extraña sombra. La oscuridad más completa reinaba en aquel lado del callejón. Hubiera jurado que no había nadie.

El callejón parecía desierto. El «Hurón», acurrucado detrás de un montón de cajas, no denunciaba su presencia. Esperó lleno de aprensión, a pesar de que sus ojos penetrantes no habían podido ver nada.

De súbito una forma humana pareció surgir de la pared. La aparición fue tan instantánea como si se hubiera levantado una cortina para dejar salir a un hombre, que caminó abiertamente por debajo de la luz.

Iba mal vestido y parecía uno de los típicos habitantes de aquel barrio.

El «Hurón» pudo distinguir su cara, una cara dura y ceñuda. A pesar de su habilidad y de conocer a todos los bandidos de Nueva York, no pudo identificar a aquel individuo.

El hombre que había aparecido de una manera tan asombrosa, franqueó la misma puerta por donde había entrado el mejicano.

El «Hurón» esperó, aún indeciso. Se puso en pie lentamente y por un momento estuvo a punto de volverse para salir del callejón.

Luego, con un esfuerzo, se aproximó a la puerta. Era la entrada a la taberna subterránea llamada el «Barco Negro», un establecimiento muy conocido del «Hurón».

-Los muchachos me conocerán -murmuró, vacilando ante la puerta-. Y si ése es la Sombra, me conocerá también.

Se metió las manos en los bolsillos, haciendo sonar en ellos algunas monedas. Lo que le quedaba del dinero que le habían pagado adelantado por el trabajo que se esperaba de él aquella noche. -Ya he avisado a los demás -observó e1 «Hurón», como si razonase consigo mismo-. Si ahora no apareciese serían capaces de hacerlo ellos. No hay más remedio que seguir adelante. Si sale bien ganaré más dinero.

Se encogió de hombros, sacó las manos de los bolsillos y desafiando sus aprensiones abrió la puerta y entró en el «Barco Negro».

CAPÍTULO XXIII
EN EL BARCO NEGRO

Cuando Pedro entró en el espacioso local subterráneo, había en él unas dos docenas de hombres. El mejicano, con su mejilla abierta por la horrible cicatriz, era un compañero digno de aquella asamblea.

Sus ojos brillaron y mostró los dientes en una sonrisa de satisfacción al pasear la mirada en torno suyo.

La clientela del «Barco Negro» estaba integrada por los bandidos más terribles del país. Cada una de las caras que rodeaban a Pedro pertenecía sin duda a un criminal endurecido.

Facciones marcadas por la viruela; ojos de rata; labios brutales. Estas eran las características que predominaban entre los parroquianos del «Barco Negro».

El camarero, un tipo tan violento y brutal como los demás, puso una botella y un vaso delante de Pedro. El mejicano le dio un dólar.

El camarero era el mismo propietario del «Barco Negro». Lograba mantener su notorio establecimiento sin interferencia por parte de la policía.

El «Barco Negro» era punto de reunión de los peores criminales, y el hecho de que funcionase casi abiertamente, era útil a las autoridades que trataban de combatir a las perversas hordas del crimen.

Los agentes de la policía no entraban en el «Barco Negro», pero sus confidentes sí. Pero eran sólo los confidentes más atrevidos los que osaban hacerlo; pues perdían la vida en el momento mismo en que su identidad era conocida.

El propietario sabía que su negocio era tolerado por la policía, y por esta razón insistía en que dentro de él se guardase siempre el orden.

Los bandidos respetaban a Miguel el Rojo. Eran sus amigos, y cualquier parroquiano rebelde sería expulsado en el acto si él lo mandase.

-Nada de armas -era la regla estricta de la casa.

Miguel no permitía riñas entre los bandidos que entraban en sus dominios.

El «Barco Negro» sólo tenía una entrada. Era una ley no escrita pero respetada, que aquellos cuyas víctimas entraban en la casa tenían que esperar fuera a que salieran para dar el golpe.

Cualquiera podía entrar y ser servido; pero sólo entraban los más osados.

Miguel distinguía instantáneamente a los forasteros. Mientras se sentaban tranquilamente y se bebían lo que se les ponía delante sin decir nada, eran bien venidos.

Como todos los habitantes de aquel distrito, Miguel el Rojo estaba dispuesto a arriesgar algo, siempre que se le pagase bien.

De aquí que en raras ocasiones permitiese alguna riña en el «Barco Negro», pero tomando las mayores precauciones.

Aquella noche esperaba un conflicto. Le había llamado por teléfono una determinada persona. En respuesta, Miguel el Rojo había convidado a beber a todos sus clientes.

Esta clase de convites eran muy raros en el «Banco Negro».

Algunos de los presentes recibieron el inesperado obsequio con sorpresa.

Otros, y éstos fueron los que más agradaron a Miguel, sonrieron con satisfacción. Sus caras endurecidas mostraron un súbito interés.

Uno por uno se fueron levantando de sus mesas y pasando por una puerta que conducía a una habitación más pequeña, una habitación con paredes de piedra y una puerta forrada de chapas de hierro.

Muy pocas veces permitía Miguel que nadie entrase en aquella estancia, que, generalmente, se utilizaba como almacén.

Pedro el Mejicano llegó antes de que el último hombre hubiera desaparecido detrás de aquella pesada puerta. Bebía sin prisa.

Estaba aún sentado ante su mesa, cuando se abrió la puerta exterior y entró otro hombre por ella.

El recién llegado era alto y delgado. Llevaba unos pantalones de dril demasiado grandes para él. Un viejo sweater cubría su cuerpo y una gorra muy maltratada le ocultaba la frente y los ojos.

La cara que aparecía debajo de la visera era cruel y endurecida, un rostro típico de «gángster». Miguel el Rojo no conocía a su nuevo cliente, pero en el acto le clasificó.

El propietario del «Barco Negro» se jactaba de su infalibilidad para conocer a los detectives a pesar de todos los disfraces. Aquel hombre no era un policía, sino un indudable compañero en el crimen.

El desconocido aceptó el vaso y la botella que Miguel le puso delante y pagó con un billete de cinco dólares.

El tabernero dejó el cambio sobre la mesa. El hombre tenía la cabeza inclinada y la gorra impidió a Miguel verle la cara.

El propietario del «Barco Negro» esperó detrás del mostrador. El desconocido sacó un cigarrillo y lo encendió antes de probar el contenido de la botella. En aquel momento entró otro parroquiano en el establecimiento.

Miguel le reconoció en el acto. Era el «Hurón», el astuto «gángster» tan conocido y tan conocedor del mundo del crimen.

El «Hurón» cruzó rápidamente el local y se instaló en un rincón desde donde podía observar al que le había precedido; Pero se situó de manera que éste no pudiera verle sin volver la cabeza.

En la cara del «Hurón» no se advertía señal alguna de interés. Se ocupó en el acto de la botella que le sirvieron.

Pedro el Mejicano estaba sentado en un sitio desde donde podía ver al «Hurón». Poco después de la entrada de éste, se levantó.

Permaneció un momento como indeciso y luego se acercó a la pesada puerta que conducía a la habitación interior. El rumor de muchas voces salió por ella al entrar el mejicano.

Pasaron algunos minutos. Dos o tres bandidos más entraron en el «Barco Negro». El local comenzaba a estar completamente lleno.

-El que quiera puede entrar en la otra habitación -anunció-. Hay mucha gente aquí esta noche.

Los que habían llegado últimos estaban ya sentados y permanecieron en sus asientos, pero poco después de la invitación de Miguel, el desconocido se levantó y entró tranquilamente en la otra estancia.

El «Hurón» acabó lentamente de beber y le siguió.

El local interior era en realidad una bóveda de techo bajo y paredes de sólida mampostería. Estaba iluminado por una sola lámpara eléctrica que pendía del techo.

Era de regulares dimensiones y contenía varias mesas colocadas a lo largo de las paredes.

Cuando el «Hurón» entró y se sentó ante la mesa más próxima a la puerta, había sido precedido por once hombres Pedro estaba sentado en el rincón opuesto, hablando con su compañero de mesa.

El desconocido, con su gorra metida hasta los ojos, se hallaba cerca, inclinado sobre la mesa y al parecer ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Los demás bebían y hablaban en voz alta.

Miguel el Rojo entró y distribuyó botellas y vasos. Cuando salió, todo en la habitación quedó lo mismo que antes, salvo por el hecho de que sus ocupantes, excepto el de la gorra, dirigieron miradas disimuladas al «Hurón».

El astuto bandido se sirvió un vaso de vino y lo apuró de un trago; bebió de nuevo, hasta vaciar la botella.

Cuando estaba a punto de dejarla sobre la mesa, la torció de manera que con el cuello señalaba en dirección del hombre de la gorra.

Todos los ojos se volvieron hacia el desconocido, que estaba inclinado sobre la mesa, sin hacer caso de su vaso. Los demás comenzaron a moverse. En sus caras se dibujaron sonrisas siniestras. Todos eran conocidos del «Hurón», quien sabía que sus compañeros eran los pistoleros más valientes de la ciudad.

Sonrió también, pues estaba seguro de que las pistolas no serían necesarias aquella noche.

Solo un hombre se mostraba demasiado impaciente por lo que iba a ocurrir: Pedro el Mejicano. Se precipitó un poco. El movimiento del «Hurón» era la señal de un ataque súbito, que había de producirse con bien calculada precaución.

Pero Pedro, con una expresión vengativa en la cara, no pudo esperar. Se alzó de su silla y se lanzó sobre el hombre de la gorra.

La mano del mejicano surgió de entre los pliegues de su chaqueta. Brilló el acero del machete, que descendió en un golpe seguro y bien dirigido.

Pero no llegó a su destino. El agredido, con asombrosa rapidez, se deslizó de su asiento en el momento en que Pedro se precipitaba sobre él. El machete silbó en el aire y cortó el hombro del sweater.

Pedro, arrastrado por el impulso del golpe, cayó de bruces sobre la mesa. Y el desconocido estaba ya en el centro de la habitación, con la cabeza erguida y ambas manos ocultas por un pliegue del borde de su sweater.

Sus ojos relampagueaban al mirar a su alrededor.

El «Hurón» fue el único que permaneció en su sitio. Sonrió observando la escena. Con su rápido movimiento, el desconocido ganó el centro del cuarto, mientras los demás estaban aún levantándose de sus sillas.

Allí estaba, proyectando una sombra redonda y negra ante sí.

La expectación sólo duró un instante. Los once pistoleros estaban en movimiento. Los más próximos a la víctima saltaron sobre ella como un solo hombre. Dos de ellos empuñaban cuchillos. Los otros avanzaban también.

Con un gesto ligero y corto, las dos manos salieron del pliegue del sweater.

Los disparos de dos pequeñas pistolas automáticas retumbaron en la bóveda de piedra. El «Hurón» vio el movimiento en abanico de las manos del desconocido y que las balas habían hecho blanco.

Algunos de los agresores cayeron al suelo. Los demás se precipitaron en montón sobre su presa. El hombre desapareció debajo de ellos.

El «Hurón» exhaló un suspiro de satisfacción al ver el brillo de los cuchillos preparados para herir.

Pero del montón de hombres partió un solo tiro de pistola. Y simultáneamente, la luz se apagó y cayó al suelo una lluvia de vidrios rotos.

La presunta víctima había conseguido levantar la mano y su rápido disparo fue certero. El cuarto quedó sumido en las tinieblas. El «Hurón» se escurrió hacia la puerta. Sonaron gritos por todas partes. Once hombres, incluyendo al robusto mejicano, luchaban contra uno. Pero en la oscuridad no podían identificar al hombre que buscaban. Una silla se estrelló contra la puerta, arrancando un juramento al «Hurón».

!El hombre estaba libre y luchando como un demonio! Cada uno de sus golpes daba en el blanco. Llovían las botellas. Las mesas se rompían al ser lanzadas contra las paredes.

El desconocido estaba en todas partes y utilizaba como armas cuanto encontraba a mano. Sus enemigos combatían a ciegas. Su impotencia era manifiesta.

El «Hurón» oía sus imprecaciones y sus lamentos. Se dio cuenta de que pronto acabaría el conflicto con la victoria de un hombre contra diez.

¡Y entonces estaría solo con el enemigo a quien había denunciado! ¡Solo con la Sombra!

Sonaron algunos recios golpes en la puerta. El «Hurón», al entrar, la había cerrado con cerrojo, para cortar aquella única retirada posible. Se levantó con precaución del suelo, descorrió el cerrojo y la puerta se abrió hacia adentro.

La luz del exterior reveló las caras excitadas de otros bandidos. Pero al abrirse la puerta se apartaron de ella de un salto unánime.

Sólo Miguel el Rojo se atrevió a permanecer en su marco. Él era quien había llamado. E1 «Hurón» salió huyendo.

El propietario del «Barco Negro» tenía en las manos una lámpara de bolsillo y un revólver. Pero antes de que pudiera entrar, fue empujado y apartado por los bandidos que salían en tropel.

Una silla acertó a Pedro en la cabeza en el momento en que salía y le dejó tendido en el suelo.

Otros salieron a gatas, gimiendo y renegando, heridos y vencidos. El último se desplomó en la misma entrada. Una elevada figura surgió de la oscuridad.

Levantó al caído y lo sostuvo en el aire.

Miguel el Rojo apuntó con su revólver, buscando una posición para disparar sin herir al que servía de escudo.

Pero el cuerpo del bandido fue arrojado con una fuerza tremenda contra el tabernero y le derribó también.

La puerta se cerró de golpe y todos oyeron el ruido de los cerrojos que la aseguraban. La pesada puerta blindada impedía el acceso.

Y a oídos de los bandidos llegó un sonido extraño y ominoso, que se hizo sentir por encima de sus excitadas voces, a pesar de estar ahogado por una gruesa barrera.

Una risa hueca y burlona, una risa que hizo a todos aquellos endurecidos criminales mirarse con súbita alarma.

El «Hurón» se estremeció al reconocer la risa de la Sombra.

CAPÍTULO XXIV
EL ATAQUE DE LOS GÁNGSTERS

Miguel el Rojo restableció el orden. Tenía a su alrededor a tres docenas de hombres indignados, que pronunciaban terribles amenazas al ver el estado de sus compañeros al salir de la estancia interior.

Todos ellos fueron reducidos al silencio por la risa de la Sombra. Luego reanudaron sus gritos coléricos, para callar en seguida, en cuanto el tabernero levantó una mano con gesto imperioso.

-¡Silencio! -gritó.

Cesó el tumulto. A una orden de Miguel, se acudió a prestar ayuda a los lesionados. Ninguno de los once había escapado indemne.

Tres de ellos sufrían heridas graves y fueron sacados a la calle.

Las balas de la pequeña automática habían sido bien dirigidas; la mayor parte de las veces hicieron blanco en las piernas y en los brazos de los agresores. La Sombra no había intentado matar a ninguno de sus enemigos.

Sólo dos de los bandidos estaban en condiciones de continuar la pelea. Uno de ellos era Pedro. El gigantesco mejicano no había sido tocado, hasta que recibió el silletazo cuando se batía en retirada.

Repuesto del golpe, estaba de nuevo listo para el combate. Aún blandía el machete y bramaba de furor al hablar con Miguel el Rojo.

-¡Está herido! -gritaba-. ¡Te digo que está herido! ¡Le tenemos ahí dentro y le podemos coger!

-Espera un minuto -ordenó Miguel.

Se volvió hacia la puerta de la calle. Dos hombres permanecían en ella de guardia.

-Salid a ver cómo está la calle -les ordenó el tabernero-. No quiero más tiros aquí, mientras no sepa que no hay novedad en los alrededores.

Algunos hombres salieron del establecimiento y el propietario se puso a escuchar a la puerta de la habitación en donde estaba encerrado el desconocido.

-Le tenemos en nuestro poder -anunció, tranquilamente-. Ha tenido suerte hasta ahora, pero ya no puede salir de ahí. Tenemos tiempo y no hay que precipitarse. ¿Quién es?

La pregunta estaba dirigida al «Hurón».

-Un confidente de la policía -repuso el astuto bandido-. Le he visto una vez. Es un mal bicho.

Un coro de imprecaciones siguió a estas palabras.

-El «Hurón» los conoce a todos bien -afirmó un gangster-. Cuando él lo dice es verdad; acabemos de una vez.

El «Hurón» sonrió. Había acertado al lanzar su acusación contra el desconocido y se alegraba de no haber mencionado el nombre de la Sombra. Este era relativamente poco conocido en los bajos fondos sociales y aquellos que le conocían le temían.

-Poco a poco ahora, muchachos -dispuso Miguel el Rojo-. Esperemos a saber cómo están las cosas fuera.

Uno de los dos exploradores reapareció en la puerta.

-Sin novedad -declaró-. Gee se ha quedado vigilando. Podemos seguir adelante.

Miguel el Rojo requirió un martillo y un escoplo y con estas herramientas comenzó a levantar las planchas de hierro de la puerta.

-Cuidado, Miguel -le advirtió el «Hurón»-. No vaya a disparar a través de la puerta.

-No hay cuidado de que sus balas la atraviesen.

La plancha de hierro estaba firmemente clavada a la parte superior de la puerta. Miguel, con grandes esfuerzos, consiguió levantarla por abajo y empujarla hacia arriba. Los demás guardaron silencio.

Por fin quedó libre un espacio de madera en la parte media de la puerta. Miguel el Rojo dejó el trabajo y se puso a distribuir sus fuerzas. Colocó tres hombres a cada lado de la salida, todos ellos armados con pistolas automáticas. Situó a los otros por los rincones y dos más junto a la puerta exterior. Pedro insistió en estar cerca, con el machete en alto, como si esperase descargar el primer golpe.

-Turkey -dijo Miguel el Rojo a uno de los bandidos-. Detrás del mostrador hay dos lámparas de bolsillo. Coge una y dale la otra a cualquiera. Colócate junto a la puerta.

Mientras sus órdenes eran obedecidas, el tabernero sacó un hacha de leñador y un trozo de alambre fuerte. Por medio de unos alicates, formó una especie de lazo a un extremo del alambre.

-Ven aquí, «Hurón» -dijo después-. Ponte a la derecha de la puerta. Voy a hacer un agujero en ella. Tú sabes donde está el cerrojo. Mete el alambre y descórrelo, cuando yo haya hecho el agujero.

-No estoy seguro de poder hacerlo -dijo el «Hurón», con recelo.

Pedro le quitó el alambre de las manos.

-Yo lo haré -declaró y ocupó su puesto al lado de la puerta, haciendo algunos ejercicios con el alambre-. Adelante; estoy dispuesto.

Miguel levantó el hacha.

-Vayamos con cuidado, muchachos -advirtió-. Primero el agujero en la puerta. El mejicano descorre el cerrojo, El confidente no estará cerca de la puerta, sino en algún rincón del otro lado. Cuando oigáis el ruido del cerrojo, os acercáis todos, agachados para quedar detrás de esta plancha de hierro de abajo. Luego entramos todos en la habitación. Sacamos las armas y las luces. No hay que dejarle escapar. Si logra salir, que no veo cómo podría hacerlo, yo le esperaré con el hacha.

Pedro sonrió.

-¡Que salga! -exclamó, blandiendo el machete.

Treinta implacables bandidos se dispusieron a obedecer las siniestras órdenes.

Aun aquellos situados en los rincones estaban preparados, a pesar de su seguridad en que el hombre encerrado en la otra habitación no llegaría nunca a la puerta.

Miguel el Rojo levantó el hacha. Cuando empezaron a retumbar los golpes, el «Hurón» se escurrió por la habitación y llegó a la puerta de la calle.

-Me voy -dijo a los que estaban allí -. No tengo armas y aquí no hago nada.

Salió al exterior y se quedó mirando por un resquicio de la puerta, observando cómo saltaba en astillas la madera, bajo los poderosos golpes de Miguel el Rojo. Pronto apareció un pequeño agujero.

El tabernero se apartó de la puerta, para inspeccionar su trabajo, en medio de un tenso silencio. Descargó otro golpe y esperó; un nuevo golpe y otra pausa.

El «Hurón» se dio cuenta de cuál era su plan. Los golpes intermitentes del hacha mantendrían al prisionero apartado de la puerta.

Un golpe más. El agujero era ya bastante grande. Miguel el Rojo retrocedió y señaló su obra con el dedo. Pedro metió el alambre y cogió el cerrojo.

Y de súbito ocurrió una cosa inesperada. Una mano salió por la abertura abierta en la puerta y arrojó un objeto en forma de tubo al centro de la habitación exterior.

Y antes de que los desconcertados criminales pudieran darse cuenta de lo ocurrido, estaban ahogándose, tosiendo y frotándose los ojos.

Una bomba de gases lacrimógenos había sido proyectada a través del agujero abierto por Miguel el Rojo; les cogió a todos desprevenidos y los dejó reducidos a la impotencia.

Los dos guardianes salieron a la calle, apartando al “Hurón” a empujones.

La maltratada puerta del cuarto interior se abrió y un hombre salió por ella.

Los toscos vestidos habían desaparecido; ya no llevaba los pantalones de dril y el sweater, sino que iba vestido con un traje oscuro y se cubría la cara con una extraña careta.

Cruzó la estancia con pasos vacilantes, empujando a los que aturdidos por el gas chocaban contra él y saltando por encima de los que yacían en el suelo.

Al llegar a la puerta de la calle tropezó, pero se rehizo y ascendió los escalones. Ganó la calle, antes que los que buscaban ciegamente una salida del cuarto lleno de gas.

El «Hurón» se pegó a la pared del edificio. El fugitivo se arrancó la máscara al salir a la calle y se alejó corriendo.

-¡Se escapa! -gritó e1 "Hurón"-. ¡Detenedle!

Los dos vigilantes, que habían escapado al sentir los primeros efectos del gas, estaban ya repuestos. Dispararon sus automáticas sobre la Sombra.

Pareció que se tambaleaba. Echaron a correr en su persecución cuando él llegaba al final del callejón.

Gee, el gangster que había salido de exploración, se interpuso en el camino del fugitivo.

-¡Detenle! -gritó el "Hurón", uniéndose a los otros en la caza.

Un golpe en el mentón derribó a Gee, y el perseguido desapareció.

El «Hurón» y los otros dos llegaron a la esquina. La calle estaba mal alumbrada. Las sombras lo invadían todo. Miraron en todas direcciones. Los dos pistoleros se separaron para continuar la caza.

Pero el «Hurón» permaneció a la entrada del callejón junto a la forma exánime de Gee. Recogió la pistola de éste, que yacía en el suelo y registró escrupulosamente la acera, junto a la pared.

Sus ojos penetrantes distinguieron una mancha oscura. Sangre.

-Está herido -murmuró-. El mejicano le debió herir con el machete y creo que también tiene un balazo. Vamos a ver si acabamos el asunto.

Un poco más lejos encontró otra mancha de sangre. Sin dejar la sombra de las casas, siguió avanzando por la calle hasta llegar a un par de escalones.

Se detuvo a escuchar. Alguien respiraba trabajosamente en la oscuridad. El «Hurón» se rió entre dientes.

-Está acabando -murmuró.

Se deslizó cautelosamente a lo largo de la pared del edificio. Tendida en los escalones advirtió una forma humana.

Levantó la cabeza y se aseguró de que la calle estaba completamente desierta. Apoyó la pistola sobre el cuerpo tendido y el dedo en el gatillo.

Unos firmes dedos le cogieron de la muñeca y el arma se escapó de su mano. Otra mano le cogió por el cuello y le hizo abrir la boca, buscando aliento en el momento en que los sentidos le abandonaban.

Una forma negra se levantó de los escalones y se alejó con pasos inciertos, deteniéndose de cuando en cuando para apoyarse contra las paredes.

Llegó a una esquina y se internó en otra calle, moviéndose siempre lo mismo, apenas visible. Sus acciones parecían débiles e inciertas, como si le faltasen las fuerzas.

Por un breve segundo apareció apoyado en el poste de un farol. Luego desapareció del todo en la oscuridad circundante.

Pero en el lugar en que se había apoyado, quedó una gran mancha de sangre, cuyo tono escarlata se destacaba sobre la acera iluminada por el farol.

CAPÍTULO XXV
MARTES. MEDIANOCHE

Harry Vincent tenía una expresión grave, cuando retiró los auriculares de sus oídos.

-Nada, Bruce -dijo.

-Son más de las once -replicó Bruce Duncan-. Deberíamos haber recibido ya algún mensaje. Ha estado usted transmitiendo toda la tarde.

-Bien, nuestra tarea está ya terminada. El último tren llegará a Culbertville muy pronto. Pero ¿qué cree usted que puede haber ocurrido? Tal vez ese aparato no funciona bien.

-Lo he probado -respondió Vincent-, y estoy seguro de que sí. Me parece saber lo que ha ocurrido, Bruce.

-¿Qué?

-Creo que fue la Sombra en persona quien nos envió anoche el último mensaje. Hasta ahora he creído que era otra persona la que operaba en la radio por él; pero las instrucciones de anoche en contestación a mis preguntas fueron tan rápidas, que estoy seguro de que él mismo estaba en el aparato.

-¿Por qué no nos ha dicho nada hoy en todo el día? No hemos salido de la casa.

-Yo me figuro lo siguiente: la Sombra sabe exactamente dónde estamos y se dirige aquí. No hay necesidad de que comuniquemos con él; las instrucciones de anoche eran terminantes. Yo dije que habíamos encontrado el lugar de la reunión y expliqué dónde está situado. No hay ninguna razón para que nos haya pasado nada desde entonces.

-Quizá debíamos haber rondado un poco la cabaña esta noche -sugirió Duncan.

-No-dijo Vincent-. Hubiéramos podido ser descubiertos. Ahora sólo tenemos una cosa que hacer. Ha llegado el momento.

Recogió la pistola de encima de la mesa. Ya tenía la lámpara en el bolsillo. Duncan subió a su cuarto, donde había dejado el arma.

Caminaron a través de los árboles hasta que distinguieron los rayos de la luz de la cabaña. Duncan había llegado hasta allí en otra exploración que hizo más temprano y también había visto la luz. Tomaron un sendero que conducía a la derecha de la casa.

-Quizá fuera mejor que nos acercásemos hasta el camino para esperar la llegada del autobús -propuso Duncan-. Entonces estaríamos seguros de la presencia de nuestro hombre.

-Está demasiado lejos -objetó Vincent.

-Podríamos seguirle hasta aquí.

-Sí, pero no podríamos vigilar la cabaña y nuestras instrucciones son vigilar el lugar de la reunión.

-Yo puedo quedarme aquí mientras usted va a la parada del autobús.

-Entonces estaríamos demasiado separados. Tengo un plan mejor que ése, Bruce. Espere aquí un minuto.

Habían pasado ya de la cabaña y su sendero se cruzaba con el que conducía desde ella hasta la carretera.

-Yo me quedaré aquí -dijo Vincent-. Usted vaya hasta la carretera y espere allí. Le verá usted venir. Quizá traiga una luz para buscar el camino. No es probable que haya estado aquí en su vida y se detendrá para buscar el sendero.

-Buena idea -convino Duncan-. Así no estaremos separados más de cien metros.

-Yo no le llamaré, a menos que sea absolutamente necesario. Voy a colocarme de manera que pueda ver bien la cabaña. Si me oye usted llamar o suena un tiro, venga corriendo. Si usted se ve apurado, haga lo mismo, pero espero que no tengamos que recurrir a esas medidas, pues darían al traste con todos nuestros planes.

-¿Qué hago cuando vea venir al hombre?

-Seguirle. Cuando vea una luz en el camino, sabré que se acerca.

-¿Y si no trae luz?

-Oiré el ruido de sus pasos. Oh, ya sé lo que piensa usted, Bruce. Quizás haya más de un hombre.

-Precisamente. No sabemos lo que va a ocurrir. Si alguien sigue al que esperamos, podría usted creer que la segunda figura soy yo.

-Bueno, pues cuando llegue usted aquí, silbe suavemente. No se acerque demasiado a él para que no pueda advertir su presencia y silbe muy bajo, pues yo estaré escuchando.

Duncan se alejó silenciosamente hacia la carretera y Vincent hacia la cabaña. Veía perfectamente el resplandor de la luz.

Una de las ventanas del frente estaba también mal cerrada. Era un descuido, pensó Vincent, pero, al fin y al cabo, por allí no pasaba nadie por la noche.

Llegó a un punto, próximo a la cabaña y se guareció entre unos arbustos. La noche era tranquila. Algunas nubes oscurecían la luna.

Vincent llevaba un reloj de pulsera de esfera luminosa, que consultaba de cuando en cuando. A las once y media pensó que el autobús estaría saliendo de la estación; llegaría a la parada antes de quince minutos.

Eran las doce menos cuarto y ningún ruido había partido de la cabaña ni del camino. Se necesitaban por lo menos diez minutos para llegar a pie desde la carretera hasta la cabaña.

Vincent comenzó a pensar en la Sombra. ¿Estaría allí también el ser misterioso que parecía vivir siempre en las tinieblas? Vincent esperaba que la Sombra se encontrase cerca.

Siempre acostumbraba hacerlo cuando se preparaba algún suceso grave. La idea era reconfortante. El y Duncan podrían necesitar su ayuda antes de que se hubiera acabado aquella aventura.

Faltaban cinco minutos para las doce. La presunta víctima debería haber llegado va. Por lo menos tendría que haber sido vista por Duncan.

Vincent consideró las posibilidades. Estaba seguro de que la hora de la reunión era la medianoche. El momento había llegado.

Sintió el deseo de acercarse a la cabaña, pero no quiso hacerlo hasta que Duncan llegase.

Faltaba sólo un minuto para las doce. Alguien se acercaba por el sendero.

Vincent estaba seguro. Oía unos pasos cautelosos y próximos. Esperó, conteniendo la respiración. A sus oídos llegó un silbido suave, casi imperceptible.

Era Duncan.

Vincent respondió con un silbido similar. Su amigo siguió la dirección del sonido y se agachó a su lado, entre las sombras de los arbustos. Vincent consultó su reloj.

¡Eran las doce en punto!

-¿Dónde está ese hombre? -murmuró.

-No lo sé -fue la respuesta de Duncan-. He esperado en la carretera hasta hace cinco minutos. Entonces he temido que hubiera podido pasar sin que yo le viera.

-Ya es la hora de la cita.

-La hora en que nosotros suponemos que es la cita; pero puede ser más tarde.

-Quizá. Lo mejor es que sigamos esperando.

-Tal vez haya llegado tarde el tren -sugirió Duncan.

-Puede ser.

-Y puede ser también que el hombre no haya venido.

-También es posible -convino Vincent.

-Mi tío, en sus instrucciones, advertía que tal, vez alguno de los interesados no se presentase.

-Ni más ni menos, Bruce.

-Lo mejor es que esperemos un poco más.

Pasaron otros quince minutos. Harry Vincent comenzó a intranquilizarse.

Bruce Duncan se dio cuenta de ello.

-Sé lo que está usted pensando, Harry -murmuró-. Quisiera usted saber lo que ocurre dentro de la cabaña. Yo pienso lo mismo. Ese hombre no ha venido y ver lo que hay en la cabaña es lo único que nos queda que hacer.

-Vamos -respondió Vincent.

Los dos jóvenes avanzaron en silencio hacia la cabaña. Llegaron al porche y, caminando a gatas, se acercaron hasta debajo de la ventana.

-Vigile -dijo Vincent-. No deje usted de mirar hacia el camino, mientras yo me asomo a la ventana.

Por el pequeño intersticio sólo se podía ver parte de una habitación vacía.

Volvió la cabeza, buscando a Duncan y vio que su compañero estaba dando la vuelta al picaporte de la puerta.

-Venga -le gritó Bruce al abrir.

Se encontraron en un cuarto grande, el único de la casa, y en el cual no vieron sino una linterna encendida encima de una caja vacía.

El descubrimiento les dejó estupefactos. La verdad acudió simultáneamente a la mente de ambos.

La cabaña estaba desierta. La linterna había sido dejada allí, adrede con las persianas mal cerradas, para despistar a los que vieran su luz desde lejos.

El astuto Bernardo Chefano había partido con su hombre mono. Sus planes eran completos y estaban destinados a desorientar a cualquiera que pudiera sospechar sus crímenes.

La cabaña no era el lugar de la reunión.

¡La cuarta víctima había caído en la trampa!

CAPÍTULO XXVI
LLAMAN A ARMA

A las cuatro de la tarde del jueves, Claudio Arma comenzó a pasearse por su despacho. El agente de seguros se alteraba muy pocas veces, pero entonces se advertía en su semblante una considerable preocupación.

No había recibido ningún mensaje de la Sombra desde el martes por la mañana.

Una cosa semejante no había ocurrido nunca durante un período de actividad. Además, no había habido respuesta para varios mensajes urgentes enviados por Arma a la oficina de la Calle Veintitrés.

Las últimas noticias llegaron a Arma el martes, por la mañana, en una carta que llevaba fecha del lunes, y en la cual se decía, sencillamente, que Vincent había comunicado directamente por radio; que había descubierto lo que estaba buscando y que Arma recibiría instrucciones el miércoles.

Pero en lugar de recibir instrucciones de la Sombra, Arma fue llamado al teléfono por Harry Vincent, desde una ciudad de Pennsylvania.

Los informes de Vincent fueron desconcertantes. No había conseguido localizar el lugar. Las cosas no le habían salido bien el martes por la noche y había perdido la comunicación por radio que había establecido.

Vincent habló con mucha vaguedad y Arma prometió contestar por carta.

Por el momento sólo pudo aconsejar a Vincent que procediera con extrema cautela en todas sus acciones. Sus últimas instrucciones fueron que comunicase con él si ocurría algo nuevo.

Arma llevó una carta, él mismo, a la oficina vacía de la Calle Veintitrés.

Tampoco obtuvo respuesta. Repitió la operación al día siguiente con el mismo resultado. Arma tenía motivo para estar preocupado. ¿Qué había sido de la Sombra?

Un recorte de periódico yacía sobre la mesa del agente de seguros. Era de un diario de aquella mañana. En él se decía que Harrison Glover, un negociante de Scranton, Pennsylvania, había desaparecido misteriosamente.

Salió de su casa el martes por la mañana, diciendo que regresaría el miércoles por la noche. No había vuelto.

Había razones importantes para que hubiera estado en Scranton el miércoles. Se había dado cuenta del hecho a la policía, que no tenía ningún indicio de lo que pudiera haber sucedido.

-El cuarto -murmuró Arma-. Vincent estaba equivocado al decir que había descubierto el lugar de la reunión. La Sombra no ha aparecido.

Era la primera vez, en la experiencia de Arma, que planes tan cuidadosamente trazados salían mal. ¿Dónde estaba la Sombra? ¿En Nueva York? ¿En otra empresa; mientras dejaba lo demás al cuidado de Vincent?

Arma movió la cabeza. Lo más probable era que la Sombra hubiera tenido algún tropiezo. El agente de seguros se secó la frente con un pañuelo.

Sonó el timbre del teléfono. Arma se puso el auricular al oído.

-¿El señor Arma? -preguntó una voz.

-Servidor.

-Soy el doctor Wells, de Nueva jersey. ¿Es usted amigo de Lamont Cranston?

-Sí.

-El señor Cranston está grave. Ha mencionado su nombre dos veces. Le agradecería que hiciera el favor de venir a casa lo más pronto posible.

-Iré inmediatamente. ¿Qué le ocurre a Cranston?

-Un accidente. Se lo explicaré más tarde. Hay un tren a las cuatro y treinta y cinco. El coche del señor Cranston irá a recogerle a la estación.

La mente de Arma trabajaba activamente mientras se dirigía a la estación.

Un accidente a Cranston, que coincidía con la desaparición de la Sombra.

No había pensado en ello antes. Los incidentes de su última visita a casa del millonario volvieron con gran viveza a su memoria.

El médico salió al encuentro de Arma en el vestíbulo de la residencia de Cranston. Condujo al agente de seguros a una habitación, donde se les reunió Richards, el criado del millonario.

-El señor Cranston está durmiendo ahora -explicó el doctor Wells-, y es mejor que no le molestemos. La cosa ha sido muy seria. En la casa sólo había sirvientes; desde luego Richard es un hombre muy útil; las circunstancias son extraordinarias, y cuando he oído a Cranston pronunciar su nombre, he interrogado a Richards, quien me ha dicho que son ustedes antiguos amigos y me he tomado la libertad de llamarle.

-Me alegro mucho de que lo haya usted hecho -replicó Arma-. Hagan el favor de explicarme lo ocurrido.

-Debe usted considerar lo que le diga como estrictamente confidencial -añadió el doctor.

-El señor Arma -intervino Richards-, ha tenido tratos con el señor Cranston durante varios años. Son muy buenos amigos y puede usted tener confianza en él. Estoy seguro de que el señor Cranston quería que viniese cuando pronunció su nombre esta mañana.

-Guardaré el secreto más absoluto -prometió Arma.

-Está bien -dijo el médico-. Explique usted lo que sabe, Richards.

-El lunes por la mañana -comenzó a decir el criado-, el señor Cranston subió a la habitación de la torre, donde tiene una estación de radiotelegrafía. La radio es una de sus pasiones. Estuvo enviando y recibiendo mensajes hasta las nueve. Entonces salió apresuradamente de la casa. Había dispuesto que Stanley, el chófer, tuviera el coche preparado. Yo estaba en la puerta cuando partió y le oí como decía a Stanley que le llevase lo más deprisa posible a Nueva York.

-Yo he interrogado a Stanley -interrumpió el doctor-, y su historia coincide con lo que cuenta Richards.

-Stanley se detuvo con el coche en la Calle Cuarenta y ocho -continuó diciendo Richards-. Siempre se detiene en el mismo lugar. El señor Cranston deja allí el coche y vuelve por él al mismo sitio. El martes por la noche se acercó un taxi adonde estaba esperando Stanley. Eran cerca de las dos de la madrugada. El señor Cranston salió del taxi y entró en su automóvil. Stanley tenía la puerta abierta mientras y dice que su señor tropezó al entrar, pero que no le dio importancia. El señor Cranston le dijo a Stanley que regresase a toda velocidad a casa. Cuando llegaron yo estaba despierto, pero los demás sirvientes se habían acostado ya. Oí que se aproximaba el coche y bajé para abrir la puerta. Vi a Stanley apearse y abrir la portezuela del coche. Pero el señor Cranston no apareció. Bajé los escalones de la puerta y me acerqué a Stanley. Los dos miramos el interior del coche y por el momento pensamos que estaba vacío. Al encender la luz vimos al señor Cranston tendido en un rincón. Tenía la camisa y el chaleco abiertos y llenos de sangre. Cuando entre Stanley y yo le metíamos en casa, creí que estaba muerto. Llamé al doctor Wells, que vino inmediatamente. El estado del señor Cranston me pareció muy grave.

-Tenía cuatro heridas de arma blanca y una bala en un costado -anunció en este punto el médico-. Una de las heridas, la del hombro izquierdo, tenía muy mal aspecto. La bala nos

ha dado también mucho que hacer. El caso era grave, pues, evidentemente, el señor Cranston recibió las heridas varias horas antes de mi llegada. La pérdida de sangre le tenía muy postrado.

-Al principio -continuó explicando Richards-, creí que había sido herido en el coche, cuando se dirigía hacia aquí. Pero las ventanas estaban cerradas y Stanley declaró que no podía haber ocurrido nada en el camino. El hecho de que tropezase al entrar en el coche, parece indicar que ya estaba herido entonces y el doctor Wells dice que las lesiones debió de recibirlas a primeras horas de la noche. Pero no comprendo por qué no se lo dijo a Stanley.

-Cuando yo llegué -dijo el doctor-, estaba sin conocimiento y después de curarle las heridas tuvo un acceso de delirio. No decía nada coherente. Llegué a temer por su vida, pero su resistencia es maravillosa. Estuvo entre la vida y la muerte el martes y el miércoles. El jueves mejoró un poco, y esta mañana ha podido hablar de una manera comprensible. Entonces es cuando ha mencionado su nombre dos veces.

-Y habló como si quisiera verle a usted -agregó Richards.

-¿En qué estado se encuentra ahora? -inquirió Arma, con ansiedad.

-Mejora rápidamente -declaró el doctor Wells.

-¿Cuándo podrá levantarse?

-No puedo decirlo. Será cuestión de algunas semanas.

Arma contuvo un gemido.

-Depende, en gran parte, de cómo se encuentre al despertar -explicó el médico-. Las heridas cicatrizan bien. Lo que más nos ha molestado ha sido la fiebre, y espero que remita ahora que duerme tranquilamente. Si cesa, se podrá levantar dentro de un par de días. Quizá mañana. Si continúa, puede tardar aún muchos días en poderse mover.

-Esperaré hasta que despierte -declaró Arma.

-He querido hablar con algún amigo de Cranston referente a este asunto -continuó el doctor-. ¿Qué debo hacer? No he querido dar cuenta a la policía.

-No lo haga -dijo prontamente Arma-. Fue herido en Nueva York y estamos en Nueva jersey. Es mejor no decir nada.

-A pesar de todo, habría que hacer algo para encontrar a los causantes de las lesiones que sufre Cranston. -El doctor insistía y Arma pensaba febrilmente.

-Dejemos que sea él quien tome la decisión -propuso-. Él sabe lo que ocurrió y dónde ocurrió. ¿Ha dicho alguna cosa que pueda servirnos de indicación?

-Ni una palabra.

-Puesto que el suceso ocurrió el lunes por la noche -dijo Arma-, creo que lo más prudente será dejarlo como está, por e1 momento. Puesto que me llaman ustedes como amigo del señor Cranston, les digo que estoy seguro de que él estará de acuerdo con lo que yo haga.

Arma cenó con el doctor Wells, y Richards le informó algo más tarde de que Cranston había despertado. Subieron a la habitación y el millonario herido les saludó con una débil sonrisa.

-Arma -dijo.

El agente de seguros se sentó al lado de la cama.

-No le deje hablar mucho -murmuró el médico-, ni le diga nada que pueda preocuparle.

-¿Cómo siguen las cosas? -preguntó el herido.

-Muy bien -replicó Arma.

La cabeza se volvió y dos ojos escrutadores clavaron en Arma una mirada que hizo estremecer al agente de seguros.

-Arma -siguió diciendo el millonario, con voz lenta-, en un bolsillo de mi chaleco encontrará usted un trozo de papel. En él hay apuntado un número de teléfono. Llame y diga al hombre que le responda que no me encuentro bien y que deseo que venga. Es un radiotelegrafista y quiero que se haga cargo de mis aparatos.

Lamont Cranston cerró los ojos.

-Ese hombre -continuó-, es un antiguo amigo mío, un amigo a quien usted no conoce. Le diré que le escriba, para asuntos de seguros y otras cosas. Asegúrese de que viene y no deje de contestar a las cartas que pueda escribirle.

El millonario cesó de hablar. Pareció quedarse medio dormido.

-Salga -murmuró el doctor Wells.

Arma encontró el trozo de papel en el bolsillo del chaleco. Llamó al número. Una voz grave le replicó. Arma explicó la situación.

-Iré esta noche -aseguró la voz-. Antes de dos horas llegaré ahí.

Mientras regresaba a Nueva York, en el coche de Cranston, el señor Arma no podía apartar el pensamiento de aquella llamada telefónica.

La voz que le había respondido le era familiar. Hubiese dado cualquier cosa por conocer al hombre con quien había hablado.

El recado había aliviado las preocupaciones de Arma, no a causa de la voz, sino de la llamada en sí. Arma poseía una memoria notable para los números de teléfono.

Y el número a que había llamado era el mismo que le dio a Harry Vincent la noche en que éste fue a vigilar la casa de Isaac Coffran.

CAPÍTULO XXVII
NUEVOS DESCUBRIMIENTOS

Harry Vincent y Bruce Duncan estaban desayunando, Ambos se miraban sombríamente.

-El martes se acerca -observó Vincent.

-¿Por qué me lo recuerda usted? -replicó Bruce-. Si no hacemos más de lo que hemos estado haciendo durante los tres últimos días, el martes puede llegar y pasar sin que signifique gran cosa para nosotros.

-¿Qué podemos hacer? Hemos perdido contacto por radio y tenemos orden de ser cautos. No podemos pasearnos por los bosques sin excitar sospechas.

-¿Envió usted anoche algún mensaje por radio?

-Sí; y estuve esperando inútilmente hasta las diez.

-Ayer por la mañana, cuando estuvo usted en la ciudad, recibió usted una carta. ¿De quién era?

-De Arma. Decía sencillamente que siguiéramos escondidos. Creo que ha ocurrido algo grave, Bruce. Hoy es sábado y estamos sin hacer nada desde el martes por la noche. No sé por qué, me parece que le ha ocurrido algo a la Sombra.

-Quizás haya tenido algún tropiezo. No tendría nada de extraño, dadas sus costumbres. La noche en que me sacó de casa de Isaac Coffran, por ejemplo, se arriesgó mucho.

-La Sombra siempre se arregla para salir adelante con todo. Pero esta vez las cosas tienen un cariz feo. Voy a bajar hasta el pueblo a ver si encuentro alguna otra carta de Arma. A menos que se nos den pronto instrucciones precisas, tendremos que proceder por nuestra cuenta.

Bruce Duncan permaneció algún tiempo pensativo.

-Harry -dijo al cabo-, no podemos habernos equivocado mucho respecto de la situación del lugar de la cita. El conductor del autobús nos ha dicho que el martes por la noche se detuvo en aquel sendero para que se apease un hombre. La única razón de que no hayamos encontrado el lugar es que no lo hemos buscado.

-De acuerdo, Bruce, pero si nos encontramos con Chefano otra vez, nuestro juego quedará descubierto.

-Si tuviéramos un avión podría volar sobre la localidad y hacer muchas observaciones. Desde arriba se ven muchas cosas.

Vincent hizo una mueca de desaprobación.

-¿Y qué pensaría Chefano si viera un avión dando vueltas por encima de su cabaña? Pero, espere. Me ha dado usted una idea. ¿Conoce usted esa montaña que hay detrás de la casa?

-Sí.

-Cuando estuve en el pueblo ayer, vi que uno de los vecinos se la estaba enseñando a un forastero. Le decía que hay un camino hasta la cúspide y que hay en ella un claro donde se puede ver todo el valle. Eso es mejor que un avión.

-Estaremos demasiado lejos para ver nada.

-No, si tuviéramos unos buenos prismáticos. Iremos al pueblo a ver si podemos encontrarlos.

Tuvieron suerte en la pequeña localidad. Josh Stevens tenía en venta unos magníficos prismáticos.

-Me los pidieron hace dos años y cuando llegaron, el cliente había salido de la población -explicó el tendero.

El correo de la mañana no trajo ninguna carta de Arma. Vincent y Duncan emprendieron el ascenso a la montaña.

El sendero era frecuentado por muy poca gente. La subida no era difícil.

Los dos jóvenes llevaban polainas de cuero y largos bastones.

Encontraron que la cima de la montaña constituía una excelente atalaya. En poco tiempo localizaron el tejado de su casa. La cabaña de Wilkinson no podía ser vista, pues la ocultaban los árboles.

-Eso es lo malo -observó Bruce-. Que miramos en diagonal. Ni siquiera puedo ver la carretera.

-Se ve una parte.

-Sí. Mire allí, Harry. ¿Qué es aquello?

Vincent graduó los prismáticos.

-Parece un montón de ruinas -dijo-, con un edificio blanco al lado.

Duncan tomó los prismáticos para mirar.

-Es una casa de piedra -declaró-. Allí ha habido un fuego. Sólo queda el piso bajo. Lo que no sé es lo que pueda ser el edificio blanco.

Harry sacó un periódico del bolsillo.

-Quizá lo encontremos aquí -afirmó-. Es un número atrasado del periódico de Culbertville. Hace algunos días estuve en su redacción, haciendo algunas investigaciones. Les dije que estaba interesado en esta parte del país y me prometieron conseguir este número atrasado, en el que hay un artículo que se refiere a la localidad. Lo he recogido esta mañana, después de salir de correos. Me lo guardé en el bolsillo y se me había olvidado.

Encontró el artículo deseado y cuando había leído hasta la mitad, su cara reveló un súbito interés y dijo:

-Aquí está, Bruce.

-Léalo -invitó su compañero, sin dejar de mirar por los prismáticos.

Vincent leyó:

«No lejos de Culbertville está la casa Marsden, que es ahora un montón de piedras ennegrecidas. Fue construida sobre los cimientos de una antigua iglesia menonita, abandonada desde muchos años antes. Hace unos cincuenta años, Harper Marsden, un excéntrico vecino

de Culbertville, compró un trozo de terreno contiguo a la vieja iglesia y se construyó en él una residencia.

»El primer piso era de piedra y construido sobre unos sólidos cimientos con grandes sótanos, pero los pisos superiores eran de madera. El edificio se levantaba junto al antiguo cementerio, que era lo único que quedaba después de la desaparición de la iglesia.

»Harper Marsden vivió allí durante varios años. Era soltero y rico y parecía hallarse encantado de su triste residencia. Dijo que sería su tumba y se mandó construir un mausoleo junto a la casa. La profecía de que seria enterrado allí se cumplió, pero no de la forma que él esperaba. La casa fue destruida por el fuego y Harper Marsden pereció entre las llamas. Su cuerpo no pudo ser hallado; probablemente quedó pulverizado entre las piedras de la pared posterior de la casa, que se fundieron en el incendio.

»Desde entonces nadie ha intentado restaurar la finca. La parte anterior del sótano no fue destruida por el fuego y queda aún cubierta por el primer piso. Cuando se registraron las ruinas, con la esperanza de encontrar el cuerpo de su propietario, dos hombres fueron heridos por las piedras que se desprendieron y desde entonces todo el mundo evita el lugar, que se considera peligroso. »Un camino conducía hasta la casa desde la carretera principal, pero ahora ha caído en desuso y es poco más que un sendero. La reja de hierro que construyó Harper Marsden aún rodea la propiedad e incluso el cementerio.»

Bruce Duncan seguía estudiando el paisaje cuando Vincent dejó de leer y no daba muestras de haber oído una sola palabra.

-¿Quiere usted que lea otra vez? -le preguntó Harry.

-No -replicó Duncan-. Lo he oído todo; por eso estoy tan interesado en lo que veo. Estoy mirando al viejo cementerio.

-¿Lo ve usted desde aquí?

-Sí; a la izquierda del mausoleo. Las piedras de las tumbas parecen ladrillos grises. Hay un hombre sentado en una.

-¿Qué?

-Que hay un hombre sentado en una de ellas -repitió Bruce-. Un hombre sentado en una tumba. Se le ve muy pequeño, aun con estos prismáticos. Ahora se levanta.

-Déjeme mirar.

-Todavía no, Harry. No quiero perderle. Ahora pasa junto al mausoleo y echa a correr hacia las ruinas. ¡Harry, es el hombre de la cara de mono!

Vincent se apoderó de los prismáticos, pero lo que buscaba había desaparecido cuando pudo mirar por ellos.

-¿Está usted seguro, Bruce?

-Completamente seguro -declaró Bruce-. ¿Recuerda usted cuando salió corriendo aquel día, después de atacarnos? Parecía que se deslizaba sobre el suelo. Acabo de reconocer aquella manera de andar.

-Veo un hombre a la puerta del edificio -dijo Vincent-. Un hombre que lleva una camisa gris. Cuando vimos a Chefano llevaba una camisa gris de franela. Quizá sea Chefano. Ya se ha ido.

Estuvieron vigilando por turno a través de los prismáticos; pero ninguno de los dos pudo distinguir ningún movimiento en los alrededores del viejo edificio.

-Ese es sin duda el lugar de la cita -declaró Duncan, cuando descendían por el sendero.

-Ese viejo sendero debe de estar cerca del que conduce a la cabaña de Wilkinson. Hemos pasado junto a él sin verle; por eso es por lo que no vimos la otra noche a aquel hombre. Si hubiéramos esperado en la parada del autobús lo hubiésemos visto.

Cuanto más consideraban el asunto, mayor seguridad tenían de haber encontrado el lugar que buscaban. Por fin encontraron el camino abandonado que mencionaba el periódico.

Acercándose con precaución, llegaron hasta la cerca de hierro, formada por barras altas, terminadas en agudas puntas.

-¡Alto! -murmuró Vincent-. Mire usted a lo largo de la verja.

Al otro lado estaba el hombre de la cara de mono. Con sus manos como garras asía las barras de hierro. Volvió la cabeza y vio a los dos hombres en el sendero.

Con un feroz gruñido, corrió a lo largo de la cerca hasta colocarse frente a ellos.

-Vámonos -exclamó Vincent- Chefano puede llegar cuando menos lo esperemos.

Duncan volvió la cabeza mientras corría. El hombre de la cara de mono era, evidentemente, un ser humano. Iba vestido con ropas viejas.

De vuelta en su alojamiento hablaron de sus descubrimientos, al mismo tiempo que Vincent enviaba un mensaje por radio. Declinaba la tarde y era la hora de enviar mensajes, aunque no hubiera esperanza de obtener respuesta.

-El hombre mono está bien guardado detrás de aquella verja -dijo Duncan-. Por eso es por lo que Chefano le tiene allí ahora. Supongo que antes vivía en la cabaña de Wilkinson, para estar al lugar de la cita solamente los martes por la noche, pero después de lo ocurrido el otro día, se trasladó allí definitivamente. No creo que en realidad sospeche de nosotros. Nuestra contienda con el hombre mono fue a todas luces accidental. El trasladarse ha sido simplemente una medida de prudencia.

-¿Ha visto usted las puertas de la verja? Estaban cerradas y sujetas con una cadena. Aquélla debe de ser la entrada a la finca. Los martes por la noche la dejarán abierta.

Cesaron en sus comentarios cuando Vincent se ajustó el casco con los auriculares. Ambos amigos encendieron cigarros.

Vincent se enderezó de súbito en su silla. Escuchó durante un minuto y luego se lanzó sobre el transmisor.

-¡Una respuesta! -exclamó-. ¡Por fin!

Con los ojos fijos en la clave, comenzó a maniobrar rápidamente con el transmisor, dando cuenta de sus nuevos descubrimientos.

CAPÍTULO XXVIII
LA QUINTA VICTIMA

A la una de la tarde del martes, Harry Vincent y Bruce Duncan estaban comiendo en el restaurante de Culbertville. Ocupaban su mesa acostumbrada junto a la ventana.

Hablaban en voz baja, pues había otros comensales en el comedor.

-Esta noche -decía Vincent-, tendremos una nueva oportunidad. Confiemos en poderla aprovechar mejor que la semana pasada.

-Nuestras órdenes son las mismas -replicó su compañero-. Vigilar el lugar de la reunión e interceptar el paso a la quinta víctima.

-Sí, pero ahora estamos seguros de haber hallado el lugar de la cita.

-Lo mismo pensábamos el martes pasado.

-¿Cree usted que estamos equivocados esta vez?

-No olvide usted una cosa, Harry Chefano es más listo que el mismísimo diablo. Quizá se está riendo de nosotros en este mismo instante.

Vincent movió la cabeza.

-No tenga usted cuidado, Bruce. Ahora estamos en lo cierto. Nuestra única preocupación es cómo salir de la aventura. Pero creo que todo marchará bien. Esta noche recibiremos nuestras últimas instrucciones.

-El martes pasado, cuando más las necesitábamos, no las recibimos.

-Algo extraordinario había ocurrido entonces. La Sombra esperaba encontrarse aquí; por lo menos, esa es mi opinión. Pero no pudo llegar.

-Tal vez ocurra lo mismo esta noche.

Harry Vincent no replicó.

-Supongamos -continuó Bruce Duncan-, que no recibimos más instrucciones. ¿Qué hacemos cuando llegue ese hombre? ¿Seguirle o prevenirle?

-Seguirle, desde luego -repuso Vincent,

-Sería mejor prevenirle -comentó Bruce.

-Imposible -declaró Vincent-. No podemos hacer eso en la oscuridad. Tenga usted en cuenta que cada uno de esos hombres viene al lugar de la casa guardando el mayor secreto. El que ha de llegar esta noche desconfiará de todo hasta que llegue a su destino final. Si apareciésemos en medio del camino para hablarle, nos miraría como a enemigos.

-Podríamos esperarle aquí, en la estación.

-Sería mejor, pero aun en ese caso desconfiaría. Y, sobre todo, nuestras órdenes son terminantes. Tenemos que comenzar a vigilar antes de la medianoche y no podemos estar aquí y en las ruinas al mismo tiempo.

Bruce Duncan se encogió de hombros. No tenía tanta fe como Vincent en la sabiduría de la Sombra.

Cierto que debía su propia vida a la oportuna intervención de ésta en casa de Isaac Coffran, pero el fracaso de la semana anterior había enfriado algo su entusiasmo.

Un tren entró en la estación y se detuvo. Era el correo de la tarde, de Harrisburg. Bruce Duncan observó a los pocos pasajeros que descendieron.

Uno de ellos era un hombre macizo y de color subido, que permaneció en el andén mirando en torno suyo con curiosidad.

Duncan se puso a observar al forastero, que se acercó al conductor del autobús y estuvo conversando con él durante un minuto. Luego cruzó a su vez la calle y se acercó también al conductor del autobús.

-¿Viene usted con nosotros? -le preguntó éste.

-No; tenemos aquí nuestro coche. Sólo me he acercado a hablar un rato.

-Me parece que esta noche tendré otro pasajero que se apeará en aquel sendero en medio del camino. Ahora viene uno todas las semanas.

-¿Para el último viaje?

-Sí. Hace un momento se me ha acercado un individuo para preguntarme a qué hora sale el último coche. Me ha dicho que se quería detener en el mismo sitio que los otros.

-¿Le conoce usted?

-No le he visto en mi vida. Hablaba con acento inglés. No parece conocer este país. Ahora ha ido a dar un paseo para conocer la ciudad. No creo que encuentre mucho que ver por aquí. Mejor sería que siguiera su viaje y se entretuviera paseando por los bosques.

El conductor se despidió. Subió a su asiento y arrancó el vehículo.

Harry Vincent bajó el periódico y vio que Bruce Duncan no estaba sentado en su sitio. Miró por la ventana en el momento en que Duncan decía adiós al conductor del autobús y se acercaba de nuevo a él.

-¿Qué pasa, Bruce? -preguntó-. No le he visto a usted salir del restaurante. ¿Qué estaba usted hablando con ese hombre?

Bruce explicó a Harry lo ocurrido.

-¡Apuesto a que ése es nuestro hombre! -exclamó Vincent-. Quizá ha llegado con anticipación. ¿Dónde se ha metido?

-No lo sé, pero no puede estar muy lejos. Vamos a visitar las tiendas; tal vez le encontremos en alguna.

Descubrieron al inglés en el estanco de la esquina. Estaba hablando con el dependiente. Vincent compró cigarrillos y ambos amigos se entretuvieron para escuchar la conversación.

-No sé dónde podrá usted encontrar un automóvil por aquí -decía el dependiente, dirigiéndose al inglés.

-Sólo deseo hacer un viaje corto -dijo éste-, y he pensado que podría alquilar un coche. Me han dicho que el paisaje de este distrito es muy hermoso, y quisiera dar un paseo por las montañas.

-Nosotros vamos por ese camino -dijo Vincent, interviniendo en la conversación-. Si quiere usted acompañarnos, le ofrecemos con gusto nuestro coche.

-De buena gana aceptaría su invitación -repuso el inglés-, pero no quisiera causarles ninguna molestia. -El inglés estudiaba a los dos jóvenes mientras hablaba-. Quisiera regresar al pueblo esta misma noche, pues de otra manera hubiera tomado un asiento en el autobús; pero me han dicho que no vuelve hasta última hora de la noche.

-Nosotros tenemos que regresar al pueblo en seguida -afirmó Vincent-. Vivimos en una casa que está a varias millas de aquí. Pensamos llegar hasta allí y estar de vuelta antes de cenar. Sería un placer para nosotros hacerle compañía.

Este argumento persuadió al inglés. Salió de la tienda con Bruce y Harry, pero insistió en sentarse en la parte posterior del coche, para apreciar mejor el paisaje, según dijo. Vincent condujo despacio por la carretera.

Al acercarse a la falda de las colinas, Vincent comenzó a observar al inglés por medio del espejo. Advirtió que buscaba algo con la vista y siguió conduciendo a una velocidad moderada.

Cuando pasaron por el sendero que conducía a las ruinas, el inglés se volvió para mirarlo, y permaneció así hasta que doblaron la curva siguiente.

Vincent siguió hasta que llegaron a su alojamiento e invitó al inglés a entrar en él. El invitado miró con curiosidad la instalación de radio.

-Una emisora -dijo-. Muy interesante.

-Sí -contestó Vincent-. Somos aficionados a la radio y éste es un buen sitio para hacer experimentos.

-No vivirá mucha gente por aquí, supongo.

-Muy poca. En los bosques hay algunas cabañas deshabitadas. Más allá hay unas ruinas desiertas de una antigua casa.

-Es curioso. Las ruinas me han interesado siempre. He visto muchas en Inglaterra y en toda Europa.

-¿En Rusia? -preguntó Bruce Duncan, de repente.

El inglés miró fijamente a Duncan y luego volvió a asumir su indiferencia habitual.

-Sí, también he estado en Rusia -confesó.

-Y por eso es por lo que está usted aquí ahora -añadió Vincent.

Una curiosa expresión apareció en la cara del inglés. Por un momento pareció alarmado.

-No entiendo -dijo.

A Bruce Duncan no le cabía ya la menor duda de que el inglés era la quinta víctima.

-¿Por qué ha venido usted tan temprano? -preguntó-. No se le espera hasta medianoche.

El inglés no replicó. -Pero nos alegramos de que haya usted venido temprano -prosiguió Duncan-. Le esperábamos para prevenirle. ¿No ha sospechado usted nada al recibir aviso de llegar antes de la fecha convenida?

En la cara del inglés apareció ahora una expresión de alarma.

-Me llamo Bruce Duncan -prosiguió el joven-; soy sobrino de Harvey Duncan, uno de los siete hombres que habían de reunirse en esas ruinas. Mi tío murió. Tenía la lista de los otros seis hombres, pero me la robaron después de su muerte. Cuatro de aquellos hombres han sido desde entonces atraídos a una emboscada y muertos en ella. Usted había de ser la quinta víctima.

El inglés se dejó caer en una silla. No dudaba de que Bruce Duncan estaba diciendo la verdad. Estaba anonadado.

-Un impostor -agregó Duncan-, está asumiendo el papel de mi tío. Ha robado la prenda que ha de identificarle como el designado para recibir la riqueza que han de enviar de Rusia. Pero sabía que otros seis hombres estarían presentes en la fecha designada. Matándolos puede guardar el secreto y apropiarse del dinero que les pertenece a ellos. Ha trazado un plan diabólico para irlos haciendo venir uno por uno, con una semana de intervalo. Nosotros tratamos de frustrar sus planes.

El inglés se levantó de la silla, súbitamente alerta y animado. Tendió la mano a Bruce Duncan.

-Soy Hubert Weston -dijo-. Fui comandante en el ejército británico durante la guerra. Estuve en Rusia, antes de la revolución y tuve ocasión de salvar la vida al príncipe Samanov, uno de los generales del zar. Le prometí que obedecería cualquier llamada que procediera de él o de la persona a quien él designase. La prueba de su identidad sería la marca de su sello.

El inglés sacó un papel doblado del bolsillo. Era un mensaje en el que se determinaba la hora de la cita y se daba la dirección de las ruinas, con instrucciones precisas para poder llegar a ellas antes de medianoche.

-La fecha está fijada de mañana en ocho días -observó Duncan, al ver la fecha del mensaje.

-Así es -convino el comandante Weston-. Pero yo no tenía idea de que se esperase a nadie más y me hubiera sorprendido encontrar a otros viajeros con el mismo destino, mientras que me hubiera parecido muy natural llegar solo.

Duncan estaba estudiando el sello que aparecía al pie del mensaje. Weston colocó otra hoja de papel al lado de la primera.

-Después recibí este mensaje -añadió-. La impresión del sello es igual a la primera, pero por lo que usted me dice, debe de ser una hábil imitación. No es difícil duplicar un sello después de haber visto la impresión original.

La segunda nota estaba escrita con una letra que se parecía mucho a la primera. En ella se decía que la fecha de la cita había sido alterada.

-La nueva fecha es para esta noche -observó Duncan.

El inglés miró a Harry Vincent, que estaba trabajando en el transmisor de la radio. Mientras Vincent enviaba sus mensajes, Duncan explicó la situación, relatando sus propias aventuras y la parte importante que la Sombra desempeñaba en aquellos asuntos.

-¡Maravilloso! -exclamó el comandante, entusiasmado-. Le debo mucho, Duncan, por haber venido así en mi auxilio, y estoy completamente dispuesto a confiar en su buen juicio. Me alegro de haber sido prevenido de antemano y convengo en amoldarme a las instrucciones que reciban ustedes por radio.

Harry Vincent hacía mucho tiempo que había enviado su mensaje, y con el casco puesto y el lápiz en la mano escribía rápidamente la respuesta que estaba recibiendo.

-Tengo instrucciones completas -anunció-. Con la llegada del comandante Weston es innecesario que vigilemos las ruinas. Hemos de permanecer aquí otra semana. Lo más probable es que el sexto llegue aquí el martes próximo. Tenemos que interceptarle también, si es posible. Sabemos ahora que el ruso ha de llegar del miércoles en ocho días, que es la noche que tendremos que atacar.

-Pero, ¿y esta noche? -objetó Duncan-. ¿No sospechará algo Chefano cuando vea que no llega el comandante Weston?

-Eso está previsto en el mensaje -replicó Vincent-. El que uno de los llamados no se presente no querrá decir nada para Chefano. No tiene pruebas de que el comandante Weston haya recibido los mensajes que le envió, ni de que piense asistir a la cita. Un hombre menos significa un crimen menos. Seguramente esperará a que llegue el ruso. El plan dispuesto por la Sombra protege al comandante Weston,

El tono de Harry Vincent era terminante. Pero el plan no satisfizo a Bruce Duncan. Miró a Weston y vio con sorpresa que el inglés se inclinaba del lado de Vincent.

-Estoy de acuerdo -dijo-. Con gusto esperaré con ustedes hasta la noche de la cita; sólo tengo una demanda que hacer: quiero acompañarles esa noche.

CAPÍTULO XXIX
LAMONT CRANSTON DESAPARECE

El doctor Wells estaba muy satisfecho por el estado de su paciente, Lamont Cranston.

-Ha mejorado usted rápidamente -le decía desde los pies de la cama-. Rara vez he visto un caso de tan rápida convalecencia.

-Magnífico -repuso el millonario, que estaba recostado sobre un montón de almohadas-. ¿Cuándo podré levantarme?

-En realidad ya se ha levantado usted. Hoy ha paseado por la habitación. Pero no debe usted tratar de hacer nada por algún tiempo. Hoy es martes. Hace una semana que fue usted herido. Esperaremos al martes próximo para que pueda usted salir de casa.

-Está bien -convino el millonario con un bostezo.

-¿Ha vuelto por aquí el señor Arma? -inquirió el médico.

-No; sólo estuvo cuando le llamó usted la semana pasada. Burbank se ha comunicado con él.

-¿Burbank? ¡Ah! El radiotelegrafista. No le he visto aún.

-Pasa la mayor parte de su tiempo arriba. La radio es una de mis pasiones y hago experimentos con frecuencia. Estoy satisfecho al pensar que mi trabajo continúa, a pesar de que yo no pueda atenderlo personalmente.

-A fines de esta semana podrá usted hacer algo -le prometió el doctor.

-Hoy me siento capaz de hacer cualquier cosa, incluso salir a la calle.

-Olvide esa idea -ordenó el doctor Wells.

La puerta del cuarto se abrió y entró un joven de cara muy solemne y modales reposados. Atravesó la habitación y dio una hoja de papel a Cranston.

-Este señor es Burbank -explicó el millonario-. El doctor Wells, Burbank.

Cranston leyó el papel. Luego lo dejó sobre la cama, cerró los ojos y pareció sumirse en una profunda meditación.

El doctor Wells vio el papel. En él había trazado una serie de puntos y rayas, una clave radiotelegráfica.

-¿Cuándo ha llegado esto? -inquirió Lamont Cranston.

-A las tres -replicó Burbank-. Lo acabo de recibir.

-Déjeme su lápiz.

El millonario comenzó a escribir rápidamente al otro lado del mismo papel.

En él había trazado una serie de puntos y rayas, una clave radiofonía de cuando en cuando, como inspirado por un súbito pensamiento y luego continuaba trazando puntos y rayas. Entregó el papel a Burbank.

-Envíe esto -dijo.

El doctor Wells creyó advertir que el herido estaba cansado al apoyar la cabeza sobre la almohada.

-No haga usted ningún trabajo mental. Sería casi tan peligroso como la actividad física. Le aconsejo que deje sus experimentos de radio por unos días.

Lamont Cranston se puso, al parecer, a pensar en el asunto. El doctor Wells se volvió a Richard, que acababa de entrar. -Richards, confío en que usted tendrá cuidado de que el señor Cranston no haga nada que pueda perjudicar su salud. ¿Ha realizado muchos esfuerzos mentales en relación con sus aparatos de radio?

El sirviente vaciló, mirando a su señor.

-Dile la verdad, Richards -aconsejó Cranston con una sonrisa.

-Bien -admitió el criado-; ha visto varias veces al señor Burbank y parece que con eso se ha animado: pero a veces parece estar muy cansado.

-Eso es muy perjudicial -dictaminó el médico-. Tiene usted que olvidar la radio hasta fines de esta semana. No creo que sea conveniente que Burbank permanezca aquí.

El herido llamó a Richards con un gesto de cansancio.

-Tráeme una hoja de papel y mi estilográfica verde. Un sobre, también. Recuerda que ha de ser precisamente la pluma verde.

Richards le entregó los objetos pedidos.

-Ahora, Richards -dijo, comenzando a escribir lenta y trabajosamente-, di al señor Burbank que venga.

Lamont Cranston estaba cerrando el sobre cuando llegó el radiotelegrafista.

-¿Ha llegado alguna respuesta al último mensaje? -preguntó el millonario.

-Sí -respondió Burbank-. Aquí está.

Mostró un papel en el que había escritos algunos signos. Cranston sonrió.

-Está bien. -Escribió una breve respuesta-. Envíe esto. Será el último mensaje. ¿Tiene usted aquí su coche?

-Sí.

-Cuando haya usted enviado ese mensaje, saque su coche del garaje. Puede usted llevar al doctor Wells a su casa, con lo cual Stanley se ahorrará un viaje. Ya no le necesito, Burbank. Cerraremos la estación hasta el domingo. Llévese usted esta carta para Arma.

Richards ayudó al herido a retirar de debajo de su cabeza la pila de almohadas. Lamont Cranston se volvió de lado y cerró los ojos. Los últimos esfuerzos parecían haber agotado todas sus fuerzas.

-Eso es lo mejor que puede usted hacer -dijo el médico-. Necesita usted mucho descanso, pues apenas ha comenzado a recobrar las fuerzas. Cuento con que Richards tenga cuidado de no dejarle cometer excesos en estos días.

El doctor Wells cerró las cortinas de las persianas e indicó a Richards y a Burbank que saliesen con él de la habitación.

A la puerta se volvió para mirar a su paciente. Estaba inmóvil y con los ojos cerrados; seguramente dormido, pensó.

Un minuto después de haberse cerrado la puerta, Lamont Cranston se sentó en la cama. Su cuerpo se estremecía con una risa silenciosa.

Se deslizó en silencio del lecho y se acercó al ropero. Sacó de él algunos vestidos y se los puso con asombrosa rapidez.

De un cajón de la mesa sacó algunas cosas, un pequeño estuche de herramientas, una pistola automática, una lámpara de bolsillo y una cartera muy abultada.

Se acercó en silencio a la ventana. La abrió sin hacer el menor ruido.

Unos diez minutos después de haber dejado el doctor Wells a su paciente al parecer dormido, Burbank descendió de la torre. Sacó su coche del garaje.

El médico se reunió con él a la puerta de la casa. El silencioso radiotelegrafista condujo al doctor a su casa, que no estaba muy lejos.

El médico se felicitaba cuando subía las escaleras de su residencia; había manejado a un paciente difícil de la manera más satisfactoria.

-Debe descansar -murmuraba-. Me alegro de que al fin se haya decidido a seguir mis consejos. Se durmió como un niño. Creo que ha recobrado sus fuerzas y, sin embargo, el menor esfuerzo le cansa. No creo que fuera capaz de bajar solo las escaleras.

Al doctor no se le ocurrió observar cómo se alejaba el coche de Burbank por la ancha calle. De hacerlo habría descubierto una cosa que le hubiese dejado atónito.

Cuando el coche se detuvo una manzana más arriba para esperar a que le dejasen el paso libre, la cubierta del asiento posterior del coupé se abrió ligeramente como si alguien estuviera mirando desde dentro para asegurarse de que no había nadie cerca.

Luego la cubierta se abrió un poco más, y en el momento mismo en que Burbank reanudaba la marcha, un hombre vestido de oscuro se levantó y saltó ligeramente a la calle. Con rápidos pasos ganó la acera y prosiguió su marcha por ella.

Si el doctor Wells hubiera observado este incidente apenas hubiera podido reconocer a Lamont Cranston, pues no hubiera creído posible que el millonario pudiese moverse con tan sorprendente agilidad.

En efecto, el doctor apenas pudo dar crédito a sus oídos cuando a las ocho de aquella noche se puso al teléfono para oír la voz de Richards hacer la siguiente manifestación:

-¡El señor Cranston se ha ido! La puerta no ha sido abierta y las ventanas permanecen cerradas. ¡Nadie le ha visto ni le ha oído marchar! Pero el hecho es que cuando he querido entrar para servirle la cena, no estaba en su cuarto. No puedo imaginarme lo que haya podido suceder; ¡pero estoy seguro de que el señor Cranston ha desaparecido!

CAPÍTULO XXX
SOMBRAS SINIESTRAS

La lluvia goteaba de las ramas de los árboles que cubrían el camino abandonado que conducía a las ruinas. Había comenzado el aguacero al oscurecer y la lluvia había aumentado al cerrar la noche.

Un hombre caminaba en la intensa oscuridad del sendero, salpicando el agua en todas direcciones con las pisadas de sus gruesas botas.

Parecía estar familiarizado con el camino y ser totalmente indiferente a su presente estado.

Siguió caminando a tientas a lo largo de la verja basta encontrar la puerta, que estaba abierta.

Siempre en la oscuridad, continuó chapoteando en el fango del descuidado parque, basta las ruinas de lo que en otra época fuera mansión de Harper Marsden.

Las viejas paredes grises eran visibles a pesar de las tinieblas. Su aspecto en la lluvia era aún más silencioso y abandonado.

La esquina más próxima del edificio era más alta que el resto; había sido, evidentemente, una torre que se elevaba en toda la altura de la casa y que fue respetada por el fuego.

El hombre pasó por delante de las ruinas y llegó a unos escalones próximos al extremo más lejano. Los escalones eran la entrada de un sótano.

El hombre bajó lenta y cautelosamente estos escalones.

Al llegar al final de los mismos, se volvió como sorprendido por un ruido a su espalda. Escuchó atentamente y notó como las gotas de lluvia producían un rumor perceptible sobre las losas de piedra.

Llamó tres veces a la puerta. Los ligeros golpes fueron repetidos desde dentro. Entonces volvió a dar un golpe. Otro golpe le respondió.

A continuación golpeó dos veces consecutivas. La puerta se abrió hacia dentro, y por ella salió una débil claridad.

El hombre siguió andando sobre el suelo de piedra. Las gotas de agua se filtraban por las grietas de la techumbre, pero él continuó hasta un punto en que comenzaba otra escalera.

Al final se encontró en un suelo seco, de cemento. Volviendo a la derecha entró en una habitación subterránea.

En ella había otro hombre sentado ante una tosca mesa, sobre la cual descansaba una linterna.

Sonaron otras pisadas a lo largo del pasillo. El recién llegado se volvió. A la luz de la lámpara apareció otro ser cuya cara tenía más de bestia que de hombre.

-¿Has cerrado la puerta, Jupe? -preguntó el que estaba sentado a la mesa.

-¡Eehhh! -gruñó el hombre mono.

El que acababa de llegar se echó a reír, quitándose el impermeable y el sombrero.

-¿Cuándo has enseñado a Jupe a abrir la puerta?

-Lo aprendió cuando viniste la última vez -respondió el de la mesa-. Me ha seguido todas las veces y esta noche, cuando me acercaba a ella para esperarte, me ha apartado a un lado gruñendo y le he dejado hacer.

El que hablaba estaba sentado sobre una caja vacía. El recién llegado cogió un asiento similar y se sentó a su lado. El tercer personaje hizo lo mismo.

-Jupe quiere entrar en la conferencia -observó el recién llegado.

El hombre mono ladeó la cabeza y miró hacia el pasadizo, lanzando al mismo tiempo un gruñido amenazador.

-Parece que oye algo -dijo el visitante.

-La lluvia -replicó el otro-. Siempre está escuchando algo. El otro día se cayó una piedra suelta de la torre y estuvo preocupado media hora.

El que hablaba levantó la linterna y la colgó de un alambre que pendía del techo. El radio de la luz aumentó. Bajo sus reflejos, las sombras de los tres hombres adquirieron formas grotescas. Unas sombras largas y siniestras.

El perfil del hombre mono se dibujaba claramente en el suelo. Más allá de estas siluetas oscuras y movibles, una mancha negra se proyectaba en un rincón de la estancia.

También semejaba una sombra humana, salvo por su inmovilidad.

Los ojos del visitante se fijaron en aquella sombra; luego pasaron dos largas cajas de pino, que eran la causa aparente de ella.

-Sólo quedan dos ataúdes -dijo-. Pero con uno tendremos bastante, Chefano.

-Eso no lo sabía yo al principio, Francesito -replicó el otro-. Pero quizá necesitemos el otro también. Podemos tener algún tropiezo la última noche.

-¿Tienes los papeles?

-Sí; pero nunca se sabe lo que puede suceder.

El recién llegado se echó a reír. Sus facciones no eran desagradables. Sus dientes eran perfectos y sus ojos, aunque astutos, oscuros y brillantes.

Sólo la nariz alteraba la armonía del conjunto, pues era chata y de caballete abultado.

Su risa era contagiosa. Hizo aparecer una réplica siniestra en la cara de Chefano. Los labios de éste comenzaron a temblar.

-Si ocurre algo -dijo el Francesito-, será mejor para nosotros. La cosa marcha perfectamente, Chefano. El único inconveniente es que se prolonga demasiado.

-No para ti -fue la respuesta-. Tu parte ha sido fácil. Sólo trabajas una vez a la semana, mientras que yo tengo que permanecer aquí todo el tiempo.

-No sé por qué lo haces.

-Eso es por que no tienes idea de los disgustos que puede dar Jupe. Ya me costó bastante trabajo traerle hasta aquí. Si pudiera dejarle podría pasarme sin tu ayuda. Tú no has hecho más que traerme aquella carta de Coffran y llevar mi respuesta.

-También te he ayudado a enterrar a los muertos -dijo el Francesito, con una carcajada.

-También lo podría haber hecho solo. Sin embargo, has sido útil. Si hubiera ocurrido algo fuera, tú lo hubieras descubierto. ¿Has leído los periódicos esta semana?

-Sí. Nadie a podido seguir la pista de los desaparecidos hasta Harrisburg.

-Muy bien. Supongo que a todos ellos se les encomendó el secreto. Cada uno se ha arreglado para salir de su casa sin decir adonde iba.

-Del inglés no sé nada.

-No lo esperaba tampoco. Tiene que venir desde muy lejos; quizá no venga. Así nos sobrará un ataúd. Te ganaste bien tu paga, Francesito, cuando averiguaste lo de Cooper.

El Francesito se encogió de hombros.

-Todo ha sido fácil -dijo-. Demasiado fácil. Quizá se presenten aún dificultades antes de acabar.

-No te preocupes. El plan ha sido ideado por un genio. Estamos completamente seguros. Coffran lo ha dispuesto todo. Envió por mí a Europa y yo te traje a ti. Hemos trabajado allí muchos años y nadie ha sospechado de nosotros. Hablamos el inglés mejor que la mayor parte de los bandidos de Norteamérica. Cuando un extranjero aprende el idioma, no habla la jerga de ellos.

-Tu primer trabajo fue presentarte como el sobrino del viejo Duncan. El hombre tenía una fiebre tal, que podríamos haber enviado a Jupe para hacer la faena; el inconveniente era que no le hubieran dejado pasar de la puerta. E1 sirviente, Hopkins, ¿no? Creyó que eras un amigo de su amo.

-Luego desconfió un poco

-Sí; por eso fue preciso suprimirle. Yo me encargué de ello. Me disfracé de corredor de libros. Vi sus tabletas encima de una mesa y dejé entre ellas algunas de las que yo llevaba preparadas. Desde luego, lo más importante fue utilizar tus informes acerca del escondite. Jupe lo robó todo. Temí por un momento que estrangulase al joven Duncan y tuve que silbar.

-Sí; aquello hubiera sido un mal paso. De todas maneras, creo que no estaría de más quitar de en medio a Bruce, también. Coffran estaba preocupado por él.

-Bien, si se ha enterado de que Bruce podía ser peligroso, probablemente habrá tomado ya sus medidas respecto a él. No creo que supiera lo suficiente para molestarnos. De todas maneras, eso es cosa de Coffran y no me he ocupado de ello. El viejo no ha hecho más que combinar el plan y enviar las cartas. No era mucho pedirle que se ocupase además de un hombre en Nueva York, aunque la cosa significase un asesinato.

Cuando el Francesito se disponía a contestar, Jupe se puso en pie de un salto, mirando con furia hacia el rincón, detrás de las cajas de pino.

Empezó a gruñir y luego se dirigió hacia allí. Chefano lanzó un silbido. El hombre mono volvió a la mesa.

-¿Qué le pasa? -preguntó el Francesito.

-Hace cosas así de cuando en cuando. Se cree que ve algo.

El Francesito miró hacia el rincón.

-Eso es, me parece -dijo-. Mira que sombra tan rara. Parece casi la de una persona.

-Jupe causa muchas molestias -afirmó Chefano-. Le he tenido que mantener aquí toda la semana.

-¡Qué! ¿Has dejado la cabaña? ¿Crees que es prudente estar siempre en estas ruinas?

-No puedo evitarlo. Hace una semana me dejé la puerta abierta; se escapó y atacó a un labriego que pasaba por el camino. Otros dos que pasaban en un coche trataron de auxiliarle y Jupe estuvo a punto de matarlos a los tres; pero me oyó silbar y volvió.

-¡Malo! ¿Le siguieron?

-Sí. Les expliqué que se trataba de un anormal y me parece que quedaron satisfechos. Traté de despistar primero, pero vieron a Jupe en una ventana. Pude arreglarlo, pero después me vine aquí con Jupe. Dejé una luz encendida en la cabaña un par de noches, como medida de precaución.

-Sería un contratiempo que alguien le viera por aquí.

-Nadie se acerca nunca a este lugar. De cuando en cuando dejo suelto a Jupe en el cementerio. Una vez o dos ha llegado hasta la verja, pero no ha podido salir y yo le he hecho volver a toda prisa.

-Te das buena maña para manejarle.

-Le tuve en Italia todo aquel año en que viajé con un circo, para convencer a la policía de que me había enmendado. Luego le envié a este país con otro individuo que también le entendía, y al llegar me he hecho cargo de él de nuevo. Nos ha resultado útil en este asunto.

Los dos hombres guardaron silencio por algunos minutos. Luego Chefano se levantó y se puso un impermeable que colgaba de un clavo en el rincón opuesto al de las cajas de madera.

-Vamos a dar un paseo, Francesito -propuso-. Estoy cansado de no salir de aquí.

-Está lloviendo todavía -replicó el Francesito-. He venido andando desde el establo abandonado donde siempre dejo mi coche.

-A Jupe no le importa el agua y tú llevas impermeable y no te hará daño. Quiero mostrarte en donde he cavado el foso. Lo hice anoche.

Los dos hombres echaron a andar por el pasillo, seguidos de Jupe. Sus sombras deformes bajo la luz de la lámpara, se movieron misteriosamente en el suelo. Al mismo tiempo, la sombra que se formaba en el rincón de las cajas pareció extenderse y moverse detrás de ellos.

El trío salió de las ruinas, se alejó de ellas, pasó junto al mausoleo y se detuvo junto a una tumba de grandes dimensiones.

Chefano sacó una lámpara del bolsillo y la dirigió hacia esta tumba. La luz reveló un profundo foso y a su lado un montón de tierra recién removida.

-Has hecho un buen agujero -observó el Francesito.

-¿Por qué no? -preguntó Chefano-. He tenido tiempo suficiente y cuando más profundo sea mejor. Este no es mucho más hondo que los otros.

-Quizá no, pero lo parece. Debe llegar hasta debajo de los cimientos del mausoleo.

-Al pronto pensé hacerlo en el interior del mausoleo; pero por fin me decidí a hacerlo fuera. Aquí puede ser la sepultura de cualquiera. Haré que Jupe traiga hasta aquí una de esas lápidas viejas que hay por ahí y la pondremos encima.

-Y en el mausoleo no podrías haber cavado.

-¿Por qué no?

-Debe de tener el suelo de piedra.

-No; supongo que no llegaron a terminarlo. Puedes verlo si quieres.

La puerta crujió sobre sus enmohecidos goznes al ser abierta por Chefano.

La luz alumbró un suelo de tierra blanda, sobre el que había algunas palas abandonadas.

El hombre de los labios retorcidos apagó la luz. El Francesito salió y Chefano trató de cerrar la puerta. Pero los goznes habían saltado y fueron necesarios varios esfuerzos.

En el momento que la puerta se cerraba, Jupe se arrojó sobre ella, gruñendo y tratando de abrirla de nuevo. Chefano silbó y el hombre de la cara de mono se tranquilizó.

-Vuelve a la casa -le ordenó el italiano.

-Es muy inquieto -observó el Francesito. -Mucho. Ha tratado de entrar aquí dos veces hoy. Le he mostrado que no hay nada dentro, pero nunca está satisfecho. Esta noche no tenemos tiempo para seguirle la corriente.

-Mejor es mantenerle impaciente -dijo el Francesito, sonriendo, cuando descendían los escalones.

En el sótano se volvieron a sentar junto a la mesa. Jupe, después de hacer una breve ronda, ocupó otro asiento a su lado. A veces levantaba la cabeza como para escuchar. El temor a la cólera de Chefano le impedía moverse.

Pero Jupe no estaba satisfecho.

Sus finos oídos percibían un ruido extraño y continuo, un ruido que ni el Francesito ni Chefano hubieran oído aunque hubiesen tratado de escucharlo.

CAPÍTULO XXXI
LA SALIDA DE DUNCAN

El sueño se apoderaba de dos de los moradores de la casa de Josh Stevens.

El ruido acompasado de la lluvia invitaba al descanso.

-Las once y media -dijo Harry Vincent-. Estoy cansado. Me alegro de que haya usted llegado esta tarde, Weston. Hubiera sido desagradable tener que salir con la lluvia.

El inglés se echó a reír.

-Hace una noche magnífica para dormir -dijo-. Pero de morir no tengo ninguna gana. Yo también me alegro de haber venido un poco más temprano con el propósito de ver un poco como era esto.

-¿No hay más mensajes de radio? -preguntó Bruce Duncan, con impaciencia.

-El último de esta tarde era terminante -declaró Vincent.

Pareció impacientarse algo por la pregunta de Duncan.

-Bien -agregó éste-; pues no me gusta permanecer aquí sabiendo que Chefano y su hombre mono están esperando. Preferiría que fuéramos allí esta noche.

-De ninguna manera -protestó el inglés-. Lo mejor es esperar. Nunca me han gustado las noches lluviosas y he tenido que pasar muchas en las trincheras.

-Me voy a acostar -anunció Vincent.

-Y yo lo mismo -declaró el comandante Weston-. Buenas noches.

Los dos hombres se retiraron a sus habitaciones, dejando a Duncan de mal humor, sentado frente a las cenizas de la chimenea. La opinión de los otros dos había pesado más que la suya y sabía que las instrucciones procedían de la misteriosa Sombra. Al mismo tiempo pensaba que su parecer merecía más consideración. Era merced a sus informes que el asunto se había puesto en marcha y sus intereses en él eran mayores que los de ninguna de las demás personas que intervenían, incluso el comandante Weston. Como sobrino de Harvey Duncan, el mejor amigo del príncipe Samanov, Bruce pensaba que la suya debía de haber sido la última palabra.

Al fin y al cabo, a él era a quien pertenecía la insignia robada. Y los ladrones estaban a menos de media milla de distancia, esperando para cometer un asesinato. El pensamiento quemaba la mente de Duncan.

Sobre la mesa estaba la pistola automática de Vincent. La suya estaba en su dormitorio del piso superior. Un plan empezó a dominar los pensamientos de Duncan. En su reloj eran las doce menos diez.

Subió de puntillas las escaleras. Las puertas de los cuartos ocupados por sus dos compañeros, estaban cerradas. Todo estaba en silencio. Probablemente se habían dormido ya.

Duncan buscó en la oscuridad su pistola y su lámpara de bolsillo. Bajó con las mismas precauciones la escalera, y con las dos pistolas en el bolsillo, salió de la casa.

Se alejó sigilosamente por el sendero. En el bosque se sirvió de la lámpara de bolsillo. Aquélla era su expedición. En aquellas viejas ruinas era esperado un hombre a medianoche, un hombre de quien se suponía que no albergaba sospecha alguna.

Se presentaría en su lugar. Sorprendería a los dos demonios que esperaban.

En caso necesario los mataría sin compasión. Así se acabaría definitivamente la aventura.

Una vez libre de los criminales, probablemente podría recuperar la insignia robada y en otro caso, él y el comandante Weston podrían acudir a la cita, la semana siguiente, y explicar lo ocurrido.

Los méritos de su plan dominaban los pensamientos de Duncan cuando llegó al sendero abandonado. Su proyecto era muy superior al de la Sombra.

Al día siguiente, Chefano y su poderoso compañero habrían desaparecido.

Aquella misma noche acabaría con ellos. Era un privilegio que le correspondía, pues él era su víctima principal.

Apagó la luz al llegar a la puerta abierta. La trampa estaba preparada y él la volvería contra sus enemigos. Hizo el menor ruido posible al internarse en la propiedad.

Llegó a la torre, que era una parte de la vieja casa que no pudo ver desde lo alto de la montaña a causa de los árboles.

Duncan procedió con la mayor cautela a1 deslizarse pegado a la pared del edificio. Descendió la escalera de piedra y se detuvo al pie.

Ante él se abría la puerta de un pasillo hábilmente iluminado. El señuelo, la trampa en que habían perecido ya cuatro víctimas confiadas.

Duncan sacó sus dos pistolas de los bolsillos y se internó en el pasillo. La luz era más brillante al final. Las paredes eran de sólida piedra.

Aún no había llegado a la zona de peligro. Antes de llegar a la luz, volvió la cabeza para mirar hacia la entrada.

La sombra que invadía los escalones era tan negra, que tuvo la impresión de que alguien estaba allí escondido. Volvió sobre sus pasos.

Creyó advertir un movimiento, como si un cuerpo tangible se moviese hacia arriba. Pero al llegar a los escalones, no encontró nada en ellos.

Disgustado por esta alucinación, Duncan reanudó su avance por el pasillo y llegó de nuevo al final. Otra vez volvió la cabeza y vio la misma sombra en los escalones. Pero ahora estaba seguro de que era debida a la escasez de luz.

Al final del pasillo, a la derecha, había una puerta abierta.

Miró la puerta con desconfianza, llegó hasta el final del pasadizo y giró a la derecha. Se detuvo, con las dos manos a la espalda, ocultando sus pistolas.

Sentado ante la mesa había un hombre, que se volvió al oír la llegada de Duncan. Era Bernardo Chefano.

-Buenas noches -dijo Chefano con voz suave. Sus labios se retorcieron en una leve sonrisa-. ¿Es usted el comandante Weston?

-Sí -replicó Duncan.

-Haga el favor de entrar -continuó, cordialmente, Chefano.

Duncan esperó. Su posición era ventajosa, pues desde ella dominaba la habitación y el pasillo. Estaba, además en una zona de penumbra.

Chefano no podía ver la posición de sus manos. Duncan registró la habitación con los ojos. ¿Dónde estaba el terrible hombre mono?

-¿Qué ocurre? -preguntó Chefano, suavemente-. Le estoy esperando. Supongo que pensaría usted encontrar aquí a mi tío el príncipe Samanov. -La cara del criminal tomó una expresión de tristeza-. Tengo el sentimiento de informarle de que mi tío perdió la vida en defensa de nuestra causa.

-¡Muerto! -repitió Duncan.

Chefano no le identificó como a uno de los hombres atacados por Jupe en la carretera. Duncan esperaba no ser reconocido.

-Muerto, sí -prosiguió Chefano-. Un mártir más. Entre, señor Weston. He esperado mucho tiempo para tener el gusto de conocerle.

La invitación a entrar era la señal que Duncan esperaba. Ahora sabía cuál era el método y dónde se encontraba el hombre mono.

Chefano deseaba que salvase el umbral de la puerta.

El monstruo estaba en uno de los rincones de la habitación, esperando para saltar sobre su víctima. Pero, ¿en qué rincón? ¡Ah! Chefano se había vendido.

Por un instante sus ojos se movieron hacia la derecha de Duncan y su boca se deformó. Trataba de contener al monstruo hasta el momento oportuno.

Duncan entró rápidamente en la estancia. Con un rápido movimiento levantó la mano izquierda para cubrir a Chefano con la pistola que sostenía en ella y con la derecha apuntó al rincón del mismo lado.

Allí estaba el monstruo, a seis pies de distancia, dispuesto para saltar.

El dedo de Duncan estaba sobre el gatillo, pero no lo apretó. El hombre mono tenía más inteligencia de la que Duncan había supuesto y la vista del arma le contuvo. Se hundió en su rincón y su retirada le salvó la vida.

Duncan no sentía compasión. El monstruo tenía que morir. Chefano podía esperar un poco más. Pero esperó aún antes de usar el arma de la mano derecha. Era dueño de la situación y podía esperar.

Se echó a reír y sus carcajadas despertaron unos ecos misteriosos en la bóveda de piedra.

¿Revelaría su identidad o seguiría haciendo el papel de Weston? Duncan se decidió por lo último.

-Sospechaba esto -declaró-. La segunda carta con cl sello del príncipe Samanov era una imitación. Conque tenía que venir ocho días antes, ¿eh? ¿Cuál era la razón para semejante cambio? Si la fecha hubiera sido fijada para más tarde, no hubiera sospechado nada.

Desde su posición podía fácilmente vigilar a Chefano y al hombre mono.

Los labios del primero se retorcían furiosamente mientras permanecía con las manos levantadas por encima de la cabeza. El monstruo permanecía acurrucado en su rincón.

-Y con un monstruo aquí para matarme -continuó Duncan-. Ni siquiera un ser humano. Morirá. Usted -volvió un momento los ojos hacia Chefano-, vivirá aún un poco. Quiero oír de sus propios labios la verdad de todo este engaño.

La situación duraba ya demasiado. Duncan tenía que obrar de acuerdo con sus palabras. La muerte del monstruo, cuyas manos estaban teñidas por la sangre de cuatro víctimas, por lo menos, era justa.

La propia seguridad de Duncan dependía de ella. El efecto de la muerte del hombre mono anonadaría a Chefano. Luego sólo tendría enfrente a un enemigo desarmado e impotente.

Dirigió una última mirada a Chefano, en cuyos labios deformados se dibujaba una brutal sonrisa. De pronto sonó un ruido detrás de él.

Dos manos de hierro se cerraron sobre las muñecas del joven y forzaron sus brazos hacia abajo. La pistola que tenía en la mano izquierda cayó al suelo, al mismo tiempo que apretaba el gatillo con la derecha.

Las balas rebotaron en el suelo de piedra. El monstruo de la cara de mono no sufrió daño alguno. Dos saltos le pusieron sobre Duncan, pero a un silbido de Chefano se retiró. Los labios retorcidos formularon una orden y el hombre mono se acurrucó en su rincón.

Su auxilio no era necesario. El hombre que había caído sobre Duncan por detrás, le había cogido desprevenido. Tendido de espaldas en el suelo de piedra, miraba la puerta por donde había entrado.

Duncan se dio cuenta de su equivocación. Detrás de la hoja de aquella puerta se abría la entrada de otra habitación.

La puerta, ahora medio abierta, proyectaba una negra sombra en el pasillo.

La puerta oscilaba ligeramente; la sombra osciló también y luego se desvaneció. Chefano había descolgado la linterna del alambre para acercarla más a Duncan.

-Déjala otra vez donde estaba -ordenó el hombre que sujetaba a Duncan-. No la necesitamos.

-Quería verle la cara más de cerca -dijo Chefano-. Le has cogido bien, Francesito.

-Me doy mañana para estas cosas -admitió éste-. Lo peor ha sido la puerta. He tenido que abrirla despacio para no hacer ruido.

Duncan cesó en sus esfuerzos para resistir. El Francesito estaba sentado sobre él y le sujetaba con tal habilidad, que no le permitía el más pequeño movimiento.

-¿Qué vas a hacer ahora ?¿Dejar a Jupe que acabe con él?

El hombre mono gruñó al oír mencionar su nombre.

-No -dijo Chefano. Sus labios habían adquirido una expresión odiosa-. No.

-¿Por qué no?

-Porque sería poco para él. Los otros vinieron sin causar molestias y murieron rápidamente. Este ha estado a punto de matarme y morirá de otra manera.

-¿Cómo?

-En su tumba -declaró Chefano.

Bruce Duncan se estremeció al comprender el significado de aquellas palabras.

CAPÍTULO XXXII
ENTERRADO VIVO

Bruce Duncan yacía sobre el suelo de piedra, contemplando los preparativos para su entierro. Estaba atado de pies y manos con una gruesa cuerda, y amordazado con un pañuelo. Para mayor seguridad, el Francesito seguía sentado sobre él y observaba también los preparativos con gran complacencia.

Chefano ordenó a Jupe que acercara uno de los ataúdes. El hombre mono obedeció.

-Llévalo fuera, Jupe, al lado del hoyo que he cavado.

El monstruo salió cargado con la caja y entretanto, Chefano sacó tres palas, un paquete de clavos y dos martillos, con el mazo envuelto en trapos.

-Siento que no esté aquí Coffran esta noche -elijo-. El viejo se hubiera divertido mucho.

Jupe regresó. A una orden de Chefano, levantó el cuerpo de Duncan y se lo echó al hombro. Chefano dejó escapar su silbido.

-No le hagas daño, Jupe -advirtió.

El Francesito salió delante, llevando preparada en el bolsillo una de las pistolas de Duncan. En segundo lugar venía Chefano, con las herramientas y en último Jupe, cargado con el cuerpo de Duncan.

El prisionero se estremeció cuando entraron en el cementerio. Estaba resignado a su suerte, pero no podía dejar de lamentar no haber dado muerte a Chefano y a Jupe en el momento en que los había visto.

Estaba condenado a una muerte horrible, a la que sólo dos demonios podían condenar a una criatura viviente.

Chefano examinó rápidamente el ataúd. Luego mandó a Jupe que dejase en él su carga.

El hombre mono titubeó un momento. Su instinto le advertía la presencia de otra persona en el tétrico lugar. No es que Jupe pudiera ver nada, sino más bien una opresión que despertaba en él algún sentido primitivo.

Como si una mirada intensa se estuviera fijando en él con los tentáculos del destino. Y entre las sombras misteriosas de la noche parecía levantarse otra sombra mayor que todo lo envolviera.

Chefano silbó otra vez. Jupe no tenía que pensar. Se adelantó con su carga.

Colocó cuidadosamente a Duncan en el ataúd. El condenado vio sobre sí las paredes blancas del mausoleo, como una sombra de la muerte.

-¿Está usted cómodo? -le preguntó Chefano, con sarcasmo-. Espero que se encuentre bien en su cama; en ella tendrá usted que dormir mucho, mucho tiempo.

-Mucho, mucho tiempo -repitió el Francesito.

-La tapa -pidió Chefano.

Su voz se confundía con el silbido del viento.

El Francesito se dispuso a colocar la tapa del tosco ataúd.

-Todavía no -le interrumpió Chefano-. Vamos a dejarle alguna probabilidad de salvarse. -Se echó a reír de una manera siniestra-. Le dejaremos pedir auxilio y en condiciones de que pueda abrirse paso por los dos metros de tierra que le vamos a poner encima.

Sacó un cuchillo del bolsillo. Alumbró con la lámpara la postrada forma de Duncan. Cortó la cuerda que le sujetaba las piernas y las muñecas.

La libertad no fue inmediata, Duncan hizo un esfuerzo, pero halló que las cuerdas no cedían inmediatamente.

Chefano cortó, también, el pañuelo con que estaba amordazado. El joven movió la cabeza, tratando de quitárselo.

-¡Pronto! -exclamó Chefano-. La tapa.

El ataúd se cerró sobre Duncan y el mundo dejó de existir para él. Hasta el murmullo del viento cesó. Se sintió terriblemente inmovilizado y lleno de horribles pensamientos.

Unos golpes sordos sonaron sobre las paredes de su prisión. Estaban clavando la tapa con los martillos.

-¡Socorro! -gritó a través de la mordaza.

La lucha era desesperada. Si pudiera librarse de sus ligaduras, tal vez podría levantar la tapa antes de que la hubiesen clavado. Las cuerdas cedían bajo sus frenéticos esfuerzos. La mordaza se había aflojado y comenzaba a deslizarse por su mentón.

-¡Socorro!

Un grito sin esperanza. Ahogado dentro del féretro, dominado por el viento.

Un grito débil y alejado de toda posibilidad de respuesta humana. Quizá Vincent y el inglés habían descubierto ya su ausencia.

¡Quizás acudían en su auxilio! La mente delirante de Duncan estaba dispuesta a creer cualquier cosa; pero hasta estas esperanzas parecían pueriles.

Tenía ya una mano libre y apretaba con ella la tapa del ataúd. La tapa era pesada, pero creyó notar que cedía. !Estaban levantando la caja para bajarla a la tumba!

Bajaba, bajaba, lentamente, sostenido por gruesas cuerdas. El terror inmovilizó a Duncan por un instante.

Su mente parecía haberse separado del cuerpo. Gritaba y golpeaba la tapa del féretro y al mismo tiempo pensaba en otra cosa.

Se retorció y se volvió de lado. Tenía ya libres las dos manos. Las cuerdas de las piernas también habían cedido casi del todo.

Trató de ponerse de rodillas para empujar la tapa con la espalda. El ataúd estaba en el fondo de la fosa.

La tierra comenzó a caer sobre las tablas. Sus golpes rápidos, pero acompasados, se repitieron una y otra vez. Duncan ya no pedía socorro ni luchaba ciegamente. La terrible situación había llegado a calmar la fiebre de su cerebro. Estaba haciendo un esfuerzo concentrado y sobrehumano para ganar la libertad. Por fin se dejó caer exhausto en el fondo de la caja. No podía seguir luchando. Se sentía como aplastado bajo un peso tremendo.

Hasta el aire le parecía espeso, casi sólido. ¡Y la oscuridad! Le pareció poderla tocar.

Un último deseo se apoderó de la mente de Duncan. La muerte estaba cerca.

¡Si pudiera oír por última vez alguno de los rumores del mundo! Su jadeo pareció encontrar un eco al otro lado de las paredes de la caja en que yacía.

Hizo un gran esfuerzo para contener la respiración mientras escuchaba.

Su esperanza se vio colmada. Oyó un ruido. No de arriba, sino de un lado.

Tierra suelta que se apretaba por su propio peso.

El ruido se repitió. A un lado, cerca del extremo superior. Algo que raspaba.

Se hizo más claro. ¡Una cosa chocaba contra las tablas de la caja! Un choque metálico. Luego un chirrido áspero, como cuando se saca un clavo de la madera. Extendió una mano y empujó el extremo de la caja.

Sintió una vibración. ¡Las tablas se movían hacia fuera! ¿Qué significaba aquello? ¿Cuál era la causa?

Empujó de nuevo y le pareció que cedía. Otra vez oyó el choque metálico.

Luego oyó a sus oídos no cuchicheo extraño y misterioso, ¡una voz en la tumba!

Duncan tembló. Era la muerte que iba a recoger su presa, pensó. Al principio no pudo distinguir las palabras, pero poco a poco se fueron haciendo claras y distintas.

-No se mueva -decía la voz-. Está usted a salvo. Tenga calma.

Obedeció la orden. Un ser extraño le hablaba desde las profundidades de la tierra. La voz era sobrenatural, pero le traía una esperanza. Duncan no se movió. Respiró profundamente. El aire se había renovado.

-¡Empuje! -murmuró la voz.

Duncan empujó. La tapa se apartó tres centímetros. Al ceder sintió como los clavos salían de la madera.

-Empuje despacio -repitió la voz. Era una voz lejana y tranquila.

La mente de Duncan se aferró a aquella única esperanza. Empleó sus manos cuidadosamente, no sabiendo con seguridad si lo que estaba ocurriendo era sueño o realidad.

La áspera madera arañó sus dedos. No estaba soñando ni expirando.

-¡Alto!

Una ligera sacudida al extremo del ataúd. Extendiendo la mano con precaución descubrió Duncan que estaba abierto. El aire era limpio, pero húmedo.

-Salga arrastrándose, con cuidado.

Sus manos se apoyaban en la tierra, fuera del féretro. Avanzando sobre las rodillas, Duncan se encontró sobre tierra sólida. Estaba en un túnel, húmedo y estrecho, un pasaje que apenas permitía el paso de su cuerpo.

Torcía a la derecha. Pasó la curva con dificultad. El agujero se fue haciendo más grande al ascender. La pendiente era cada vez más pronunciada. Sus manos resbalaron en las paredes húmedas del túnel.

Luego le cogieron de las muñecas y le arrastraron. Estaba fuera del agujero.

Sus rodillas habían llegado al nivel del suelo. Las manos soltaron sus muñecas y cayó de bruces sobre la tierra. Dejó escapar un profundo suspiro.

-¡Chiss! -ordenó la voz que había oído antes.

Duncan, tendido en el suelo, no sentía ningún deseo de moverse. Le dolían todos los miembros; tenía las muñecas y las piernas desolladas por las cuerdas. Pero su mente se aclaraba.

Consiguió dar la vuelta y quedar tendido de espaldas. A través de la intensa oscuridad, creyó distinguir un techo blanco.

¡Se encontraba en el mausoleo!

Un hombre estaba trabajando a su lado, trabajando con tanto silencio que apenas le oía. Llenaba de tierra el agujero de donde acababa de salir.

Duncan perdió la noción del tiempo. A su mente sólo llegaba el ruido casi imperceptible de la tierra que caía en el túnel. Luego unos golpes que allanaban el suelo.

Y desde aquel momento vivió como en un sueño. Se dio cuenta de que estaba fuera del mausoleo y que se movía en medio del viento y de la lluvia a veces le llevaban, a veces caminaba.

Un hombre se encontraba siempre a su lado, señalándole el camino. Pero los párpados le pesaban tanto, que no podía abrir los ojos. Y por fin perdió la conciencia de todo. Una intensa debilidad se apoderó de él.

Una sensación de calor seco le hizo abrir los ojos. Miró con sorpresa en torno suyo. Estaba sentado en una silla frente a la chimenea del piso bajo de la casa de Josh Stevens, envuelto en una manta.

Toda su ropa exterior pendía en un alambre ante un fuego que ardía en el hogar.

Se sentía débil y cansado. Se levantó con trabajo y se acercó a la ventana.

La abrió y vio que las primeras luces del alba aclaraban el horizonte.

¿Había soñado? Cogió su camisa del alambre. Estaba casi seca, pero cubierta de tierra. Reunió toda su ropa y subió a su habitación.

Estaba descalzo y no hizo ningún ruido al pasar ante las puertas cerradas de las habitaciones de sus compañeros. Llegó a su cuarto. Cuando se hundió en el olvido del sueño, el cerebro de Duncan estaba lleno de confusos recuerdos de su aventura. Pero una impresión dominaba sobre todas. Súbitamente se le reveló la identidad de su salvador.

¡La Sombra le había sacado de la tumba!

CAPÍTULO XXXIII
LAMONT CRANSTON REGRESA

A las nueve de la mañana del miércoles, el timbre de la cocina despertó a Richards. Había pasado la noche sin dormir, preguntándose qué habría sido de su señor. Estaba dormitando cuando el timbre le hizo saltar de su silla.

-¡El señor Cranston está llamando! -exclamó. Luego, al recordar la desaparición del millonario, añadió-: Debe de haber alguien en su habitación.

Subió corriendo la escalera y se detuvo, asombrado, a la puerta de la alcoba.

El millonario estaba acostado en su cama, con la cabeza apoyada sobre un montón de almohadas.

-¡Señor! -exclamó, asombrado, el criado.

-Sí -dijo el herido con tono de reproche-. ¿Qué clase de cuidados son los que has tenido conmigo, Richards?

-¿Qué... qué... señor? -balbuceó el criado-. ¿Dónde ha estado usted?

-He pasado un rato en la estación de radio de la torre. Estaba vestido, me sentía muy cansado y me he venido a acostar.

-¡Estaba usted allí! -exclamó Richards-. Le hemos estado buscando por todas partes. ¿Subió usted ayer por la tarde?

-¿Ayer por la tarde,? Richards. No lo recuerdo. Creía que sólo hacía un rato que estaba allí.

-Falta usted de la habitación desde ayer, y no le hemos podido encontrar por ninguna parte.

-¿Miraron ustedes arriba? -El millonario hizo la pregunta en tono cansado.

-La puerta estaba cerrada y la llave estaba aquí abajo, de manera que no supusimos que pudiera usted estar dentro.

-Burbank debió de dejar su llave puesta en la cerradura. Recuerdo haber llegado a ella, no sé exactamente cuándo, y la llave estaba puesta.

El sirviente llamó por teléfono al doctor Wells para informarle del regreso de Lamont Cranston y el médico se apresuró a ir a la residencia del millonario. Escuchó el relato de Richards y decidió que Cranston debía de haber tenido un ataque de delirio en la tarde anterior.

-Esa estación de radio le obsesiona -dijo a su paciente-. Seguramente entró usted en el cuarto y se quedó dormido en una silla. No comprendo cómo pudo usted llegar tan lejos; y además, parece que, a pesar del esfuerzo, está usted mejor.

-Quizá fuera capaz de esfuerzos mayores que subir una escalera -dijo Cranston, con una ligera sonrisa.

-Posiblemente -asintió el doctor-. Creo ahora que su estado no era tan delicado como yo suponía.

-Ha llegado e1 señor Arma -anunció Richards.

-Hola, Arma -dijo Lamont Cranston, cuando vio aparecer al agente de seguros-. ¿Qué le trae a usted por aquí?

-Richards me ha llamado y me ha dicho que había usted desaparecido.

-Parece ser que ha estado arriba en la estación de radio.

-Creí que Burbank estaba encargado de eso.

-Se marchó ayer.

-El interés del señor Cranston por el trabajo de Burbank me pareció perjudicial para su salud -explicó el doctor Wells-, y cuando se lo dije, convino conmigo en que Burbank se marchase.

-No puedo dejar de pensar en mi emisora -declaró Cranston-. Quizá fuera mejor que me dejase usted subir hoy.

-No, no -exclamó el médico.

-Entonces enviaré a por Burbank.

-Muy bien. Supongo que es lo mejor que se puede hacer, dadas las circunstancias.

Arma se encargó de llamar por teléfono al operador de radio y obtuvo la promesa de éste de que vendría en seguida.

-Me alegro de que haya usted venido, Arma -dijo Cranston-. Quiero que me haga usted un encargo. Quisiera saber lo que ha sido de un amigo mío, un inglés a quien conocí el año pasado en Palm Beach. Se llama Hubert Weston. Fue comandante del ejército británico durante la guerra. Quisiera escribirle, pero he perdido su dirección. Usted tiene muchas relaciones en Nueva York y quizá pueda descubrir algo acerca de él.

-Quizá pueda hacerlo -replicó Arma, pensativo-. ¿No quiere usted más que su dirección?

-Me gustaría tener alguna información adicional, un retrato, por ejemplo. Deseo estar completamente seguro de que escribo a mi amigo y no a otra persona que lleve el mismo nombre.

-Haré lo que pueda -prometió el agente de seguros-. Quizá consiga obtener informes acerca de Weston por medio del Consulado Británico. Se los comunicaré a la mayor brevedad posible.

La cuestión había sido tratada de una manera indiferente; y no habiendo, al parecer, más tópicos de conversación, Arma regresó a Nueva York.

El doctor Wells se marchó también, después de decidir que su paciente estaba en condiciones de sentarse al lado de la ventana.

-Ha mejorado usted de una manera notable. Esa visita a la estación de radio le ha hecho mucho bien. No se exceda usted y quizá se encuentre completamente bien antes de una semana.

Cuando llegó Burbank, fue introducido directamente a la habitación de Cranston. El millonario entregó al radiotelegrafista un mensaje en clave que tenía escrito.

-Envíe esto en seguida -le ordenó-. Yo he contestado un mensaje esta mañana. Dígales que esperen dos horas. Esto les explicará muchas cosas. Tráigame la respuesta.

Burbank hizo varias visitas a la habitación de Cranston durante el curso de la tarde. A las cinco llegó un mensajero con un voluminoso sobre procedente de Arma, y que fue entregado al millonario en su propia mano.

Cranston, sentado junto a la ventana, sonrió con satisfacción al sacar varias páginas de datos, junto con la fotografía de un hombre vestido con el uniforme de oficial inglés.

-Un trabajo rápido -murmuró entre sí-. Ahora haremos que Weston mire en la caja. Eso es fácil.

Tomó un lápiz y un papel y escribió, cuidadosamente, el siguiente mensaje:

«La caja que fue instalada anoche es un aparato para mejorar la transmisión. Tenemos que probarlo. Abra el frente de la caja; apriete un botón que tiene al lado y mire dentro. Verá usted unas luces intermitentes; asegúrese de que cambian con regularidad. »Cuando esté usted transmitiendo, haga que alguno de los otros mire en la caja, para asegurar que las luces funcionan bien. Puesto que Duncan está durmiendo, puede confiar esta sencilla obligación al comandante Weston. Sus mensajes anteriores han sido difíciles de recibir a consecuencia de la estática. El nuevo aparato, si funciona bien, suprimirá esta dificultad. Explíqueselo al comandante Weston.»

Cranston tradujo el mensaje a la clave y llamó a Richards, a quien envió a la emisora. Burbank apareció para hacerse cargo del nuevo mensaje.

Cinco minutos después, la puerta de la habitación de Cranston se abrió suavemente. Richards estaba en el vestíbulo, pero no oyó nada.

Ni siquiera vio una sombra que ascendió la escalera de la torre, una forma vestida con una bata oscura.

Burbank estaba sentado ante una mesa, sobre la cual había una pequeña pantalla. La habitación estaba a oscuras. El radiotelegrafista levantó la cabeza cuando sintió que alguien le tocaba en el hombro. Era Lamont Cranston.

-Falta un minuto -le dijo.

Comenzó a sonar un ligero zumbido. La pantalla blanca se iluminó. En ella apareció una imagen fluctuante de Harry Vincent. Ambos hombres observaron con atención.

La cara desapareció y otra ocupó su lugar una cara de mandíbula cuadrada, con un bigote corto y el pelo cortado a rape.

Lamont Cranston comparó la imagen de la pantalla con una fotografía que tenía en la mano, mientras Burbank le observaba con interés.

-Idénticas -murmuró el millonario.

-Una televisión excelente -replicó Burbank.

Los dedos de Lamont Cranston buscaron el transmisor.

-Le digo a Vincent que está bien -explicó-. No se queje usted más de la estática. Déjeles creer que ha sido eliminada por el nuevo aparato. Me satisface mucho la claridad de las imágenes. Esta es la primera vez que uso mi aparato simplificado de televisión. Me vi obligado a instalarlo apresuradamente, pero los resultados han sido satisfactorios.

La cara del comandante Weston desapareció. Burbank apagó la luz y la pantalla se quedó a oscuras.

Cuando poco tiempo después entró Richards en la habitación de su señor, encontró a éste profundamente dormido en su butaca, al lado de la ventana.

CAPÍTULO XXXIV
HABLAN DOS HOMBRES

El comandante Weston, sentado frente a la chimenea, observaba el vuelo de las chispas, mientras fumaba una pipa de grandes dimensiones.

El ruido de una puerta al abrirse le hizo volver la cabeza. Entró Harry Vincent.

-¡Ah! -exclamó el comandante-. Ya estaba impaciente. ¿Cómo se encuentra, Duncan?

-Mejor. El criado hindú le estaba esperando en su casa y se ha hecho cargo de él. Creo que se repondrá rápidamente. Era imposible tenerle aquí.

-Estoy de acuerdo con usted. Esta casa está demasiado cerca del lugar de su terrible aventura. Ya tenemos bastante que hacer sin la responsabilidad de un enfermo.

-Ha sido una medida prudente trasladarle hoy. Mañana es domingo y hay mucho tránsito por las carreteras. A mí la gente que saca el coche una vez a la semana, me gusta poco -dijo Harry.

-Ha estado usted fuera catorce horas. Salió usted a las siete de la mañana y son ahora más de las nueve.

Harry Vincent se puso los auriculares y estuvo escuchando algún tiempo.

Luego envió un breve mensaje.

-Doy cuenta de mi regreso -le explicó a Weston-. Ya tenemos nuestras instrucciones. No hacer nada hasta el martes y ese día interceptar la llegada del sexto, si es posible. Espero que tengamos la misma suerte que tuvimos Duncan y yo cuando le descubrimos a usted.

-Y, a propósito -le interrumpió el inglés-, dijo usted que esperaba recoger instrucciones especiales en Nueva York. ¿Las ha recibido?

-Sí; en casa de Duncan me estaba esperando un sobre. Me lo dio Abdul. Aquí está.

Leyó la carta cuidadosamente y luego la arrojó al fuego. Weston vio caer el papel, pero no pudo ver que hubiera nada escrito en él. El hecho le pareció curioso, pero no hizo ningún comentario.

-Instrucciones importantes -anunció Vincent-. Primero: no son precisos más radiogramas hasta el martes. Debemos proceder con la mayor cautela y hemos de seguir nuestro parecer en lo que se refiere al hombre que esperamos.

-Muy bien.

-Si le encontramos -prosiguió Vincent-, debemos dar cuenta inmediatamente, pero no hemos de hablarle, por ningún concepto, de la milagrosa salvación de Duncan.

-¿Por qué no?

-Porque es una cosa increíble. Lo que hemos de contar es sencillamente esto: Duncan y yo le encontramos a usted por casualidad y le explicamos lo que ocurría. Decidimos no visitar el lugar de la cita a la hora señalada. Duncan, actuando independientemente, ha desaparecido.

No sabemos dónde se encuentra, ni nos explicamos su desaparición. Tememos que visitase las ruinas a medianoche, pero no podemos creer que cometiera la imprudencia de ir solo. No hemos investigado por las precauciones que nos vemos obligados a tomar. Sabemos que nos encontramos rodeados de peligros y esperamos el momento oportuno para actuar. El momento será el próximo miércoles, que es la verdadera fecha de la reunión.

-Está bien -convino el inglés-. Debo confesar que, en circunstancias ordinarias, yo tampoco hubiera creído la historia de Bruce Duncan. La idea me parece buena; debemos acostumbrarnos a ella. En todas nuestras conversaciones mencionaremos a Duncan como una persona que ha desaparecido.

-¿Qué le habrá pasado a Bruce Duncan? -preguntó, de pronto, el inglés, encendiendo la pipa.

Vincent sonrió. El comandante comenzaba ya a acostumbrarse a la historia que pensaba contar. Vincent abrió un poco la puerta exterior, pues la habitación estaba llena de humo.

-¿Qué ha hecho usted todo el día? -preguntó al inglés.

-He dado un paseo hasta el pueblo, donde he estado la mayor parte del tiempo.

-Pues ha hecho usted mal. Le podrían haber visto.

-¿Quién? No le he dicho a nadie mi nombre. Usted y Duncan iban con frecuencia.

-Sí, pero nuestro caso era diferente. Nosotros hemos dado una razón de nuestra permanencia aquí, mientras que usted está solo y sin ninguna causa que justifique su presencia en la localidad. Además, se le nota en seguida que es extranjero y puede usted llamar la atención de la gente del pueblo.

-Es cierto -convino el inglés-. Nunca se me había ocurrido pensar en ello. ¿Qué debo hacer? ¿No salir de aquí?

-Creo que es lo mejor. Puede usted subir mañana a la montaña que hay detrás de esta casa. Desde ella es desde donde Duncan y yo vimos las ruinas.

-Magnífica idea -declaró Weston-. Y, a propósito, ¿qué cree usted que le habrá ocurrido a nuestro amigo Duncan?

-No lo sé -replicó Vincent, reprimiendo una sonrisa ante la persistencia con que el comandante trataba de acostumbrarse a la idea de la desaparición de su compañero.

-¿Qué plan tiene usted con referencia al sexto invitado? -siguió preguntando el comandante-. ¿Vigilaremos la estación o el autobús?

-Bajaremos al pueblo por la tarde -dispuso Vincent-. Puede ocurrírsele venir un poco más temprano, lo mismo que hizo usted. Si no tenemos esa suerte, usted regresará en el último autobús y tratará de entablar conversación con cualquiera de los pasajeros que a usted le parezca que puede ser nuestro hombre. Si viene en el autobús, descenderá en el sendero que conduce a las ruinas; usted hará lo mismo y yo les estaré esperando allí.

-Un plan excelente; quizá pueda descubrirle y comenzar las negociaciones en el autobús.

-Esa es precisamente la idea.

Vincent se levantó y salió al porche. El inglés le siguió y los dos hombres permanecieron allí, respirando el aire fresco de la montaña.

-¿Qué le parece este país? -preguntó Vincent.

-Delicioso -opinó el inglés-. Esta semana sería para mí encantadora, si no fuera por la preocupación de Duncan, y me alegro de haber venido. Mañana subiré a esa montaña. ¿Me acompañará usted?

-No; yo me tengo que quedar aquí. Uno de los dos debe permanecer siempre en la casa para atender a la radio; ésa es otra de las razones porque siento que haya usted ido al pueblo.

-Tiene usted razón. Me he debido quedar en casa. Cuando emprendí el regreso ya había anochecido. Un hombre me ha traído en su coche.

-¿Quién era? ¿Un indígena?

-No lo creo. No le he podido ver la cara, porque estaba muy oscuro, pero hablaba como si fuera un forastero. Me ha traído hasta el camino de esta casa.

-¿No le habrá usted dicho dónde vivía? -Vincent hizo la pregunta con ansiedad.

-No; sólo le dije que estaba en una casa próxima.

Harry Vincent se enderezó súbitamente. Sacó una lámpara del bolsillo y alumbró los alrededores del porche.

-¿Qué ocurre? -preguntó el inglés.

-Me ha parecido oír un ruido por ahí. Algo como si se rompiera una rama.

Quizás ha sido una ilusión.

-Probablemente algún animal.

-Probablemente. Los bosques están llenos de ellos.

Vincent se guardó la lámpara y seguido del comandante entró en la casa.

CAPÍTULO XXXV
LA SEXTA VÍCTIMA

Un forastero se apeó del tren de la tarde en Culbertville. Era un individuo atildado y de buena presencia, con un pequeño bigote que formaba una línea negra por debajo de la nariz aquilina.

Miró a su alrededor con interés, fijándose especialmente en los pasajeros que llenaban el autobús para emprender su viaje a través de las montañas.

Se aproximó como si quisiera hablar con el conductor. Luego, cambiando al parecer de opinión, se sentó en un banco del andén de la estación.

El autobús se puso en marcha, pero él no se movió. Acabó de fumar un cigarrillo; luego echó a andar por la calle y se detuvo para encender otro, junto a un coche parado, en el que había sentados dos hombres.

El forastero levantó la cabeza y los vio.

-Perdonen -dijo con una amable sonrisa-. ¿Dónde está el camino que conduce a aquella montaña?

-Siga adelante y lo encontrará -repuso el que estaba sentado al volante-. Pero debería usted haber tomado el autobús.

-Ya lo he pensado -replicó el forastero-. Pero lo puedo tomar en su próximo viaje.

-No lo hace hasta las once y media de la noche.

-No tengo prisa -replicó el recién llegado, encogiéndose de hombros.

-Nosotros vamos en esa dirección. Si quiere usted, le llevaremos con mucho gusto.

El forastero titubeó.

-Les incomodaría demasiado -dijo.

-De ninguna manera. Hay sitio bastante para los tres. Venga, si gusta.

El forastero aceptó la invitación.

-Mi nombre es Vincent -dijo, presentándose el que conducía el coche-. Este señor es el comandante Weston.

-Yo soy Garrison Cooper.

-¿Hasta dónde quiere usted llegar por ese camino?

-No estoy muy seguro. Me he de detener en un viejo sendero que hay hacia la mitad.

-¿Uno que conduce a unas ruinas?

-¿Cómo ha caído usted tan pronto?

Vincent se echó a reír.

-Vivimos cerca -dijo-. Tenemos una casa a menos de media milla de distancia. ¿Quiere usted venir a verla?

Cooper estuvo un momento estudiando a Vincent. La invitación había sido hecha de una manera amistosa y natural.

-Con mucho gusto. -Cooper había pasado, al parecer, por un momento de inquietud.

Cuando el coche se detuvo delante de la casa de Josh Stevens, Cooper fue el primero en apearse.

-Es nuestro hombre -murmuró Weston.

-Lo sé le replicó -Vincent-. Tenemos que enterarle de la situación.

Vincent introdujo en su alojamiento al forastero, que mostró interés al ver la instalación de radio.

-¿Qué es esto? -exclamó-. ¿Una emisora?

-Sí -replicó Vincent.

-¿Qué radio tiene?

-Algunos cientos de kilómetros nada más. Pero podemos recibir desde mucha más distancia.

-Hasta desde Rusia -dijo el comandante Weston.

Cooper giró sobre sus talones y se quedó mirando al inglés, con la excitación reflejada en el semblante. Las manos y los brazos le temblaban nerviosamente.

-¿Por qué dice usted eso? -exclamó.

-Porque he creído que le interesaría -repuso el inglés-. Soy un amigo, señor Cooper. Yo también tengo interés en Rusia. -Sacó un papel del bolsillo y lo desdobló ante los ojos atónitos del huésped-. Hace algunos meses recibí esto -explicó-. Lleva el sello del príncipe Samanov.

Cooper se apoderó del papel y lo estudió minuciosamente, deteniéndose especialmente en el sello.

-Es exactamente igual a uno que yo he recibido -confesó al fin-. Pero, ¿por qué lo ha conservado usted? Yo quemé el mío. Sospechaba que vendrían otros, pero no estaba seguro.

-¿Por qué lo quemó usted?

-Por temor a perderlo y que alguien lo pudiera ver. Después recibí otro. ¿Y usted?

-También. Aquí lo tengo.

Cooper exhaló un grito de sorpresa al leer la segunda misiva.

-Le dijeron a usted que viniera ocho días antes. La segunda carta que yo he recibido fija la fecha sólo para el día anterior. Esta noche en lugar de mañana por la noche. ¿Fue usted el martes pasado?

El inglés meneó la cabeza.

-Supe que la segunda carta era una falsificación, una trampa en la que hubiera perdido la vida.

Cooper se dejó caer en una silla, dando señales de pánico. Escuchó atentamente la historia que le contó, concisa y fríamente, el comandante Weston.

-¡De manera que no fue usted! -exclamó Cooper, cuando terminó el relato-. ¿Pero qué ha sido del joven Duncan? No creo que fuera tan loco que se presentase allí en su lugar.

-Tememos que sí -replicó el comandante con voz ahogada-. Hace una semana que desapareció. Quizás ha sufrido la misma muerte que sufrieron los otros cuatro. Usted y yo somos los únicos supervivientes. Podemos decir que tenemos suerte.

-¿Qué debo hacer? -inquirió Cooper-. ¿Quedarme aquí con ustedes esta noche? No puedo regresar solo.

-Quedarse aquí. Ese era nuestro plan. Atacaremos mañana. Somos tres; esperábamos ser cuatro, pues contábamos con Duncan. De todas maneras, nuestras fuerzas superan a las de los hombres que se encuentran en las ruinas. Quizás haya alguno más, pero lo dudo. -No hay

que olvidar las fuerzas que tiene el hombre mono -advirtió Vincent-Yo he luchado con él y lo sé.

-¿Por qué no vamos esta noche? -inquirió Cooper.

-Tenemos que someternos a la decisión del hombre que nos dirige. Seguimos los planes de un jefe.

Garrison Cooper asintió. Luego se dirigió a Weston.

-Al fin y al cabo, ha sido una suerte que usted haya guardado sus cartas con el sello del príncipe Samanov. Yo recibí una carta del príncipe poco después de la revolución rusa; era una carta muy personal y en ella me recomendaba que la destruyera, así como todas las comunicaciones similares que pudiera recibir. Los dos últimos mensajes los consideré como tales.

-¿Cuáles eran sus relaciones con mi amigo el príncipe? -preguntó el inglés.

-Le conocí en Francia -dijo Cooper-. Le presté una considerable suma sin más garantía que su palabra y suponía que en esta reunión se disponía a pagarme. No creí que el venir representase peligro alguno, pero me di cuenta de que era necesario guardar el secreto, pues el agente del príncipe Samanov podría haber tenido dificultades en su salida de Rusia.

-¿Viene usted de muy lejos?

-De Rhode Island.

Harry Vincent estaba trabajando en la radio. Garrison Cooper se fijó con curiosidad en cómo miraba el comandante Weston la caja que había sobre la mesa. Esperó hasta que Harry enviara el mensaje.

-¿Qué es ese instrumento? -inquirió.

-Un eliminador de estática -aclaró Vincent-. Fue instalado la noche en que...

-Un aparato muy ingenioso -le interrumpió el comandante Weston-. Cuando yo vine ya estaba puesto.

-Lo pusimos Duncan y yo la misma noche en que llegamos. Formaba parte del equipo.

Vincent dirigió a Weston una mirada de agradecimiento. La interrupción fue oportuna. Si hubiera acabado su frase diciendo: «La noche en que Duncan desapareció», hubiera revelado el hecho de que la Sombra había efectuado una misteriosa visita a la casa.

Bruce Duncan, durante sus pocos momentos de lucidez, había relatado a Vincent y a Weston su aventura.

Comprendieron la parte que la Sombra había desempeñado y el primer mensaje del otro día les explicó el objeto de la instalación del nuevo aparato.

Vincent recibió una contestación a su mensaje.

-Las mismas instrucciones -anunció-. Esta noche no tenemos que hacer nada. El hecho de que Cooper no aparezca, no alterará la situación. La gran batalla será mañana por la noche. Chefano permanecerá en su puesto para recibir al mensajero del príncipe Samanov.

-¿Llegará ese mensajero? -preguntó Cooper.

-No lo sabemos. Quizá llegue antes de la medianoche. Mañana a medio día recibiremos nuestras instrucciones finales.

Los tres hombres fueron a cenar a un pueblo situado al otro lado de la montaña, pues Vincent fue del parecer de que no regresaran a Culbertville.

Después de comer se quedaron en la población hasta la noche, de manera que eran más de las doce cuando regresaron a su alojamiento.

-Se acabó -dijo Vincent, al entrar en la casa-. Me alegro de que no hayamos estado aquí a medianoche. Temía que alguno de ustedes se hubiera sentido aventurero, como suponemos que le ocurrió a Duncan.

-¡Pobre Duncan! -suspiró Weston-. Si cayó en la trampa, Chefano supondría que era yo. Quizás haya sido él la quinta víctima.

Garrison Cooper se estremeció.

-Yo hubiera sido la sexta -musitó-. Me alegro de que hayan pasado ya las doce.

Cooper tenía que dormir en la antigua habitación de Duncan. Weston subió la escalera, mostrándole el camino. Vincent permaneció junto al aparato de radio, aparentemente para transmitir un último mensaje.

Se entretuvo durante una hora. Luego subió en silencio la escalera. Escuchó ante las dos puertas cerradas. Se aseguró de que Cooper y Weston dormían y se retiró a descansar.

CAPÍTULO XXXVI
LA SORPRESA

El miércoles fue un día de expectación. Después de la una de la tarde, Vincent envió algunos mensajes, pero no obtuvo respuesta hasta cerca de las seis. Repitió el radiograma recibido a sus dos compañeros:

«Pronto recibirá usted otras instrucciones. A menos de que se le dé más tarde una orden en contrario, siga este plan. Salga a las once de la noche con Weston y Cooper. Sorprendan a Chefano y al hombre mono. Tengan cuidado con un tercer individuo llamado el Francesito. Puede estar escondido. Esperen a la puerta de la verja desde las nueve, por si el enviado del príncipe Samanov llega temprano. En cualquier caso, ataquen a las once. Luego esperen para recibirle. No recibirán ustedes auxilio. Los tres deben ser suficientes. Las circunstancias hacen que sea difícil prestarles asistencia. Den cuenta inmediatamente después de las operaciones.»

Vincent siguió con los auriculares en los oídos, pues a continuación del mensaje recibió la indicación de que esperase.

La radio continuó transmitiendo inesperadas instrucciones. Vincent las repitió en voz alta:

«Envíe a Weston a la cabaña. Debe ir inmediatamente y asegurarse de que no hay nadie en ella.»

El inglés salió de la casa y acto seguido llegó otro mensaje:

«Haga el favor de decirme si ha salido ya Weston. Procure que el eliminador de estática funcione perfectamente. Dígale a Cooper que lo vigile.»

Vincent puso la mano sobre el transmisor. Indicó a Garrison Cooper que se acercase a la caja.

-Mire ahí -le dijo-, y avíseme si las luces no cambian con regularidad. Parece que la estática es hoy muy fuerte.

Cooper siguió las instrucciones, mientras Vincent comenzaba a transmitir.

Informó de que Weston había salido ya para su investigación de la cabaña. La respuesta llegó rápidamente:

«Atención. Importante.»

Vincent indicó a Cooper que podía retirarse del instrumento y se quitó los auriculares al advertir que su compañero movía los labios.

-Weston me tiene preocupado -dijo Cooper, nerviosamente-. ¿Y si saliera al porche a esperarle?

-Bueno -asintió Vincent-; pero permanezca ahí hasta que yo salga. No corre ningún peligro en esa cabaña. Esto es sólo una medida de precaución, supongo.

Garrison Cooper salió y Vincent se volvió a poner el casco de los auriculares. Pasaron algunos minutos. Al cabo de ellos comenzó una nueva comunicación:

«Importante. La hora de comenzar las operaciones sigue siendo la misma. Pero en cuanto regrese Weston, dígale a Cooper que...»

La comunicación se interrumpió bruscamente, como si en el aparato receptor hubiera ocurrido alguna avería. Vincent se quitó el casco y empezó a investigar.

No hallando nada, se acercó a la puerta. Cooper estaba de pie en los escalones, con la cara vuelta hacia el bosque.

-En la radio ha ocurrido algo -anunció Vincent.

-¿Lo ha encontrado usted? -preguntó Cooper, con ansiedad.

-No. ¿Ha visto usted a Weston?

-Todavía no.

Vincent salió para verlo. La suposición de Cooper había sido acertada. Un extremo de la antena se había desprendido y el otro lado estaba enredado en un árbol. Soplaba un poco de viento y Vincent supuso que el movimiento de las ramas del árbol había sido la causa del daño. A la espalda de la casa halló una escalera de mano. Cooper entró a buscar unas tenazas.

Cuando volvió con ellas, el comandante Weston apareció entre los árboles.

-¿Puedo ayudar? -preguntó.

-Lo arreglaré sólo en unos minutos -replicó Vincent, desde lo alto de la escalera-. Cooper puede ayudarme si es necesario.

El inglés entró en la casa y estaba sentado y fumando su pipa, cuando Vincent entró seguido de Cooper.

La avería era más importante de lo que Vincent había supuesto y tuvo que hacer una inspección completa antes de tenerla reparada. En total necesitó una hora.

Llamó de nuevo, pero no obtuvo respuesta. Participó con sus compañeros de una cena fría y volvió a su trabajo con el mismo resultado.

-Son cerca de las nueve -observó Weston.

El inglés tenía razón. Había llegado el momento de partir, y aún no habían recibido las últimas instrucciones de la Sombra. Vincent estaba inquieto.

El accidente de la antena y la avería en el aparato habían sido una extraña coincidencia.

Cooper estaba en el porche cuando ocurrió el primero y Weston dentro de la casa en la segunda ocasión.

Ninguno de los dos se podría haber acercado al aparato sin ser visto por el otro y podrían existir razones para que uno de los dos quisiera interrumpir las comunicaciones por radio, pero no era ciertamente probable que los dos estuvieran de acuerdo en ello.

La noche estaba despejada, pero oscura, pues la luna no había salido todavía. Vincent calculó que no saldría hasta muy tarde, tal vez hasta después de medianoche. Era necesario, sin embargo, que partieran en el acto.

Sacó tres pistolas automáticas. Las que perdió Duncan habían sido reemplazadas, más una para el comandante Weston.

Cada uno de sus compañeros tomó una de las pistolas y él apagó las luces de la casa.

Llegaron en silencio a la puerta de la verja. Dos horas de espera, que fueron muy largas para los tres hombres, aunque Weston la pasó con facilidad fumando su pipa entre las manos, para impedir que pudieran salir chispas del hornillo. El viento murmuraba misteriosamente entre los árboles.

-¡Las once! -anunció Vincent, en voz baja.

Entraron en el recinto cercado y avanzaron por el viejo sendero. La luna empezaba a levantarse en e1 horizonte. La torre de las ruinas era claramente visible. Vincent iba delante, manteniéndose a la sombra de los árboles.

La oscuridad era absoluta a la sombra de los muros. Reinaba el más profundo silencio. Hasta el murmullo del viento había cesado al aparecer la luna.

Los tres hombres alcanzaron los escalones de piedra que conducían a los sótanos. Distinguieron una luz desde el pasillo.

-Yo entraré primero -murmuró Vincent-. Cooper detrás y Weston el último. Hay que vigilar la retirada. No se aparte de estos escalones, Weston, pero no pierda el contacto con nosotros. No hagan fuego, a menos que sea absolutamente necesario -siguió diciendo Vincent-. Si es posible, debemos capturar vivos a Chefano y a su hombre mono, pero debemos prevenirnos contra un tercero que puede haber.

No explicó la razón a Cooper, pero el inglés asintió en la oscuridad. Weston conocía todos los detalles de la aventura de Duncan.

-Recuerden -advirtió Vincent-, que el ruso debe llegar de un momento a otro y que si oye tiros puede alarmarse por lo tanto, hemos de trabajar en silencio, si es posible. No se nos espera y podemos atacar por sorpresa.

Entró sin ruido en el pasillo. Cooper le siguió y cuando se aproximaban al final, Vincent le indicó que vigilase la puerta que allí se veía. Cooper hizo señal de haber comprendido.

Al llegar a la puerta de la derecha, Vincent se encogió y con un súbito movimiento entró en la estancia iluminada, donde se hallaba Chefano sentado ante una mesa y Jupe tendido en el suelo a su lado.

Cuando ambos se levantaron estaban cubiertos por la pistola de Vincent.

La consternación se asomó a los torcidos labios de Chefano. El hombre mono gruñó a la vista del arma. Se había levantado de un salto, pero retrocedió al ver a Chefano levantar las manos.

-¡Adelante! -gritó Vincent. Cooper entró en la habitación y Weston apareció al final del pasillo.

-Esa puerta, comandante -ordenó Vincent-. Mire si hay alguien detrás.

El inglés encendió una lámpara de bolsillo; abrió la puerta y miró.

-Es la entrada de un cuarto pequeño. Hay que bajar dos escalones para entrar. Está vacío. -Hizo una investigación del cuarto que mencionaba y regresó-. Buenas paredes -declaró-. Es una cripta en regla. No hay otra entrada.

-Muy bien -asintió Vincent-. Los meteremos en ella.

Ordenó a Chefano que se levantase.

En los labios torcidos se dibujaba una horrible mueca cuando Chefano se levantó para obedecer.

Lanzó un silbido de mando y Jupe le siguió. Weston estaba en el pasillo con la pistola preparada cuando los prisioneros entraron en la cripta.

Vincent, en lo alto de los dos escalones, alumbró la escena con su lámpara.

El inglés descendió con los dos prisioneros y los registró tranquilamente; Jupe se encogía durante la operación. Weston sacó un revólver del bolsillo de Chefano.

-Ya no hay que temer nada de ellos -aseguró con calma.

Cerró la puerta de la bóveda. Estaba provista de un grueso cerrojo, que el inglés corrió y aseguró.

Cooper sonrió como si se tranquilizara.

-Tienen ustedes nervio -confesó-. Debo admitir que yo estaba asustado; pero ustedes los han manejado como si fueran niños. Bueno; ya los tenemos, pero quizá quede alguno más.

-Vamos a verlo -declaró Vincent-. Dos de nosotros pueden permanecer en esta habitación, que es, evidentemente, el lugar de la cita y el tercero hará guardia en el pasillo.

-Yo me encargo de la guardia -propuso Cooper-. ¿Qué debo hacer?

-Tener la espalda pegada a la puerta de la bóveda para oír lo que pueda ocurrir dentro. Tener la pistola preparada y no dejar de mirar hacia la entrada del pasillo. En el momento en que oiga usted a alguien, entre aquí. Si es un enemigo estaremos preparados para recibirle y si es el mensajero le explicaremos lo ocurrido a su satisfacción.

-De acuerdo -convino Cooper.

Vincent y el inglés se sentaron ante la mesa. Ambos tenían sus pistolas preparadas, esperando una señal de Cooper, que había ocupado su puesto en el pasillo.

-Esta noche sólo hay dos hombres, parece -observó Vincent, en voz baja, que sólo Weston pudo oír.

-Duncan dijo que había tres -replicó el inglés en el mismo tono.

-Sí; un tercero llamado el Francesito. No creo que esté aquí hoy. No era necesario. Chefano tiene la insignia y recibiría el dinero sin ningún obstáculo.

-¡La insignia! -exclamó el comandante, en voz más alta-. Chefano no la llevaba encima cuando le he registrado. Debe de estar en algún lado, dentro de este cuarto.

Vincent examinó la mesa. No tenía cajones. Sus ojos escrutaron la habitación. En el rincón más lejano habla una caja parecida a un ataúd; y en el rincón opuesto dos cajas más pequeñas.

Dejó la pistola sobre la mesa y se acercó a inspeccionar. Dentro de una de las cajas halló varios sobres y un estuche de madera.

-¡Mire! -exclamó.

Weston se aseguró de que Cooper continuaba de guardia. Estaba mirando en la habitación donde estaban encerrados Chefano y Jupe.

-Vigile el pasillo -le advirtió el inglés-. Después podrá usted ver a esos dos.

Cooper obedeció. Weston dejó su pistola sobre la caja en que estaba sentado y se reunió a Vincent.

-¡Bien! -La voz de Cooper sonó en la puerta de la estancia.

Los otros dos se volvieron. Y se encontraron ante los ojos el cañón de la pistola de Cooper. Una carcajada sardónica se escapó de los labios de éste.

-Conque fácil, ¿eh? -exclamó-. Han creído ustedes que Chefano y Jupe eran fáciles. Ustedes sí que lo son. Pensaban que podría haber otro hombre, pero no han sospechado que estuviera a su lado desde ayer.

Vincent y Weston estaban inmóviles como estatuas. La inesperada sorpresa les paralizó. Atónitos vieron como su antiguo compañero se acercaba a la mesa y se apoderaba de sus pistolas, sin dejar de cubrirles con la que ya tenía en la mano. Les ordenó que levantasen las manos.

Su amable sonrisa se había transformado en una mueca maligna. Con la mano izquierda tiró del bigote y retiró aquel adorno de su rostro.

-¡Garrison Cooper! -exclamó-. Garrison Cooper murió hace un mes y se llevó su secreto a la tumba, pues destruyó ambas cartas en cuanto las recibió. Murió de un ataque al corazón. No le esperábamos. Aquí sólo vienen los vivos, y no vuelven a salir. Ni siquiera me parezco a Garrison Cooper; pero ustedes no lo sabían. Me llamo, es decir, me llaman el Francesito.

CAPÍTULO XXXVII
EL CUARTO DE LOS TORMENTOS

Del pasillo subterráneo que se extendía por debajo de las ruinas, salió a la luz de la luna un pequeño grupo de hombres.

Harry Vincent y el comandante Weston marchaban delante con los brazos levantados por encima de sus cabezas.

El Francesito les seguía, amenazándoles con su pistola automática. Chefano y Jupe, libertados de su prisión, cerraban la marcha.

Vincent y Weston fueron introducidos en una estancia de techo bajo, lóbrega y siniestra como una tumba.

En un rincón se abría una puerta y por ella se veía el principio de una escalera, que conducía, sin duda, a lo alto de la torre de piedra.

En el centro de la habitación había una mesa baja y plana. Tenía fijas varias cadenas a un extremo e instalado en cl otro, entre dos postes, un rodillo de madera. Al lado de cada poste se veía una rueda de palancas, toscamente construida. También había cadenas fijas al rodillo.

-Colócalos en la mesa -ordenó Chefano.

-Acuéstense en la mesa -dijo el Francesito, repitiendo la orden.

Vincent y Weston titubearon.

-Acuéstense -volvió a mandar el Francesito-. Llama a Jupe, Chefano. Él se encargará de ellos.

Ambos prisioneros obedecieron para evitar la amenaza del hombre mono.

En la mesa apenas había espacio para los dos. Siguiendo las instrucciones de Chefano, quedaron con los pies hacia el extremo inferior de la mesa y las cabezas a alguna distancia por debajo del rodillo.

Chefano se reía al sujetarles los pies y las manos por medio de las cadenas de cada lado.

-¿Qué idea es ésta? -preguntó el Francesito.

-Un potro -dijo Chefano, colgando la linterna de un alambre que pendía del techo-. La mesa estaba ya aquí cuando yo llegué, pero he tenido que construir los postes y el rodillo. Es un potro igual a los que se empleaban en Italia no hace muchos años para hacer hablar a los presos. Cuando se da vueltas al tornillo, las cadenas estiran el cuerpo. Y cuando el cuerpo empieza a estirarse, la lengua se desata. Lo hice por si acaso necesitábamos arrancarle información a alguien, pero no ha habido ocasión para usarlo.

El Francesito sonrió son admiración.

-Le das vueltas al rodillo, ¿eh? -preguntó.

-Sí. Cada rueda tiene un piñón para que no pueda aflojarse, de manera que un hombre solo puede maniobrar las dos, yendo de una a otra.

Hizo señas al hombre mono. Jupe había recibido sin duda instrucciones acerca del uso del potro. La inhumana criatura gruñó para indicar que había comprendido lo que se quería de él.

-Vamos -dijo Chefano-. El ruso puede haber llegado ya. Deja la luz para que Jupe vea lo que hace.

-Uno de nosotros debería venir de cuando en cuando para asegurarse de que no hay novedad.

-Sí, ya lo haremos. Pero no hay que preocuparse por Jupe. Vamos.

Después de que se hubieron marchado los dos hombres, Jupe comenzó a dar vueltas alrededor de la mesa. Acercó su cara deforme a los ojos de los encadenados y gruñó.

Puso sus manos en el cuello de Vincent, quien por un momento pensó que había llegado al final. Pero Jupe recordó indudablemente sus instrucciones, pues se acercó a los postes y cogió una de las palancas.

El rodillo dio una vuelta. El hombre mono repitió la operación y Vincent sintió la tensión en los brazos.

-¿Qué hacemos? -preguntó con desesperación a su compañero-. ¿Gritamos para que nos ahogue de una vez?

-Aguante un poco -replicó Weston.

Jupe pasaba lentamente de un lado del rodillo a otro, deteniéndose de cuando en cuando a los pies de la mesa, para contemplar la cara de sus víctimas. Las cadenas estaban ya tensas.

La vuelta siguiente arrancó un gemido de angustia de los labios de Vincent.

El inglés reprimió el aliento cuando dio vuelta a la rueda de su lado.

-No puedo soportarlo más -murmuró Vincent-, y voy a gritar mientras tenga fuerza para ello.

Vio la horrible cara del monstruo a dos dedos de la suya. Abrió la boca para exhalar el grito que había de acarrearle la muerte. La estrangulación sería un consuelo comparado con aquella tortura.

Antes de que pudiera gritar, Jupe levantó la cabeza con un rugido ronco y miró algo que había aparecido al pie del potro. Se encogió como para saltar por encima de los cuerpos de sus prisioneros.

Vincent consiguió levantar un poco la cabeza. Al pie de la mesa se erguía una figura envuelta en una capa negra, que completaba el lúgubre espectáculo de la cámara del tormento.

Era como un fantasma del pasado, un inquisidor de la Edad Media.

Llevaba la cura cubierta por el embozo, pero por debajo del ala del sombrero se advertía la mirada penetrante de dos ojos que despedían llamas.

La presencia de aquella morbosa aparición era un tormento más para la mente exaltada de Vincent. El inglés había visto también el fantasma.

Jupe no saltó por encima de la mesa, sino que se deslizó por un lado para acercarse rugiendo, a la aparición. De la negra figura partió un silbido: la señal que el monstruo estaba acostumbrado a obedecer. Jupe se detuvo.

-Es Chefano -murmuró Vincent-, Chefano que ha venido a vernos sufrir.

-No te muevas, Jupe. -La negra figura se acercó al extremo superior de la mesa. Se inclinó sobre los dos hombres, sumergiéndoles en su enorme sombra. Vincent sintió la mirada de sus ojos.

Habló de nuevo, pero no con la voz de Chefano, sino con aquel murmullo extraño y silbante que Vincent había oído otras veces.

-Ataquen a Chefano y al Francesito -dijo lentamente-. Encontrarán armas sobre los escalones de piedra. Los dos hombres están en el subterráneo. Yo me encargo del monstruo.

Cesó la tensión de las cadenas. Los dos prisioneros fueron puestos en libertad con asombrosa rapidez. Jupe empezó a gruñir.

Un silbido le redujo al silencio. Pero cuando Vincent y Weston se incorporaron en el potro, el monstruo presintió que había sido engañado. Con un horrible aullido de rabia, saltó sobre el hombre de la capa negra.

Vincent vio como su elevada figura se fundía con las sombras de la habitación. El hombre mono erró el golpe.

-¡Pronto! -ordenó con voz imperiosa-. ¡Salgan!

Los ojos penetrantes de Jupe distinguieron la forma de su adversario. Con los brazos abiertos se dirigió a él. Vincent y Weston estaban ya en el suelo y corriendo hacia la puerta tan deprisa como sus miembros se lo permitían.

Vincent volvió la cabeza y vio como la Sombra eludía el ataque del hombre mono. Con sorprendente presteza ganó la escalera de la torre y se perdió en ella, seguido por Jupe.

De las alturas descendió una risa hueca y burlona que despertó los ecos en la bóveda.

Una risa siniestra, una risa más aterradora que el potro del tormento.

CAPÍTULO XXXVIII

EL COMBATE EN LA TORRE

La sorpresa de Chefano y su cómplice, cuando los dos supuestos prisioneros aparecieron en la puerta del cuarto, fue completa.

Ambos bandidos estaban engolfados en una intensa conversación, sentados junto a la mesa. Levantaron la cabeza al entrar Vincent y el comandante y se rindieron ante sus pistolas.

Vincent les mandó que salieran de la habitación, Weston descubrió una cuerda en un rincón, y mientras Vincent apuntaba con la pistola, el inglés ató sólidamente a los cómplices y los tendió en el suelo, después de haberlos desarmado.

Cuando hubieron terminado, Vincent miró hacia la torre y un grito se escapó de su garganta. En lo alto aparecieron dos figuras. Una flexible y elevada; otra recia y más baja.

-¡Mire! -exclamó.

Weston levantó la pistola. Era un tiro largo y Vincent le dio un golpe en el brazo cuando se disponía a apretar el gatillo. Las dos figuras se habían juntado. Estaban luchando.

Era un espectáculo extraordinario. Una exclamación de sorpresa se escapó de los labios del inglés, al ver como la Sombra hacía retroceder a Jupe.

Era increíble que pudiera resistir la fuerza del monstruo.

Y sin embargo, la lucha parecía igualada. Jupe se rehizo y por un momento pareció que la Sombra cedía. Luego las dos formas permanecieron inmóviles, pero los espectadores sabían que ambos estaban empleando todas sus fuerzas.

Pasaban angustiosamente los minutos y la contienda continuaba a la blanca luz de la luna. La superioridad del hombre mono se hacía cada vez más aparente. Jupe era quien atacaba.

-Se separarán alguna vez -murmuró Weston, con una voz que revelaba su ansiedad-. Tengo buena puntería aún a esta distancia. Pero hemos de esperar a que se hayan separado.

-El monstruo lleva ventaja -replicó Vincent-. No podemos esperar demasiado, si no queremos llegar tarde.

Como respuesta a la triste profecía, las dos formas empezaron a moverse hacia el parapeto. Por un trágico segundo, la Sombra estuvo aplastada sobre el borde. Pudo recobrar su posición, pero Jupe seguía dominando.

La fuerza humana cedía, mientras el poder del monstruo aumentaba. La Sombra cedió bajo el peso de Jupe. Reapareció doblada sobre el parapeto.

Sus brazos perdieron la presa sobre el monstruo y se agarraron a la pared de piedra. Su cabeza y sus hombros se proyectaban por encima de la pared.

Estaba haciendo el último y supremo esfuerzo.

Luego vino el terrible final. La Sombra se enderezó con los brazos abiertos y la capa flotando a la brisa de La noche. Weston hizo fuego al ver a Jupe retroceder para saltar, pero la bala no dio en el blanco.

El hombre mono se fundió con su víctima. La forma alta y delgada fue levantada en el aire. Los dos cuerpos desaparecieron al agacharse el monstruo para arrojar a su adversario por encima del parapeto.

Una parte de éste cedió al impacto de los dos contendientes. Una forma humana, envuelta en la capa negra, cayó entre una lluvia de escombros y se estrelló contra las piedras de abajo.

Una silueta encogida se dibujó sobre la torre.

Los ojos del inglés se detuvieron un instante sobre la masa informe que yacía entre las ruinas del viejo edificio.

Instintivamente habían seguido la caída fatal. Vio la siniestra forma que se apoyaba en el derruido parapeto y disparó sobre ella, al mismo tiempo que desaparecía.

Vincent trepaba por las ruinas, arriesgando su vida entre las piedras sueltas.

Su compañero le siguió. Su único pensamiento estaba en el vencido. Quizá por algún milagro la Sombra vivía aún.

La capa negra cubría el cuerpo. Weston alumbró con su lámpara y Vincent apartó la capa. Siguió un grito de asombro.

Vincent encontró la cara brutal y repugnante de Jupe, el hombre mono, debajo de la capa. En su salto final, e1 monstruo se había enredado en la negra vestidura de la Sombra. Su poderoso cuerpo rompió el parapeto y se precipitó en el vacío, arrancando la capa de los hombros de su adversario, que logró mantenerse a salvo.

La figura que permaneció en la torre era la de la Sombra.

Un súbito rumor arrancó a Vincent de sus meditaciones. Dos hombres salieron por la puerta de los sótanos y huyeron hacia los bosques. Estaban ya lejos. Uno de ellos llevaba algo debajo del brazo.

-No podremos alcanzarlos -gritó Weston.

Los dos fugitivos se perdieron entre los árboles. Vincent comenzó a descender. Llegó a la entrada de los sótanos y se internó en el pasillo, seguido por el inglés.

-¿Adónde va usted? -le preguntó éste.

-A por aquella caja de madera. Es un ataúd que nos servirá para el cuerpo de Jupe.

-¡Silencio! -advirtió el comandante, cuando llegaron al final del pasillo-. He oído algo.

El ruido se repitió detrás de la puerta de la cripta. La abrieron y la luz de sus lámparas reveló la forma de un hombre que yacía en el suelo, atado de pies y manos.

Le aliviaron de sus ligaduras. El inglés expresó su sorpresa cuando le vio la cara.

-¡Berchik! -exclamó-. El criado de confianza de Samanov. ¡Es el mensajero! Ha llegado mientras estábamos en el potro y le han capturado.

-Y han escapado con el tesoro-murmuró Vincent.

CAPÍTULO XXXIX
LA MANO DE LA SOMBRA

Un coupé de líneas bajas volaba por una carretera de Pennsylvania. Sus dos ocupantes reían alegremente, mientras el vehículo devoraba la distancia.

-Magnífico golpe, Francesito -decía el de la derecha. Abrió un caja que llevaban entre los dos sobre el asiento. La luz de la luna arrancó brillantes reflejos a su contenido. Volvió a cerrarla.

-Afortunadamente son piedras y no oro -declaró el que llevaba el volante, sin apartar los ojos del camino-. Deben de haber empleado el oro para otras cosas y han enviado las gemas, que son fáciles de transportar.

-¿Cómo las habrán podido entrar en los Estados Unidos?

-Burlarse de las Aduanas de este país es fácil, comparado con el trabajo de sacarlas de Rusia. ¿Qué más da, Chefano? Lo importante es que las tenemos.

-Sí, eso es lo principal. Hemos tenido suerte. ¿Quién sería el que soltó a aquellos dos individuos del potro? Quizá la Sombra de que hablaban. Debió de ser el mismo que estaba luchando con Jupe en la torre.

-¿Dónde se habrá metido Jupe?

-Se habrá escondido en alguna parte. No hay que pensar más en él.

-Obramos cuerdamente, al salir corriendo después de coger el tesoro -añadió Chefano-. No se les ocurrió vigilarnos. Estaban distraídos con el combate entre su amigo y Jupe. Mi única idea, cuando te empecé a desatar, era apoderarnos de la caja y escapar. -No nos podían

seguir por los bosques. Si hubieran sabido dónde tenía yo el coche, tal vez nos hubieran dado un mal rato. Ahora ya estamos lejos y seguiremos alejándonos.

-Tú ya no tienes nada que hacer, Francesito. De ahora en adelante el asunto es mío. A ti ya te han pagado por tu trabajo. Pero como has sido tan útil, te daré algo más de lo convenido.

-Tendrás que repartir el botín conmigo por partes iguales -afirmó el Francesito.

-¿Cómo es eso? -demandó, duramente, Chefano-. ¿Y qué dices de Isaac Coffran? Hace muchos años que trabajo con él.

-Déjale fuera por esta vez.

-No hay que pensar en ello. Soy demasiado listo para hacer una cosa así, Francesito. No es prudente traicionar a ese viejo.

-Bueno; pues hagamos tres partes.

-Si Coffran está de acuerdo -dijo, al fin-, te daré a ti el veinticinco por ciento, deduciendo lo que ya has recibido.

El Francesito sonrió. No contestó inmediatamente. El coche rodaba por una curva. Con los ojos fijos en el camino trataba de mantenerle a la misma velocidad.

Al cabo de un rato habló:

-Convenido. Pero cuando pienso que tenemos todo el botín aquí en el coche...

Se detuvo al oír una viva exclamación de Chefano. Desvió los ojos para mirar la caja de las joyas. Una mano se había posado sobre ella, una mano que entraba por la ventanilla posterior del coupé!

Sólo la mano era visible a la luz de la luna. El Francesito no pudo ver el brazo.

-¿Conque tenéis el botín? -murmuró una voz burlona-. Estáis equivocados. ¡Lo tengo yo!

-¡No me detendré, Chefano! -gritó el Francesito-. No puede apearse a esta velocidad. ¡Cógele! ¡Es la Sombra!

Chefano tendió las manos hacia la caja, que estaba ya al nivel de la ventana.

Un brazo vestido de negro movió la capa hacia la derecha y dio con ella un violento golpe en la cara de Chefano.

El Francesito fue rápido. Levantó el brazo y asió a su vez la caja. Pero no podía apartar los ojos del camino. Con la mano izquierda conducía.

-¡Ayúdame! -le gritó a Chefano, pero no obtuvo respuesta. Su cómplice estaba aturdido por el golpe recibido.

El Francesito sintió que la presa se escapaba de sus dedos. Volvió la cabeza con desesperación. La ventana estaba obstruida por una forma negra. Echó otra ojeada al camino y trató en vano de rectificar el rumbo del automóvil.

A menos de cinco metros, una luz roja anunciaba una pronunciada curva.

Era demasiado tarde. El coche se precipitó contra los postes de la cerca y los destrozó como si fueran cerillas. Saltó por el borde del precipicio y se hundió en el río que corría por debajo.

Los dos hombres quedaron presos dentro del coche y se hundieron con él en el agua. El río era profundo en aquel punto. El coche dio una vuelta completa al caer, sacudiendo los cuerpos que llevaba dentro.

Pero antes de que tocase el agua, una figura se destacó de él y fue proyectada a diez metros de distancia.

Una cabeza apareció sobre las ondas. Flotó algunos momentos y luego surgieron a su lado dos brazos que comenzaron a nadar vigorosamente.

Un hombre salió a la orilla, llevando una caja en la mano.

La mano de la Sombra había recobrado la riqueza robada. La caja había sido arrancada del coche en el momento en que daba el salto fatal.

*****

Harry Vincent y el comandante Weston llegaron a casa de Bruce Duncan a la tarde siguiente. Con ellos fue Berchik, el mensajero del príncipe Samanov,

Al ir seguían las instrucciones que Vincent recibió de la Sombra, por medio de la radio, a primeras horas de aquella mañana.

La pérdida de la fortuna del príncipe Samanov fue un golpe abrumador para Bruce Duncan. Su deber seguía siendo recuperar las joyas y repartirlas entre los herederos de aquellos que habían sido vilmente asesinados.

-Sólo nos queda una esperanza -declaró Harry Vincent-. Confío en que la Sombra procederá inmediatamente contra Isaac Coffran. El viejo es el director del complot y por él podremos recuperar la riqueza perdida. Le obligaremos a que nos dé la información necesaria para capturar a los dos bandidos.

-Isaac Coffran ha desaparecido -manifestó Duncan-. No tenemos pista alguna. Recuerden que Abdul y yo tenemos una cuenta pendiente con ese hombre. Abdul visitó anoche la casa, con mi consentimiento. La puerta estaba abierta y la casa vacía. Todos los objetos de valor habían sido retirados. Isaac Coffran es demasiado listo para dejar ningún rastro detrás de él.

Todos los presentes se miraron abatidos. Todos pensaban, pero su silencio indicaba que ninguno de ellos podía proponer un procedimiento.

Se abrió la puerta y entró Abdul. En la mano llevaba la caja que contenía las riquezas robadas.

Han llamado a la puerta -dijo el hindú, dirigiéndose a Bruce Duncan-. Al abrir encontré esto en el umbral. No vi nada, sino una sombra negra con dos puntos de luz que brillaron con fuerza y luego se desvanecieron.

Mientras los otros miraban con asombro las joyas que tan misteriosamente llegaban a sus manos, Harry Vincent explicó a Abdul lo que acababa de ver.

Sus palabras estaban llenas de significación, al exclamar:

-¡Los ojos de la Sombra! ¡Están en todas partes!

FIN